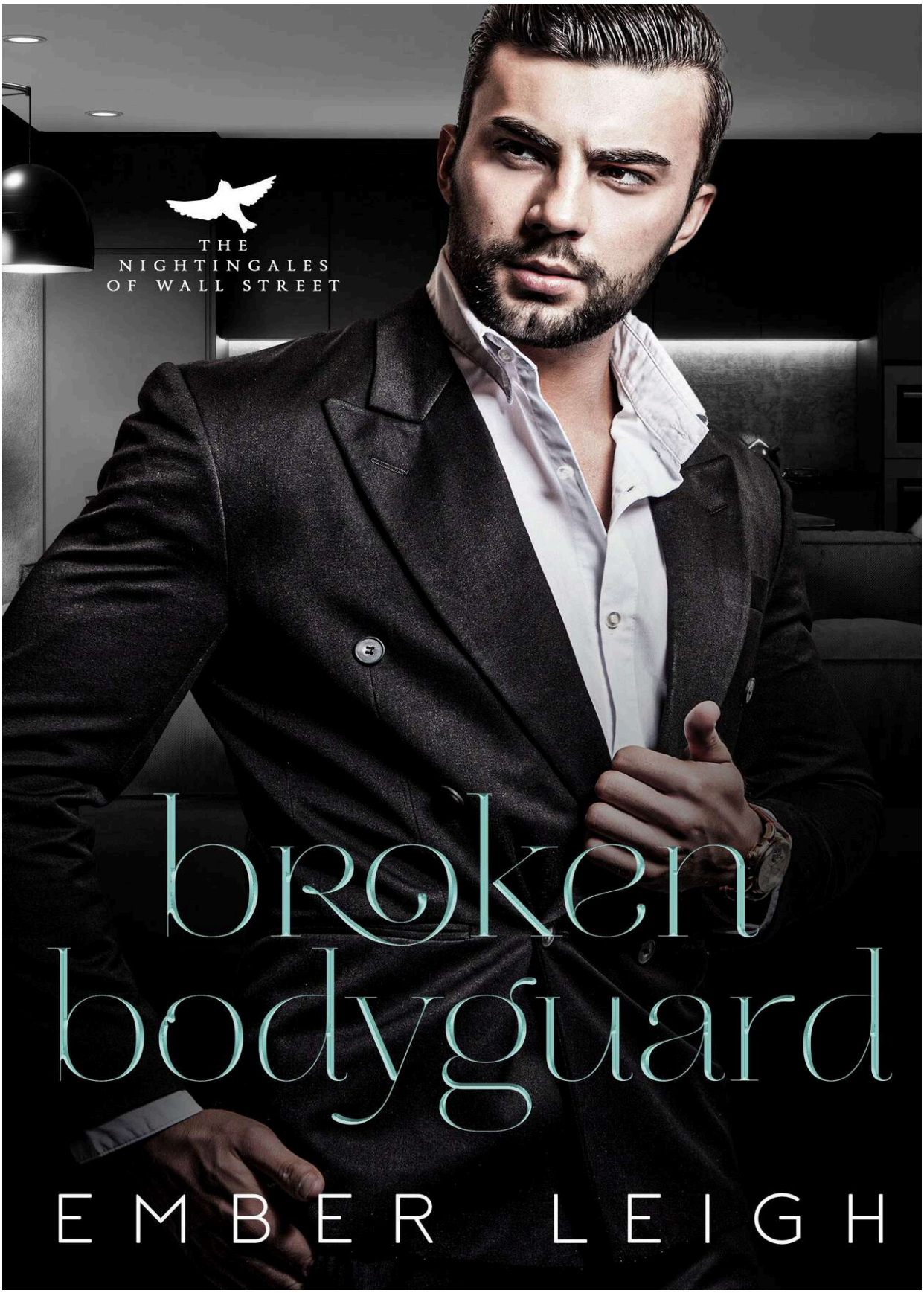

THE
NIGHTINGALES
OF WALL STREET
el
guardaespaldas
fracturado
EMBER LEIGH


THE
NIGHTINGALES
OF WALL STREET
broken
bodyguard
EMBER LEIGH

Broken Bodyguard

The Nightingales of Wall Street #1

Ember Leigh

Derechos de autor © 2024 por Ember Leigh

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto por el uso de citas breves en una reseña literaria.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Este libro está bajo licencia únicamente para su disfrute personal.

Este libro no puede ser revendido ni regalado a otras personas. Si usted está leyendo este libro y no lo compró, o no fue comprado únicamente para su uso, entonces debe devolverlo al vendedor y comprar su propia copia. Gracias por respetar el trabajo de la autora.

Publicado por Ember Leigh, 2024

EmberLeighAuthor@gmail.com

Arte de portada: Covers by Combs

Edición: Brandi Zelenka

Contenidos

SOBRE EL LIBRO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE
CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
¡SIGAMOS EN CONTACTO!
OTROS LIBROS DE EMBER LEIGH

SOBRE EL LIBRO

El enorme osito de peluche que conocí en una fiesta de Navidad el mes pasado es guardaespaldas —uno soltero y ardiente—, pero soy lo suficientemente sensata como para saber que no se interesaría por una madre soltera con curvas como yo.

No importa que no pueda dejar de pensar en él. Mi única prioridad ahora es encarrilar mi vida tras divorciarme de mi ex. A pesar de que dicho ex está decidido a hacerme la vida imposible… y cuando se pasa de la raya, de repente, necesito un guardaespaldas.

Por suerte, conozco a alguien. Y él está más que dispuesto a llevarme lejos para ponerme a salvo. El único problema es que, cuanto más tiempo pasamos en esta remota cabaña de Kentucky, más difícil me resulta imaginar cómo será la vida después de *esto.*

Estoy segura de que puedo mantener la cabeza fría… hasta que Troy me demuestra todas las formas en las que está interesado en mí. Todas las partes de mí que yo veo como rotas, él las ve como hermosas.

Algo entre nosotros está haciendo que tire la lógica por la ventana.

Él es un soltero sin ataduras y está a punto de salir del país para una nueva misión. Yo soy una maestra de primer grado con un hijo de tres años. ¿En qué universo tiene sentido esto?

Aunque parece que no hay un camino a seguir para nosotros, mi corazón está dispuesto a hacer lo que sea necesario para que esta fantasía se convierta en realidad.

A pesar de que mi ex está empeñado en lo contrario.

CAPÍTULO UNO

TROY

—¿HAY ALGUNA POSIBILIDAD DE que vayas pronto al sur?

La suave urgencia en la pregunta de Mercedes se filtró a través del estruendo del restaurante de Manhattan. A nuestro alrededor, las conversaciones rugían dentro del exclusivo local de comida italiana. Teníamos los platos vacíos frente a nosotros, a la espera de las famosas lasañas y el cacio e pepe que el grupo de los Fairchild había pedido. Salir a cenar con este equipo siempre era un asunto fastuoso, y yo no tenía problema en disfrutar de los beneficios.

La miré, tratando de descifrar a qué "sur" se refería. Debo haber tardado demasiado en responder porque ella se apresuró a añadir: —Al sur de Estados Unidos. —Esbozó una pequeña sonrisa, pero la preocupación tiraba de las comisuras de sus ojos.

—Puede que sí —le dije, alcanzando mi vaso de cerveza helada. Nunca te daban las botellas en lugares como este, así que me veía obligado a parecer un hombre refinado—. ¿Qué está pasando?

Mercedes miró de reojo a Willow, que estaba sentada entre ella y Trace en la larga mesa, dibujando en un bloc de papel que habían traído. Luego respiró hondo y se inclinó más hacia mí. —Si fueras en esa dirección, pensaba pedirte un favor.

Le di un trago a la cerveza. Yo siempre iba en una dirección nueva. En noviembre había terminado una estancia de seis meses en Los Ángeles y luego vine a Nueva York para un descanso festivo, aunque

accidentalmente conseguí un par de trabajos mientras estaba de visita. Mi vida era así. Siempre divertida, siempre una sorpresa, siempre en movimiento. Y no tenía intención de detenerme ni de sentar cabeza.

No conocía otra cosa que la transitoriedad. Desde el primer día.

—Parece que necesitas que vaya en esa dirección. —Levanté una ceja.

—Simplemente pensé que, bueno... —Soltó un suspiro preocupado, y sus manos buscaron la curvatura de su vientre. Había revelado hace un mes que ella y Trace estaban esperando un bebé, y era genial verla crecer en tiempo real—. ¿Te acuerdas de mi cuñada Maddie?

Estaba a mitad de un trago cuando hizo la pregunta, y la cerveza se me fue por el camino viejo. Tosí, casi asfixiándome.

¿Que si *recordaba* a Maddie? ¿Esa morena de curvas generosas, sonrisa suave y la risa más contagiosa que había escuchado desde... ni siquiera sabía desde cuándo, maldita sea? ¿La dulcísima maestra de escuela con la niña pequeña en la cadera que había hecho que la fiesta de Navidad de Jordan y Seven se evaporara en un abrir y cerrar de ojos mientras charlábamos en el rincón más alejado?

Vaya si me acordaba de ella.

Tampoco podía dejar de pensar en ella.

—Sí —dije, volviendo a poner mi cerveza sobre la mesa. A una distancia segura para no atragantarme—. ¿Viene hacia el norte otra vez, o...? —Mi ritmo cardíaco se aceleró. Por suerte, Mercedes no se daría cuenta. No tenía la costumbre de desear a madres solteras que vivían a mil quinientas millas de distancia de mi trabajo de seguridad de turno. Con mi estilo de vida, sabía que no era buena idea.

Aun así, Maddie se me había metido en la cabeza. E incluso un mes después de nuestras despedidas, seguía pensando en ella todos los días. Me había contenido de pedir el número de Maddie más veces de las que me gustaría admitir.

Mercedes estaba a punto de responder cuando una racha de saludos estrepitosos interrumpió nuestra conversación. Trace se puso de pie de un salto al lado de Mercedes, seguido por sus hermanos Axel y Damian más abajo en la mesa. Aún no alcanzaba a

ver quién había llegado, pero esos tres hermanos conocían a casi todo el mundo en Manhattan, ya fuera por asesorarlos en sus finanzas e inversiones o por codearse con ellos en los círculos de la élite. Mi mejor amigo Seven, sentado frente a mí con su novia Jordan, también pareció reconocer al recién llegado porque se levantó y rodeó la mesa. A mí no me importaba quién estuviera aquí. Necesitaba saber qué tenía Mercedes que decir sobre Maddie.

—No puedo creer que tuvieran una reserva a la misma hora —exclamó Trace mientras atraía al recién llegado a un rápido abrazo de hermanos. Vi un destello de tatuajes que bajaban por un antebrazo masculino. Me aclaré la garganta, listo para insistirle a Mercedes, cuando Trace gritó mi nombre.

—¡Trojan! Te necesito un segundo. —Trace me hizo señas para que me levantara, con sus ojos oscuros brillando con picardía—. He estado hablándole muy bien de ti a este hombre por demasiado tiempo.

Mi radar de trabajo se activó. Tuve el impulso lejano de decirle a Trace que esperara a que terminara mi conversación con Mercedes, pero incluso Mercedes parecía emocionada por quienquiera que estuviera aquí.

Aparté mi silla de la mesa. Trace, Axel y Damian eran dueños de Fairchild Enterprises en Wall Street, una compañía de gestión de patrimonios exitosa y conocida. Después de que su empresa fuera investigada por la SEC por fraude financiero, el drama subsiguiente y la limpieza final de sus nombres podrían convertirse en una serie de alto drama de Netflix. Si la investigación había obstaculizado su negocio de alguna manera, ciertamente no se notaba. Los hermanos eran más famosos que algunos de los actores de primera categoría que ocasionalmente veíamos en la ciudad.

Los Fairchild se habían reunido alrededor del recién llegado al final de la mesa. Me uní a ellos, asintiendo al hombre corpulento y de traje. Casi pasaba por cualquier otro tipo de Wall Street —camisa de botones, mangas remangadas, pantalones negros planchados— excepto por los tatuajes. Sus brazos estaban cubiertos de tinta, y algunos también asomaban por el cuello de su camisa.

—Nash. Tenía ganas de que conocieras a este. Es el CPO del que te he estado hablando. —Los ojos oscuros de Trace brillaron mientras me daba una palmada en la espalda, lo que solo me hizo erguirme más. Con mi metro noventa y tres, yo era el más alto allí, pero Trace y este tipo, Nash, le seguían de cerca. —Trojan, conoce a Nash Nightingale.

Nash extendió la mano, que estreché firmemente. Sus ojos eran de un tono de azul vertiginoso, algo entre las nubes y el hielo de un lago.

—Trojan, es un gusto conocerlo por fin. Viene muy bien recomendado.

Miré a los hermanos Fairchild. —No sabía que me estaban recomendando.

—Te recomendamos perpetuamente —dijo Axel con una sonrisa. A Nash le dijo: —Si necesitas un contacto, este tipo lo tiene. Una vez sacó de la nada a un exagente de la CIA para nosotros cuando lo necesitábamos.

Nash sonrió de forma calculadora. Su mirada no se había apartado de mí, y me di cuenta de que me estaba evaluando para algo. Aunque no sabía para qué, estaba más intrigado de lo que quería admitir. Los Fairchild ahora formaban parte de mi círculo íntimo, así que confiaba en su criterio. Razón por la cual, fuera lo que fuese que Mercedes estaba a punto de pedirme que hiciera, ya sabía mi respuesta. Y si los hermanos me estaban promocionando ante un empleador potencial, podía apostar a que sería un buen próximo trabajo.

—Tengo más de donde salió ese. —Esbocé una sonrisa y Axel soltó una carcajada.

—Trojan es el mejor amigo de Seven, quien encabeza el equipo de seguridad de nuestra familia —le dijo Trace a Nash—. Son viejos compañeros militares convertidos en expertos en seguridad.

—¿Por qué no se ha unido al negocio de su amigo? —preguntó Nash rápidamente. La pregunta casi me hace retroceder un paso. Pude sentir la agudeza detrás de la interrogante. Astuto, este tipo.

—Seven tiene su propia firma —expliqué—, la cual se enfoca en Nueva York. Yo, por otro lado, quiero seguir recorriendo el mundo

mientras esquivo declaraciones de impuestos complicadas.

Nash sonrió, asintiendo. —¿Así que viajar es importante para usted?

—Entre otras cosas.

—Una forma muy diplomática de decir que va a necesitar un salario muy alto —añadió Axel. Estuve a punto de darle un codazo a Axel; no porque se equivocara, sino porque nos empujó a hablar de salarios cuando nuestros aperitivos estaban a punto de llegar *y además* apenas podía apartar mi mente de lo que pudiera enterarme sobre Maddie al otro lado de la mesa. Pero así funcionaban los negocios en Manhattan. O era a ritmo vertiginoso o no era nada.

—Un salario alto no será problema —dijo Nash con naturalidad. Su sonrisa de dientes blancos y sus anillos discretos pero carísimos me parecieron totalmente acordes con los círculos de élite de los que había oído hablar a través de Seven. Pero Nash también tenía una aspereza que no terminaba de identificar. Como si no fuera de aquí, o si lo fuera, no viniera de una familia acaudalada.

—Siempre y cuando la ética de trabajo esté ahí y las largas jornadas no sean un problema —continuó Nash—. Seré honesto, no quiero contratar a nadie que no venga con una recomendación como la que ha recibido de los Fairchild. Los oficiales de protección personal abundan, pero los buenos son difíciles de encontrar. Y no me he topado con un solo CPO con una recomendación como la suya.

Las palabras de Nash quedaron suspendidas en el aire y, por un momento, todo el restaurante pareció desvanecerse. De alguna manera, estaba al borde de una oferta de trabajo. Diez minutos antes, me debatía entre la salsa roja y la de crema. Pero el momento era el adecuado. Estaba terminando mi actual trabajo a corto plazo aquí en la ciudad, lo que significaba que necesitaba decidir hacia dónde me dirigiría después. Así era la vida de un CPO calificado al que no le gustaba quedarse mucho tiempo en un mismo sitio.

—¿Qué tipo de protección está buscando? —Noté que Trace, Damian y Axel se habían apartado silenciosamente, dejándonos a Nash y a mí para negociar por nuestra cuenta. Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones caqui. Si tenía que negociar un nuevo

contrato mientras esperaba la lasaña, que así fuera. *Wall Street, jugaré bajo tus reglas.*

Nash se acercó un paso, con su mirada azul gélida moviéndose de un lado a otro como si buscara espías. Cuando habló, su voz había bajado unos decibeles. —Mi hermano y yo hemos experimentado un... cambio en los ingresos. Estamos ansiosos por contratar a alguien que pueda acompañarnos en el camino y que se sienta cómodo con un enfoque un poco más inusual de lo que es típico en Manhattan. No buscamos protección contra los paparazzi. Necesitamos protección contra los... enemigos. El secuestrador ocasional. Cosas así.

Algo hizo clic en mi interior con el uso de la palabra "enemigo". Los Fairchild eran los reyes de lo inusual en Wall Street y se habían ganado su propio grupo de adversarios. Por lo que parecía, Nash Nightingale era un nuevo rico, tal como lo habían sido los Fairchild cuando aparecieron en escena hace una década. Tenía sentido que se hicieran amigos de alguien así. Y en cuanto al secuestrador ocasional... eso era lo habitual con la mayoría de la gente adinerada. Solían ser objetivos para los ladrones, ya fuera por robo o por una situación de rehenes bien planificada que llevara a un rescate cuantioso.

Nash necesitaba a alguien de fuera. Como él. Como los Fairchild. Como yo.

—Créame, no tengo ninguna lealtad a cómo se hacen las cosas en Manhattan —le dije—. Mi último trabajo fue en California, y antes de eso, París. He trabajado en diez países en los últimos cinco años. Considéreme una parte neutral.

La sonrisa de anuncio dental de Nash se amplió aún más. —Bien. Estoy un poco cansado de las reglas de aquí, y me gustaría encontrar a alguien que tenga una perspectiva más amplia.

—Amplia y dispuesta —bromeé.

—¿Qué le parece una prueba? —La ceja oscura de Nash se elevó imperceptiblemente—. Unas semanas en Ecuador. Nos vamos la semana que viene. Viene con nosotros, nos conoce a mí y a mi hermano, y luego podemos ver qué nos parecen las condiciones para seguir adelante.

Ecuador. Unas semanas. Probabilidades iguales de que esto terminara siendo un trato de drogas o una oportunidad de inversión, pero de cualquier manera, estaba dispuesto a la aventura. —Me parece un buen plan. —Saqué una tarjeta de presentación de mi billetera y se la entregué a Nash—. Envíeme la información del viaje, dónde debemos encontrarnos, todos los detalles. Además de su oferta salarial. Allí estaré.

Nash se guardó la tarjeta en el bolsillo, ofreciéndome un último apretón de manos justo cuando aparecía el mesero con una bandeja de comida humeante. —Disfrute su comida, Trojan. Fue un gusto conocerlo.

Nash se adentró más en el restaurante y yo volví a mi asiento ante una ronda de vítores de los hermanos.

—¿Trato hecho o qué? —preguntó Damian mientras pasaba el brazo por los hombros de su novia Jessa.

—Nos vamos juntos a Sudamérica. —Volví a colocarme la servilleta en el regazo, observando cómo el mesero servía pequeñas fuentes de ostras, vieiras y pasteles de cangrejo—. Me suena a trato bastante hecho.

—Parece que ustedes ya son el equipo definitivo —dijo Axel.

—He aprendido que las cosas suceden rápido en el mundo de los Fairchild. —Piqué una vieira mientras el plato llegaba a mí—. Y yo que pensaba que solo íbamos a disfrutar de la cena juntos.

—No existe el tiempo libre con estos tipos —murmuró Seven, agarrando un trozo de pan del cesto que estaban pasando.

—Sudamérica suena emocionante —dijo Mercedes con una sonrisa —. Trace y yo fuimos a Chile el año pasado para una ruta del vino. Fue increíble.

—Solo bebimos Petit Verdot durante cuatro días —intervino Trace.

Le di un rápido sorbo a la cerveza, más que listo para volver al asunto más apremiante: lo que Mercedes estaba a punto de decirme. —Eso suena muy elegante. Mercedes, ¿qué me estabas contando antes de que apareciera Nash?

Ella sacudió la cabeza, restándole importancia. —No era nada. Si vas a empezar algo con los Nightingale, no quiero interferir...

—No es ninguna molestia —le aseguré, aunque no tenía idea de lo que había estado a punto de sugerir. Solo sabía que estaba relacionado con Maddie—. ¿Está todo bien?

Mercedes suspiró, encogiéndose un poco. —Técnicamente, sí. Es que... me preocupa Maddie.

Ahora estábamos llegando a alguna parte. —Cuéntame más.

—Ha estado de vuelta en Louisville las últimas semanas, y ha tenido algunos problemas para que mi hermano firme el divorcio. —Respiró hondo, mordicándose el interior de la mejilla mientras cortaba una vieira a la mitad con el tenedor—. Me preocupa que las cosas se pongan feas. Tengo la sensación de que Jericho no se lo va a poner fácil.

Jericho, el hermano de Mercedes, era ahora el ex de Maddie. Lo había oído mencionar una vez durante mi conversación con Maddie, pero ella no se detuvo en el tema y no obtuve más detalles aparte de que era el padre de Grace, la hija de Maddie, que también la había acompañado a Nueva York para las fiestas. Un nudo se formó en mi estómago mientras las piezas empezaban a encajar.

—¿Jericho ha sido violento en el pasado?

La garganta de Mercedes se movió al tragar. —Manipulador es probablemente una mejor palabra. Tiene un don para jugar sucio. Él fue quien originalmente nos separó a Trace y a mí la primera vez que salimos hace una década, aunque no me enteré hasta años después. Y luego Trace experimentó los métodos de Jericho de primera mano cuando estuvo en Louisville hace un año y medio. Mi hermano te arruinará la vida sin ponerte un dedo encima.

—Suena como toda una joyita. —Fruncí el ceño mirando mi plato, de repente sin hambre. No me gustaba saber esto sobre el ex de Maddie. Ahora me moría de ganas de hacer algo al respecto.

—Es horrible. No veo la hora de que ya no compartamos el mismo apellido. Él y yo no hemos hablado en más de un año y no tengo intenciones de cambiar eso.

—¿Cómo es que tú saliste tan buena persona?

Ella se rió con amargura. —¿No lo sabes? Se supone que las chicas del sur son dulces. Los chicos del sur simplemente toman lo que quieren.

Le di otro trago a mi cerveza y me aclaré la garganta. —No parece que Maddie esté segura cerca de él.

—No creo que nadie esté a salvo cerca de él. Jericho se ha vuelto más errático, según lo que me ha contado Maddie. Y eso es lo que me asusta. —Mercedes hizo una pausa para atender a Willow, que le pidió ayuda —y solo podía ser de Mercedes— para beber su limonada. Cuando Willow quedó satisfecha, Mercedes se volvió hacia mí—. En fin, iba a ver si tenías planes de ir a algún lugar cerca de allí para convencerte de hacer una parada y ver cómo estaba ella. Pero parece que ya tienes tus planes hechos, así que veré de enviar a alguien más...

—De hecho, voy para allá.

Sus ojos verdes se abrieron de par en par. —Ah. ¿De verdad?

—Sí. —Busqué en mi memoria para pensar quién de mi red estaba en esa zona. ¿A quién podía llamar o fingir que visitaba? —Tenía planeado visitar la cabaña de un amigo después de que terminara mi trabajo aquí. Incluso con la oferta de Nightingale, todavía puedo hacerlo. Estoy casi seguro de que su cabaña está en alguna parte del norte de Kentucky.

Ella se llevó las manos a la cara. —¡Santo cielo! ¡Es perfecto! Pensé que sería casi imposible, así que por poco no te pregunto.

No le dije que alquilaría una cabaña si fuera necesario, solo para asegurarme de que Maddie estuviera a salvo. Mi sentido de protección no tenía sentido para mí. Había pasado un total de ocho horas con Maddie y su hija Grace, y sin embargo me había despedido de ella esa noche sintiendo que dejaba atrás a mi propia esposa. Yo no establecía conexiones así, de esas en las que parece que el destino está actuando de alguna manera. Las conexiones que yo tenía solían involucrar una aplicación de citas, una noche y cero seguimiento posterior.

Pero Maddie era diferente. Desde el segundo en que la vi, sentí como si la conociera de años. Y no podía explicar por qué.

—Estaré encantado de pasar a ver cómo está —le dije a Mercedes.

Y lo decía en serio con cada fibra de mi ser.

Aquí estaba mi oportunidad de ver si esa conexión con Maddie había sido solo un espejismo de las fiestas.

CAPÍTULO DOS

MADDIE

—¡MAMI! ¡MAMI!

Grace, mi rubio torbellino de alegría, corrió hacia mí en cuanto crucé la puerta de la casa de mis padres en el este de Louisville. Abrí los brazos para recibir a mi hija, poniéndome de rodillas para darle un gran abrazo.

Así eran todos mis días.

Despedirme de ella, prácticamente entre lágrimas, cerca de las siete y media en la puerta del jardín de niños al que asistía, y luego ver su rostro radiante a primera hora después del trabajo. Por suerte, mi mamá podía pasar por ella los días que yo tenía que quedarme tarde en la escuela, como hoy.

Tenía mucho que agradecerles a mis padres *muchísimo* últimamente.

—De verdad te extrañé, mami. Sus palabras ceceosas hicieron que mi corazón se derritiera mientras nuestro largo abrazo se prolongaba aún más. Las lágrimas pincharon mis ojos. ¿Cómo podía tener tanta suerte de tener una hija tan hermosa? Una niña que me amaba sin reservas, a pesar de las formas en que yo sentía que le había fallado como madre.

Traté de no dejar que los pensamientos oscuros se apoderaran de mí. Llevaba viviendo con mis padres más de un año, desde que le pedí el divorcio a Jericho. Sacarlo de la vida diaria de Grace fue algo

bueno. Trataba de recordarme esto cuando me sentía demasiado deprimida por ser una divorciada criando a una niña en la casa de sus padres.

—Yo también te extrañé, calabacita. Besé la coronilla de Grace y finalmente la solté del abrazo. Cuando me puse de pie, Grace me miró radiante y buscó mi mano. —¿Qué crees que deberíamos cenar esta noche?

A Grace le encantaba ayudar a planear la cena. De hecho, era mi mano derecha en todos los aspectos de la vida, desde elegir mis atuendos hasta preparar comidas u organizar el área de manualidades. Eso no significaba que siempre fuera de mucha *ayuda*, por supuesto, pero le encantaba intentarlo. Y a pesar de todo el dolor y la incertidumbre que mi separación de su padre había traído a nuestras vidas, una parte de mí sentía que, al mismo tiempo, estaba viviendo en el paraíso.

Por primera vez en *mucho* tiempo, sabía a qué sabía la libertad.

Aunque todavía no era completamente libre de Jericho, estaba muy cerca.

Todo lo que él tenía que hacer era firmar los papeles del divorcio y ese capítulo de mi vida terminaría. Según la ley de Kentucky, teníamos que estar separados durante un año completo antes de que el divorcio formal pudiera proceder. Y habíamos alcanzado ese hito a finales del año pasado. Jericho siempre tenía una excusa de por qué no había terminado su parte del trámite. Logísticamente era sencillo, pero Jericho estaba dándole largas al asunto. Sospechaba que tenía que ver con que no quería negociar un acuerdo de custodia o la división de nuestros bienes conyugales. Al menos eso era lo que decía mi abogado. Era sumamente frustrante cuando estábamos tan cerca de la meta. Aun así, elegí concentrarme en lo positivo.

—Creo que comemos faguetis —dijo, acompañándome por la casa mientras yo soltaba mis bolsos después de mi jornada en la escuela primaria local, donde enseñaba primer grado. Por suerte, aunque Jericho me había obligado a ser ama de casa, no me resultó muy difícil reactivar mi licencia de enseñanza y volver al ritmo de las cosas una vez que lo dejé. Lo había extrañado más de lo que jamás

me permití admitir durante los infernales cinco años al lado de ese hombre.

¿Lo único bueno que salió de esos años? Grace. Y mi cuñada, Mercedes.

Incluso después de que Jericho firmara esos malditos papeles y yo me librara del apellido Hendricks, Mercedes seguiría siendo mi hermana de alma.

En la cocina, encontré a mi mamá picando verduras para una bandeja de botanas. Su cabello rubio grisáceo estaba recogido en una coleta baja y su rostro se iluminó cuando me vio.

—¡Hola, cariño! Llegas justo a tiempo para los preparativos de la fiesta.

Sonreí mientras nos abrazábamos. Tener un lugar seguro donde aterrizar —en la casa de mamá y papá— después de la separación era algo que les agradecía todos los días. Su afición por las reuniones informales me ayudaba a sentir que la vida tenía un rumbo y un propósito, especialmente en esos primeros meses cuando me sentía tan a la deriva y confundida.

—¿Dónde es la fiesta esta noche? Revisé mi teléfono mientras Grace bailaba a nuestro alrededor con emoción. Eran casi las seis. Mi papá entró en la cocina tarareando, con una especie de filtro de aire en la mano. Una de las muchas tareas aleatorias de "papá" con las que llenaba sus tardes. Se detuvo para besarme la coronilla y siguió su camino.

—Vamos a casa de Jerry y Susan —dijo ella, mordiendo una zanahoria pequeña. —Y ya convencí a Grace, porque su nietecita June vendrá a jugar esta noche.

Grace chilló de emoción. —¡Quiero jugar con June!

Le sonreí, disfrutando de su entusiasmo. Su sonrisa llena de dientes. La forma en que hacía girar su falda color lavanda, de la que apenas podía lograr que se desprendiera de tanto que le gustaba. A veces no estaba segura de si podría soportar que fuera *más* adorable.

Pero ir a casa de Jerry y Susan esta noche no era exactamente lo que quería hacer. Después de la larga semana de trabajo, me moría por un rato de tranquilidad en la bañera.

—¿A qué hora se van? Alcancé un trocito de brócoli.

Ella miró su reloj de pulsera y luego siguió cortando. —En unos veinte minutos.

—Ay, cielos. Suspiré, tratando de imaginar si podría reunir algo de energía para *más* socialización. Después de lidiar con niños de seis y siete años todo el día, además de terminar todo mi trabajo para poder desconectarme por completo este fin de semana, no estaba segura de poder hacer mucho más que cambiarme la ropa de trabajo y vegetar.

—Sé lo que significa ese suspiro —dijo mi mamá, agitando el cuchillo en mi dirección. —Y seré honesta: no me enojaré si no vas.

Mis hombros cayeron, liberándose de un peso inesperado. —¿De verdad?

—Creo que deberías tener una noche para ti sola. Es viernes. Ve a ver una película o algo así.

Agarré una rodaja de pimiento y la sumergí en el aderezo ranch que acababa de abrir. —¿Yo sola?

—Estás en tu era de mujer independiente. ¿No me dijiste eso el otro día?

—Bueno, sí... —masqué pensativa, pasando mis dedos por las sedosas hebras rubias de Grace. —Supongo que hay un par de fronteras que aún no he explorado.

—Puedes ir al cine sola. Ir de compras sola. ¡Rayos, hasta puedes salir a cenar sola!— El cuchillo golpeó la tabla de cortar mientras ella terminaba con la última cabeza de brócoli.

—¿Comemos faguetis?— preguntó Grace, mirándome. Tomé su rostro en forma de corazón entre mis manos y planté un beso en su frente.

—Bueno, parece que tú y la abuela tienen planes. Mientras hablaba, empecé a visualizar qué sería lo que más disfrutaría esta noche. Pensé que era un baño, pero ahora veía algo más: un restaurante un poco elegante. Sentada en la barra yo sola. Quizás incluso leyendo un libro en la barra. Un escalofrío de emoción recorrió mi espalda. Mi plan estaba sellado. —Tú vas a ir a jugar con June, y apuesto a que allí tendrán una cena deliciosa.

—Hamburguesas —dijo mamá.

—¿Con queso?— preguntó Grace.

—Con todo el queso que puedas pedir —confirmó ella con un último golpe de cuchillo.

El cuchillo fue la señal. Nuestras noches de viernes estaban decididas, y la mía pintaba mucho más emocionante de lo que había planeado originalmente. Subí corriendo a mi habitación para cambiarme. Esto se sentía como una cita conmigo misma, lo cual era apropiado dada la transformación que había experimentado durante el último año y pico.

Pasé los primeros seis meses después de la separación en modo de transición: mudarme de la casa que compartía con Jericho; averiguar cómo renovar mi licencia de maestra; empezar la búsqueda de empleo; comenzar una nueva vida bajo el techo de mis padres mientras ahorraba para un pago inicial. Los últimos nueve meses se habían centrado más en empezar a relajarme un poco. Instalarme. Navegar mi salida del estado de "casada".

Las cosas iban bien; al menos, tan bien como podía esperar.

Tal vez esta noche incluso veas a un chico guapo o dos.

Algo extraño vibró en mi interior. Se sintió como un anhelo, uno profundo que sacude el alma. Mi mente voló instantáneamente hacia Troy, el hombre que conocí durante mi viaje de vacaciones a la ciudad de Nueva York. Grace y yo habíamos ido a visitar a Mercedes, Willow y Trace —y por extensión, a todo el clan Fairchild— y conocí a un hombre que todavía no podía olvidar.

Sonreí para mis adentros mientras me quitaba los pantalones oscuros y el suéter color crema. Troy y yo solo habíamos compartido una larga velada juntos en la fiesta de Navidad de los Fairchild hace unas semanas. Había estado llena de conversaciones alegres, con Willow y Grace persiguiéndose por el departamento, y un catering de tan alto nivel que todavía no había podido dejar de pensar en el filete miñón. Todos los demás lo llamaban Trojan allí, pero cuando intenté hacer lo mismo, me detuvo. —Me gusta más cuando me llamas por mi nombre real—, había dicho, y solo recordar el roce áspero de su voz todavía podía dejarme sin aliento.

Pensaba en ese hombre con demasiada frecuencia para que se considerara sensato. Tal vez esta simplemente era la vida solitaria de

una divorciada ahora. Me mordí el labio inferior, recordando los pequeños detalles que más me habían gustado de él: la barba incipiente en su mandíbula, el calor que emanaba de él, la forma en que se sentía tan fuerte y seguro a mi lado. Era como un oso atractivo, y desde el segundo en que lo conocí, quise más de él.

Pero no tendrás más. Él está en Nueva York y tú estás aquí. Además, ¿qué querría él con una madre soltera?

Fruncí el ceño mientras buscaba un par de jeans, metiéndome en ellos antes de comprobar cómo me quedaban ante el espejo de pie. De repente recordé que no había revisado mi teléfono en un buen rato. Lo saqué de mi bolso y la pantalla se iluminó con mensajes perdidos.

JERICHO: ¿Entonces planeas venir con Grace pronto o qué?

JERICHO: Al menos podrías responderme.

JERICHO: ¿Tienes que ser tan imbécil?

JERICHO: Olvídalo. No la traigas. Pero tú y yo tenemos que arreglar algunas cosas ahora mismo.

Cualquier buen humor que hubiera logrado reunir se desvaneció. Jericho tenía el mal hábito de ser un padre totalmente impredecible. Desaparecía por dos semanas completas y luego aparecía exigiendo un fin de semana entero con Grace. Eso no iba a pasar bajo mi supervisión. No cuando él se había vuelto cada vez más irritable por las cosas más pequeñas.

Respiré hondo, buscando entre mi ropa en el armario. Necesitaba algo de manga larga, gracias a Jericho. Mi antebrazo todavía palpitaba por mi visita a principios de esa semana. Había llevado a Grace a visitarlo a él y a sus padres en su casa —terreno neutral, o eso pensé—. Jericho se había alterado tanto por los papeles del divorcio *una vez más* que me tironeó del brazo mientras yo intentaba salir apresurada por la puerta, haciéndome chocar contra él y casi golpeándome la barbilla en el marco de la puerta. Grace no lo había visto, gracias a Dios. Pero los moretones que dejó eran más que visibles. Y yo no quería que nadie los viera.

Ni Grace. Ni mis padres. Ni siquiera yo misma.

Solo eran un recordatorio de una etapa de la vida que quería dejar atrás.

Opté por una camisa estilo boho holgada con mangas largas y anchas y cuello en V. Femenina pero recatada. Tomé mi bolso y un libro de bolsillo nuevo, y me dirigí a la cocina para despedirme de Grace y mis padres. Una vez estuve fuera de la casa, envuelta en mi abrigo de invierno, el aire fresco me dio un arranque de energía.

Esta era mi noche de salida. ¿Quién sabía qué diversión podría encontrar? Me dirigí a un bar y restaurante que parecía de moda y que encontré tras una búsqueda rápida en internet. Un lugar nuevo y moderno. Perfecto para una madre soltera como yo que intentaba comenzar el siguiente capítulo de su vida. Canté para mis adentros mientras ponía a Taylor Swift a todo volumen durante el trayecto al centro, tratando de ignorar cómo mi teléfono seguía iluminándose con mensajes entrantes.

JERICHO: ¿Acaso no sabes usar un teléfono?

JERICHO: Vaya. Acabo de ir a casa de tus padres y no hay nadie.

JERICHO: ¿Estás tratando de alejar a mi hija de mí? Respóndeme.

Entré al estacionamiento del restaurante con el estómago dándome vueltas. No sabía por qué Jericho simplemente no me dejaba en paz. Los acuerdos de custodia para Grace eran una cosa; este extraño control que seguía intentando ejercer sobre mí era algo totalmente distinto. Me mantenía firme cuando surgían este tipo de cosas, imponiendo límites que nunca había tenido mientras estuvimos casados. Pero algo detrás de sus mensajes de texto de esta noche me tenía preocupada.

Solo ve a disfrutar tu noche. No pienses más en él.

Caminé rápido por el estacionamiento abarrotado de autos, entrando al aire cálido y fragante de la moderna cervecería. Una anfitriona me llevó a un asiento en la barra según mi petición, y mientras me deslizaba en el taburete, recibí una imagen de Mercedes que mostraba un plato gourmet con toques de lavanda y verde en los bordes... y no mucho más.

MADDIE: Vaya, eso se ve elegante. ¿Eso es lo que llaman cena para dos hoy en día?

MERCEDES: La organización sin fines de lucro de Trace está organizando una gala y este es el aperitivo. Estoy a punto de lamer el plato. Embarazada y muerta de hambre.

MADDIE: No seas ordinaria. Consigue una cuchara muy delicada.

Tomé una foto de la barra y se la envié.

MADDIE: Estaré pidiendo mi cena aquí pronto.

MERCEDES: Me alegra que hayas salido a hacer algo. ¿Ha estado todo bien? Sé honesta.

MADDIE: Tu hermano está complicando las cosas. No ha dejado de enviar mensajes hoy.

MERCEDES: ¿Dónde estás?

MADDIE: Un lugar nuevo llamado Espuma. Es una noche de chicas para una sola. Estoy intentando algo que tú aprobarías: leer en la barra.

MERCEDES: Suena divertido. Yo leería totalmente en la barra a tu lado. ¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

Miré mi teléfono con el ceño fruncido. Sus preguntas sobre mi ubicación eran extrañas, pero tal vez estaba haciendo una broma. Desde que había empezado a salir con Trace Fairchild, se había convertido en una especie de *bon vivant* que no temía tomar su jet privado para cruzar el país por el motivo correcto, pero volar para acompañarme parecía un poco poco práctico.

MADDIE: Acabo de llegar. ¿Vas a darme una sorpresa en mi noche de chica solitaria?

MERCEDES: Sorpresa, sí. ¿Yo? No.

No quiso darme más información a pesar de mis repetidos mensajes, pero no tuve que esperar mucho para enterarme. El barman se acercó para tomar mi pedido de bebida y comida, el cual le di: pinot grigio, una canasta de pan con aceite de oliva, salmón con arroz. Saqué mi libro de bolsillo de mi bolso una vez que él se alejó apresurado hacia el siguiente cliente, con la intención de cumplir esa fantasía de leer en un bar.

Apenas llevaba dos páginas cuando la energía vibró. Se me erizó el vello de los antebrazos y dejé el libro, mirando a mi alrededor. El restaurante estaba ruidoso y concurrido, pero a pesar de todos los cuerpos moviéndose y la charla fuerte, algo captó mi atención desde el otro lado de la sala.

Cabello castaño oscuro, lo suficientemente largo como para pasar los dedos por él. Hombros anchos, casi como rocas, estirando un

abrigo oscuro hasta sus límites. Sus ojos marrones recorrieron el restaurante metódicamente hasta que se posaron en mí. Una calidez se extendió por todo mi cuerpo.

Troy.

Una sonrisa curvó sus labios. Levanté la mano, sin estar segura de si lo estaba imaginando. Lo único que me impidió actuar como si esto fuera una alucinación fue el hecho de que Mercedes me había dicho que me llevaría una sorpresa.

Esto era más que una sorpresa.

Esto era un sueño hecho realidad.

—¿Troy? No pude contener la risa de asombro que brotó de mí mientras él cruzaba el espacio entre nosotros con pasos potentes. Cuando llegó a mi lado, se alzaba imponente sobre mí. Estiré los brazos para darle un abrazo.

—Maddie. Qué bueno verte. Su voz profunda en mi oído fue como un bálsamo. Mis ojos se cerraron mientras me envolvía en un abrazo cálido y sanador que olía a cedro y a hombre. Se me escapó un tarareo de satisfacción y me demoré en su abrazo unos momentos de más. Él hacía que fuera difícil querer soltarse.

—Vaya, cielos. Lo mismo digo —dije una vez que finalmente me soltó. Me senté de nuevo en mi lugar en la barra un poco tambaleante, y él se deslizó en el asiento vacío a mi lado. ¿Realmente estaba pasando esto? —¿Qué haces aquí?

Su mandíbula se tensó mientras me miraba en la barra, sus rodillas cubiertas por los jeans chocando con las mías. Una sonrisa pícara asomó en sus labios perfectos. —Solo estaba de paso. Pensé en pasar a saludar.

—Hablaste con Mercedes sobre esto, ¿verdad? Empujé mi libro a un lado y opté por un sorbo del vino que acababa de llegar.

—Tal vez.— Inclinó la cabeza y regresó toda esa calidez y familiaridad de la fiesta de Navidad. Fue como si no hubiera pasado nada de tiempo. —¿Cómo has estado?

Tres palabras simples que abrieron una compuerta de emoción. Respiré con cierta dificultad, sin saber por dónde empezar. —¿Es posible decir a la vez "he estado mejor" y "este es el mejor momento de mi vida"?

—Puedes decir lo que quieras y te creeré.

Sus sencillas palabras cayeron como un martillo. Combinadas con la picardía en sus labios y su aroma infiltrándose en mis sentidos, sentí que estaba cayendo de cabeza al abismo. Había deseado a Troy desde el segundo en que puse los ojos en él, y aquí estaba. Justo frente a mí.

¿A dónde nos llevará esto?

—No estoy segura de que debas darme tanto poder —bromeé con Troy, dejando mi copa de vino de nuevo en la barra. —Podría haber consecuencias.

Su mirada se oscureció un poco y se humedeció el labio inferior mientras se inclinaba imperceptiblemente más cerca. —Creo que estoy listo para afrontarlas.

Me lamí los labios, tratando de contener las risitas infantiles que amenazaban con escaparse de mí. ¿Era esto la vida real? Llevaba pensando en este hombre sin parar durante las últimas tres semanas. Jugueteé con el tallo de mi copa de vino, alzando la mirada hacia la suya. Nos sonreímos el uno al otro por un momento, con un silencio cómodo entre nosotros. Como si ya nos conociéramos de hace décadas.

¿Por qué se ha sentido tan fácil con él desde el primer día?

—¿Vienes a comer?— le pregunté, y luego me di cuenta de lo tonta que era esa pregunta para alguien que acababa de entrar a un restaurante.

—Esperaba que tal vez pudiéramos pedir una tabla de quesos raros —dijo. La emoción que brotó en mí fue inmediata. Me *encantaban* los quesos raros. Y entonces recordé que habíamos hablado de quesos raros en Nueva York. Y entonces me di cuenta de que *él se había acordado*. ¿Por qué resultaba eso tan conmovedor?

—¿Viniste desde Nueva York solo para comer una tabla de quesos raros conmigo? No pude evitar el escepticismo en mi voz.

—Tal vez. Definitivamente estoy listo para comer. Su mejilla tuvo un espasmo al decir eso, y la forma en que bajó la barbilla me hizo pensar en él comiendo algo totalmente distinto. Un rubor calentó mi mejilla mientras empujaba el menú hacia él, recitándole lo que yo había pedido hacía apenas unos minutos. Cuando terminé de

contarle mi pedido, un movimiento por encima de su hombro captó mi atención. El destello de una mandíbula que me resultaba demasiado familiar. Cabello rubio que brillaba bajo las luces.

Al otro lado del restaurante, por la puerta principal, Jericho acababa de entrar.

Todo mi interior se paralizó. Debo haber puesto una cara de horror porque Troy entrecerró los ojos mirándome, acercándose más.

—¿Maddie?

Tragué saliva con dificultad, incapaz de apartar la mirada de Jericho. No estaba solo. Había venido con amigos; específicamente Caleb, su mejor amigo de la universidad, y otros dos que solían seguirlo ciegamente. Sus miradas recorrían el restaurante, buscando algo.

¿Me buscaban a mí?

El pánico se arremolinó en mi interior. No quería que Jericho me viera. No *podía*. Pero no sabía cómo escapar ni cómo pasar desapercibida. Así que hice lo único que me pareció que estaba a mi alcance.

Me incliné hacia Troy.

En el fondo de mi mente, pensé que tal vez podría esconderme detrás de sus anchos hombros, usándolo como escudo. Pero cuanto más me acercaba a él, más entraba en pánico. Mi cerebro dejó de comunicarse con mi torso. Mis extremidades se movieron con torpeza y mi cuerpo siguió el único camino hacia adelante que tenía sentido: besar a Troy.

Nuestros labios se unieron suavemente. Su calidez fue lo primero que noté, la forma en que su calor y su olor a cedro se filtraban a través de mí, hasta mis células. Podía sentir su sorpresa, pero más que eso, sentí su consentimiento. Sus manos grandes y ásperas agarraron mis codos mientras yo me inclinaba hacia él.

Troy no se apartó. Solo profundizó el beso, separando sus labios, invitando a mi lengua a encontrarse con la suya. Lo que había comenzado como un beso accidental ahora se convertía en algo mucho más profundo. *Esto* era intencional. Estaba jodidamente *caliente*.

Recorrió el borde de mi labio inferior con su lengua, un beso fundiéndose con otro. Para cuando me aparté de él, ni siquiera podía recordar cómo había empezado el beso. Lo miré parpadeando, totalmente aturdida. La misma expresión me devolvió el saludo.

El deseo se acumulaba en sus ojos, y pasaba el pulgar de un lado a otro sobre la articulación de mi codo, donde todavía me sujetaba.

—Esa ha sido una forma agradable de decir hola —murmuró con voz ronca. —¿Así es como saludas a todo el mundo que no has visto en un tiempo?

—Lo siento —comencé, pero no tenía nada más que decir.

—No lo sientas.— Apretó mis brazos, inclinando la cabeza mientras me observaba. —¿Sabes cuánto tiempo he querido hacer eso?

Mis ojos se abrieron de par en par por la sorpresa. —¿Hablas en serio?

Un movimiento sobre su hombro captó mi mirada, devolviéndome bruscamente al presente. La tensión todavía tiraba de los bordes de este momento inesperadamente romántico. Jericho y sus amigos estaban cruzando el restaurante. Venían hacia aquí. Me alejé de Troy, mirando hacia la barra, y me llevé la mano a la cabeza para apretar mi coleta.

—¿Qué es esto? La voz de Troy tenía un tono cortante. Lo miré y encontré sus cejas fruncidas por la preocupación. Alcanzó mi antebrazo expuesto. Mis mangas anchas se habían deslizado hacia atrás mientras me acomodaba el cabello, revelando los moretones de mi encuentro con Jericho la otra noche.

Tragué saliva con fuerza, bajándome las mangas de nuevo. Miré por encima del hombro de Troy, encogiéndome. —Yo no... es solo que...

—¿Esto es de tu ex?

No supe qué decir. Así que asentí con la cabeza.

El último rastro de sonrisa desapareció del rostro de Troy.

CAPÍTULO TRES

TROY

TODOS LOS PENSAMIENTOS SENSUALES que había tenido después de ese beso se desvanecieron cuando encajé las piezas.

Mercedes se había equivocado. Su hermano era un maldito maltratador.

La rabia me corrió por las venas. Claro, me encantaría besar a Maddie mil veces más. Pero ver esto —los moretones dejados por un hombre débil, el miedo cruzando sus ojos— hizo que solo pensara en darle una paliza a su ex.

—Se alteró —dijo ella en voz baja, con la mirada desviándose ocasionalmente por encima de mi hombro, como si vigilara algo—. Llevé a Grace a verlo a la casa de sus padres después de que regresamos de Nueva York. Pero no le gustó que no nos quedáramos mucho tiempo. Y luego empezó a quejarse de todo el viaje a Nueva York. Cuando intenté irme, bueno…—

Cerré los puños bajo la barra. Cuando ella miró hacia el otro lado de la sala una vez más, le pregunté: —¿Qué pasa? ¿Está aquí?

Se mordió el labio inferior, asintiendo. Su mirada permanecía clavada en algún punto a mis espaldas. —Acaba de aparecer con el ex prometido de Mercedes, Caleb, y dos de sus amigos.

Se hurgó nerviosamente una cutícula mientras se mordisqueaba el labio. Me incliné hacia ella, tomando la mano inquieta. —Oye. Estás conmigo. Estás a salvo.—

Sus ojos color avellana se encontraron con los míos con una chispa mientras asentía. —Sí. Tienes razón. Y estamos en público, así que…—

—¿Podrías mostrarme quién es? ¿Quién te hizo esto?—

—Es el de la chaqueta azul. —Su voz salió como un susurro. Me giré para mirar atrás, apenas logrando distinguirlos al otro lado del restaurante. Un grupo de hombres estaba sentado en una mesa a mitad del salón, pero un vistazo a sus rostros me dijo que no habían venido a comer. Estaban aquí para buscarla a *ella*.

Quizás ya la habían visto. Quizás solo sabían que estaba en algún lugar dentro. De cualquier manera, no quería arriesgarme.

—Salgamos de aquí —dije, buscando su mano. Deslicé mi pulgar de atrás hacia adelante, esperando consolarla. Aún no lo sabía, pero no tenía motivos para preocuparse mientras estuviera conmigo. No tenía problemas en darles su merecido a cuatro idiotas a la vista de todo el mundo. Me había metido —y salido— de situaciones mucho más peliagudas que esta. Y por lo que parecía, su ex, Jericho, se desmoronaría con un solo puñetazo bien puesto en la nariz.

La mirada preocupada de Maddie escudriñó mi rostro. —Ni siquiera me han traído la comida todavía.

—Iremos a otro lado —le prometí—. Solo necesito que estés lejos de ese tipo.—

—Está bien —dijo ella, pero no parecía convencida. Me incliné hacia adelante, acunando un lado de su rostro con mi mano.

—¿Qué te dije antes? Estás conmigo. Estás a salvo.

Ella apretó los labios, asintiendo. —Es un caso perdido. Él y Caleb arruinaron la vida de Mercedes. Él le prohibió a Mercedes ir al funeral de su abuela. Él y Caleb enviaron amenazas de bomba… —Su voz se quebró y sacudió la cabeza—. No quiero que te involucres.

—Demasiado tarde —dije con una sonrisa—. Me besaste. Estoy involucrado. Y por lo que vale, una amenaza de bomba no es suficiente para hacerme retroceder. Ahora, ¿estás lista?

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus bonitos labios rosados. Al menos era una pequeña señal de progreso. Sostuve su pequeña mano entre la mía, poniéndome de pie de un salto. Ahora yo era el escudo humano entre ella y esos idiotas.

Dejé un billete de cien dólares sobre la barra y abrí el camino hacia la puerta, manteniéndola pegada a mi costado. Dado dónde estaban sentados los hombres, era imposible ocultarla por completo sin llamar aún más la atención. No les quité el ojo de encima mientras atravesábamos el concurrido restaurante. Su ex escaneaba la sala con una mirada oscura y sospechosa. Tenía toda la pinta de no tramar nada bueno.

Salimos por la puerta, dejando atrás el murmullo de las conversaciones. Afuera, el aire fresco de finales de enero me caló en los pulmones. Pasé un brazo sobre sus hombros delgados mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

—¿Quieres ir a otro lado? Para que puedas tener esa cena que estabas esperando.—

—Sí… —Su rostro decayó—. Odio que haya arruinado esto. Sé que probablemente suena como si me estuviera compadeciendo, pero tenía muchas ganas de conocer este lugar. —Bufó mientras nos acercábamos a lo que supuse era su auto, un sencillo sedán plateado. Se detuvo junto al maletero, sacando algo de su bolso—. Le decía a Mercedes que lo único que quería era ir a un lugar lindo y leer este libro sola en la barra.—

—Entonces eso es lo que haremos. Excepto que yo iré contigo. No confío en ese imbécil. Así que piensa en mí como un compañero mudo. Ni siquiera te hablaré para que puedas leer.—

Me sonrió, dejando ver un hoyuelo en su mejilla izquierda. Esa bonita sonrisa y los mechones de cabello castaño que se escapaban de su cola de caballo hicieron que estuviera dispuesto a seguirla a donde quisiera ir, por el tiempo que me lo permitiera. Me acerqué más, buscando su mano otra vez. Fue un movimiento natural, uno que se sintió más íntimo que protector.

—¿Mi guardaespaldas de bolsillo?

—Algo así. —Alargué la mano para acunar el lado de su rostro, pero me detuve antes de hacerlo. Me había besado por puro pánico, eso no significaba que quisiera que yo avanzara más. Sin embargo, era demasiado fácil interpretar ese papel con ella; había sentido la atracción desde el segundo en que la conocí.

Pero no quería pensar en eso ahora. Estaba aquí para asegurarme de que ella estuviera a salvo. Luego me iría a Ecuador para, con suerte, comenzar el siguiente capítulo de mi vida.

—¡*Maddie*! —El ladrido bronco de una voz masculina cortó el aire nocturno.

Ella jadeó al encontrarse con la mirada de alguien detrás de mí. No necesité adivinar quién era. Me giré para encontrar a Jericho saliendo furioso del restaurante, con sus tres amigos pisándole los talones.

Registré lo más importante primero: la agresión que emanaba de sus puños cerrados. El fuego en sus ojos. La velocidad con la que se nos acercaba. Todo esto eran señales para poner a Maddie a salvo.

—Maddie, sube a mi auto. —Saqué el control de la llave de mi bolsillo y apreté para desbloquear—. El Jeep negro, dos lugares más allá.

Ella abrió la boca para decir algo, pero luego asintió y se apresuró a irse.

—¿Por qué huyes? —Jericho se burló, corrigiendo el rumbo para seguirla. Caminé detrás de ella, angulando mi paso para interceptar a Jericho antes de que llegara a mi Jeep—. Solo quiero tener una conversación con mi esposa, ¿es mucho pedir, maldita sea?

Mis pasos resonaron en el asfalto mientras me interponía en el camino de Jericho. Chocó directamente conmigo, tan concentrado en Maddie que ni siquiera estaba seguro de que me hubiera visto todavía. Sus ojos verdes se clavaron en mí, con las cejas formando una línea dura en su rostro. Por el rabillo del ojo, vi a Maddie cerrar la puerta de golpe. *Éxito.*

—¿Y tú quién carajos eres? —La voz de Jericho salió afilada como cuchillos. Tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme, pobrecito, pero eso no le impidió inflar el pecho. Sus amigos se detuvieron detrás de él como los buenos secuaces que eran.

—No importa. Lo único que sé es que eres una molestia y tienes que alejarte.

Jericho entrecerró los ojos, con una mueca verdaderamente espeluznante tirando de sus labios. —Es mi esposa. Creo que *tú* eres el que tiene que alejarse. —gritó hacia el Jeep—. ¿Es con este con

quien me has estado engañando? Probablemente ya estés embarazada, ¿verdad?

El arrastre en su voz era sutil. Pero el tufo a whisky que salía de su boca no lo era. Giré el cuello en un círculo lento, evaluando mis posibles planes de ataque.

—Te voy a pedir una vez más que te vayas —dije sucintamente. Sostuve su mirada, sin pasar por alto la forma en que le hizo una señal a uno de sus amigos. El de cabello oscuro se apartó, corriendo hacia una camioneta cercana.

—Estoy bastante seguro de que tú no decides quién está en este estacionamiento público —dijo Jericho con desprecio.

—Tal vez sea cierto. Pero hay una cosa que sí decido yo —mi voz fue casi un gruñido mientras daba un paso adelante, eliminando la distancia entre nosotros y aprovechando toda mi estatura frente a él —, y es si vuelves a ponerle una mano encima a Maddie.—

Por el rabillo del ojo, vi que su amigo regresaba al grupo. Pero esta vez, traía un bate de béisbol en las manos.

Era tierno que pensara que eso sería suficiente para asustarme.

—De ahora en adelante —escupí—, si ves a Maddie, espera verme a mí también.

Se le escapó una risa amarga, pero me di cuenta de que le costaba mantener la confianza. Cuando volví a dar un paso adelante, él retrocedió.

—No me das ni un puto miedo —dijo Jericho—. Y si das un paso más, nos aseguraremos de que no salgas de aquí caminando.

Su tono fue la gota que colmó el vaso; o tal vez fue el recuerdo de los moretones con forma de dedos que había encontrado en los antebrazos de Maddie. Fuera lo que fuese, ya había tenido suficiente de ver su cara de desgraciado. Agarré a Jericho por el cuello de su abrigo, acercándolo para propinarle un rápido puñetazo en las costillas.

Me moví tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar, pero sus amigos sí.

—Vas a lamentar eso —dijo el del bate de béisbol antes de lanzar el golpe. Me dio en la cadera, un golpe sordo que no registré al principio, pero que estaba seguro de que sentiría más tarde. Por

ahora, solo me irritó. Les sacaba varios centímetros a todos estos tipos y el pánico en sus ojos me decía que yo tenía mucha más experiencia en varios tipos de combate que todos ellos juntos.

Mientras Jericho jadeaba buscando aire, me abalancé sobre el tipo del bate. Me dio un golpe más, apuntando a la parte posterior de mis rodillas, pero golpeando mi rótula izquierda en su lugar. *Ay*. Agarré el bate antes de que pudiera golpearme de nuevo, arrebatándoselo de las manos.

—Lárguense de aquí ahora mismo antes de que les rompa sus estúpidas cabezas a todos —gruñí, dando un paso al frente. Mi rodilla gritaba de dolor, pero no era el momento de pensar en una posible lesión. Los dominaba con mi altura. Jericho retrocedió, fulminándome con la mirada mientras sus amigos se retiraban junto a él.

—¡Que tengan una excelente noche! —exclamé jovialmente, esbozando una enorme sonrisa sarcástica—. Gracias por el nuevo equipo deportivo, amigos.—

—Cierra la maldita boca —gruñó Jericho.

—Ha sido un verdadero placer —continué.

Refunfuñaron aún más mientras se amontonaban en su camioneta. Observé cómo salían disparados del estacionamiento, limitándome a sonreír y saludarlos mientras me dedicaban señas obscenas a través de la seguridad de sus ventanillas cerradas. Metí el bate de béisbol en el asiento trasero del Jeep y luego me deslicé en el asiento del conductor. Maddie tenía la cara enterrada en sus manos y todo su cuerpo temblaba.

—Oye. Se han ido. —Estiré el brazo sobre la consola para rodear sus hombros—. ¿Estás bien?

Ella sollozó, levantando la cabeza. —¡Debería ser yo quien *te* haga esa pregunta! ¡Troy, te golpeó!

—Fue un toquecito de cariño —dije, aunque sabía que era mentira. Mi rodilla me ardía al estar doblada, y eso no era una buena señal.

Sus hombros se sacudieron con un sollozo. —Esto está tan mal. Lo siento mucho. Yo… yo no quería que nada de esto pasara. Solo quería salir a comer algo rico…—

—Oye. Esto no es culpa tuya. Tú no eres la que persigue a tipos con un bate de béisbol. Es *él*. No tienes por qué pedir disculpas.—

Me miró con los ojos enrojecidos, emanando tristeza. —No tienes por qué hacer esto.—

—Quiero asegurarme de que estés a salvo. —Busqué su mano, dándole un apretón—. Es lo único que me importa.

—Gracias. No sé qué habría hecho sin ti, Troy.

—De nada, Maddie. —El pecho se me infló, recordándome el dolor persistente que palpitaba allí. Aunque era consciente de cuánto me importaba Maddie, prácticamente desde el segundo en que la vi, no sabía cómo procesarlo. Mi vida no tenía espacio para alguien como ella—. ¿Hacia dónde vamos ahora? ¿Cena del Plan B?—

—Ya ni siquiera tengo hambre. Me quitó el apetito del susto. —Se frotó la frente—. Supongo que debería volver a casa de mis padres. Solo espero que no aparezca allí de nuevo. Me estuvo enviando mensajes furiosos antes porque no estaba en la casa de mis papás cuando pasó por allí.—

Se me revolvieron las entrañas ante sus palabras. Múltiples alarmas se encendieron en mi interior, y no estaba seguro de si ella se daba cuenta de lo peligroso que podía llegar a ser este tipo.

—No creo que estés a salvo en casa de tus padres tampoco. —El guardaespaldas que llevaba dentro ya estaba ideando un plan de protección. Y eso implicaba quedarme pegado a su lado—. Parece que su comportamiento ha ido escalando. Pasó de ser manipulador a dejar moretones y ahora a aparecer con una pandilla de amigos con bates de béisbol. Maddie, sé que es el papá de Grace… pero este tipo es oficialmente una amenaza.—

Ella respiró hondo, con la barbilla temblando.

—Sé que no es lo que quieres escuchar, pero tenemos que sacarte de aquí. A un lugar *seguro*.

—¿Pero a dónde? —Su voz sonaba tan pequeña, tan asustada.

Arranqué el Jeep, disfrutando el rugido del motor.

Por suerte para ella, yo tenía un plan.

CAPÍTULO CUATRO

MADDIE

—NO TIENES QUE aceptar esto —comenzó Troy mientras salía del espacio de estacionamiento en reversa—, pero me gustaría escoltarte personalmente a casa de tus padres para que puedas empacar algunas cosas para un pequeño viaje. A Grace también.

—¿Un *viaje*? —Ahora difícilmente parecía el momento para unas vacaciones.

—Después de lo que he visto, no creo que estés a salvo si te quedas sin protección personal. —Se detuvo en el estacionamiento al cambiar a la marcha de avance, pero no se movió. En cambio, me miró—. —Es tu elección. Pero te recomiendo al tres mil por ciento que salgas de la ciudad para que podamos desarrollar un plan de seguridad sin él encima de nosotros. Un amigo mío tiene una cabaña a las afueras de la ciudad que podemos usar. Está lo suficientemente lejos como para que no pueda encontrarnos. No hay riesgo de que arruine otra comida.

Mi cabeza daba vueltas. Había pasado de ser una divorciada normal a la protagonista de una mala película de rupturas. ¿Los amigos de Jericho andaban ahora golpeando gente con bates de béisbol? Nada tenía sentido. Excepto Troy.

Él tenía *mucho* sentido. Su actitud equilibrada y tranquila, incluso ante el peligro, se sentía como un fuego cálido y parpadeante en

medio de una noche fría. Tenía ganas de acurrucarme junto a él y quedarme allí todo el tiempo que me dejara.

—No... no puedo simplemente irme así como así...

Él asintió, y el primer destello de duda cruzó su rostro. Se veía genuinamente dividido mientras observaba los otros autos en el estacionamiento.

—¿Tienen tus padres un cuarto libre? —preguntó.

Me reí, pero me di cuenta de que no estaba bromeando.

—He visto mucho, Maddie. —Su nuez de Adán se movió mientras me miraba. El tenue resplandor de las luces del estacionamiento iluminaba las atractivas facciones de su rostro. Sus ojos oscuros me recorrieron, y por un momento el resto del mundo desapareció—. —Ha llegado al punto de dejarte marcas. Se presentó en un restaurante con amigos listos para darle una paliza a alguien. Y lo intentaron. Si yo fuera cualquier otra persona que no supiera cómo manejar la situación, probablemente estaría de camino a urgencias ahora mismo. Según su comportamiento actual, no me extrañaría que lo siguiente fuera lastimarte a ti o a Grace.

Sus palabras se hundieron en mí, trayendo el miedo de vuelta al primer plano. Nunca me había preocupado que nos lastimara a mí o a Grace. ¿Pero ahora? ¿Después de esta noche? Podía verlo sucediendo. A pesar de que quería creer que él estaba listo para aceptar el divorcio tranquilamente y seguir con su vida.

—Lo siento —dijo suavemente, buscando mi mano de nuevo. La acarició como si hubiéramos estado juntos por años, no como si fuéramos técnicamente dos extraños. Ese era el efecto vertiginoso que Troy tenía en mí—. No quiero alterarte. Pero esta es la realidad de la situación, y necesitas saberlo. Esto es parte de mi trabajo.

Asentí, dejando que la verdad se asentara en mi interior. Ya no estaba en *territorio de una ruptura normal* con Jericho. Él lo había llevado a algo siniestro y aterrador. —Tienes razón. Iré a casa de mis padres y empacaré las cosas. —Busqué la manija de la puerta, pero él me agarró la muñeca.

—Yo manejo. No quiero perderte de vista en este momento.

Me recosté de nuevo en el asiento, reconfortada por sus palabras. Puso el auto en marcha y le di indicaciones sobre cómo maniobrar a

través de Louisville hasta la casa de mis padres. Le pedí que esperara en el auto en la entrada, en parte como una forma de recuperar la compostura. ¿De verdad estaba a punto de huir con este hombre al que apenas conocía? Seguramente estaría bien aquí con mi mamá y mi papá.

Pero tal vez no *quería* pasar los próximos días sin Troy.

Llamé a Mercedes mientras empacaba apresuradamente mis cosas y las de Grace. Ella respondió al tercer timbrazo.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Todo lo bien que puede estar, considerando a tu desquiciado hermano. —Intentábamos bromear sobre el hecho de que ella fuera pariente de él, pero el suave suspiro me indicó que la broma no había caído como normalmente lo hacía.

—Me preocupaba eso. ¿Está Trojan ahí contigo?

—Lo está. Interceptó a Jericho y a Caleb con dos de sus amigos en el estacionamiento afuera del restaurante. Trajeron un bate de béisbol y Troy recibió un par de golpes. Pero los asustó y ahora nos vamos de la ciudad.

—Dios mío. Tenías razón sobre lo de desquiciado. ¿A dónde van?

—No lo sé todavía. Es un lugar que sugirió Troy. —Me mordisqueé el labio mientras evaluaba la maleta rápida que había preparado—. ¿Estoy loca por irme con él? Vamos a recoger a Grace una vez que termine de empacar.

—¿Sinceramente? No. Le confiaría mi vida a ese hombre. Él y Seven son los hombres más inteligentes y confiables que he conocido. —añadió Mercedes, aparte—. Por supuesto, excepto tú, Bear. Estoy hablando con Maddie sobre guardaespaldas.

Me reí suavemente. —Dile que no se preocupe, todos sabemos que él es su número uno.

—Ahora que estoy embarazada, él está súper territorial —dijo con una pequeña risita.

—Créeme, lo noté. —Cerré mi maleta, sosteniendo el teléfono entre mi oreja y el hombro—. Bueno, mientras no creas que estoy loca por huir en la noche con un hombre como Troy, entonces creo que eso es lo que estoy a punto de hacer.

—Ese hombre ayudó a salvar a Trace y a sus hermanos de ir a prisión. Confía en mí cuando digo: tienes luz verde, de parte de *todos* nosotros aquí en Nueva York.

Colgué el teléfono y me lo guardé en el bolsillo, sintiendo una clase particular de tristeza. Una parte de mí también quería estar de vuelta en Nueva York. Pero simplemente no parecía posible. Toda mi vida estaba en Kentucky. ¿Qué razón tendría para mudarme a Nueva York que tuviera el más mínimo sentido?

Quizás solo porque quieres hacerlo.

Alejé esos pensamientos, revisando la habitación por última vez para asegurarme de que no había olvidado nada importante para Grace o para mí. Tan pronto como salí por la puerta principal, Troy prácticamente saltó del auto para relevarme del peso de la maleta.

—Yo me llevo esto —dijo, tomándola con facilidad de mi mano.

Le di las gracias y me deslicé en el lado del pasajero del Jeep, pensando en nuestros siguientes pasos cuando me di cuenta de algo importante: no teníamos el asiento elevado de Grace. Todavía estaba en mi auto en el restaurante. Una vez que Troy volvió al asiento del conductor, le dije: —Cometí un error garrafal. Olvidé agarrar el asiento elevado de Grace, y lo necesitamos para que viaje en el auto. ¿Podemos volver?

Se me apretó el estómago esperando su respuesta. Todo lo que podía oír era la voz de Jericho en mi cabeza: *¡qué puta pérdida de tiempo! ¿Por qué no pensaste en esto antes? ¿No podías habérmelo dicho antes?*

En lugar de repetir lo que oía en mi cabeza, Troy solo asintió.

—Por supuesto. No hay problema.

Solté un suspiro que no sabía que estaba conteniendo. Palabras tan simples que disolvieron mi ansiedad. ¿Se daba cuenta de lo servicial que era?

Lo miré, observando las sombras moverse por su rostro mientras manejaba entre el tráfico. —Gracias, Troy. —Gracias no era una palabra lo suficientemente fuerte, pero no estaba segura de cómo expresarle lo agradecida que estaba.

Me lanzó una sonrisa relajada. —Es un placer, Maddie.

El trayecto de regreso al restaurante fue anormalmente rápido, probablemente debido a todos los pensamientos que daban vueltas en mi cabeza. Cuando entramos al estacionamiento, él soltó una maldición por lo bajo mientras se detenía detrás de mi auto.

—Ese desgraciado —masculló.

—¿Qué?

—Mira tus neumáticos.

Uní los puntos mientras él decía las palabras. Mi auto estaba más bajo de lo normal, gracias a los cuatro neumáticos rajados que ahora lucía. Me cubrí la boca mientras miraba por la ventana.

—Nunca había llegado tan lejos —susurré.

—Con más razón para que tú y Grace no estén en ningún lugar donde él pueda encontrarlas. —Suspiró profundamente, poniendo el auto en Park—. ¿Está el asiento elevado en el asiento trasero? Yo iré a buscarlo, solo quítale el seguro a la puerta por mí.

—Yo puedo ir...

—Maddie. —Me lanzó una mirada severa, pero las comisuras de sus labios se curvaron—. Ya deberías saber que mientras estés conmigo, no vas a mover ni un dedo.

Saqué las llaves de mi bolso y le quité el seguro al auto, reprimiendo una sonrisita mientras él se dirigía al asiento trasero y sacaba el asiento elevado. Algo en su forma de caminar se veía extraño; lo estudié tan de cerca como pude, pero él ya estaba de vuelta en el Jeep antes de que pudiera llegar a una conclusión.

—¿Estás lista para esta aventura?

—Si la aventura sabe a huida, supongo que sí.

Él esbozó una sonrisa matadora mientras ponía el auto en marcha. —Seré sincero, no esperaba que hicieras un chiste así, y no estoy preparado con una buena respuesta. Pero que sepas que soy mucho más ingenioso en circunstancias normales.

Y así de pronto, se rompió aún más la tensión de la noche. Le sonreí, recordando con qué facilidad había desaparecido aquella noche en casa de Seven y Jordan para nosotros. *Como esto.*

—Si no puedes tener un ingenio de nivel diez después de ser atacado por un tipo con un bate de béisbol, entonces... —dejé la frase en el aire, sacudiendo la cabeza. Parecía que estaba

conteniendo la risa—. Entonces creo que voy a tener que huir a la cabaña de otra persona.

Sus hombros se sacudieron por la risa. —De acuerdo. Te dejaré en la casa de otro guardaespaldas.

Burlarse de la situación realmente ayudó a calmar parte de la ansiedad. El viaje en auto avanzó así: bromas salpicadas de preguntas de Grace y momentos ocasionales de un silencio tranquilo.

—¿Cómo sientes la pierna? —le pregunté.

Él se encogió de hombros. —Bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Recibiste un golpe de bate de béisbol en la rodilla.

—No, estoy bien.

—No te creo. —Eso explicaría el rastro de cojera que había visto. O tal vez solo *creí* haberlo visto—. Eso tuvo que doler.

—He pasado por cosas peores, te lo prometo. —Me lanzó una sonrisa que me indicaba que dejara el tema, porque no obtendría la respuesta que quería de él—. No tienes que preocuparte por mí, Maddie.

—¿Pero y si quiero hacerlo?

Él me miró, e incluso en la oscuridad pude ver los signos de interrogación en su mirada. Había algo pesado detrás de mis palabras que ni siquiera yo estaba segura de haber pretendido. Pero ahí estaba.

La pura verdad.

Si él me había elegido para protegerme... entonces yo podía elegirlo a él para preocuparme por él.

Aunque tenía ganas de hacer mucho más con él que solo preocuparme.

CAPÍTULO CINCO

TROY

—¿DÓNDE ESTAMOS, MAMI?

La vocecita de Grace en el asiento trasero de mi Jeep se sintió como una lanza en mi corazón. Nada en esta situación estaba bien. El hecho de que tuvieran que irse de Louisville para sentirse a salvo; el hecho de que incluso me necesitaran para empezar. En un mundo perfecto, Maddie se habría casado con un tipo que no fuera un imbécil de primera categoría. Pero no vivíamos en un mundo perfecto... y tal vez una parte de mí se alegraba secretamente de ser yo quien pudiera sostenerla cuando necesitaba apoyo.

—Estamos en la cabaña que te mencioné cuando nos fuimos de la fiesta —dijo Maddie con una voz baja y tranquilizadora mientras acariciaba el sedoso cabello rubio de su hija. Estábamos a unos cuarenta y cinco minutos de Louisville, en una cabaña que pertenecía a Len, uno de mis buenos amigos, y que servía como "casa segura". En realidad, él la usaba como base durante sus trabajos de seguridad por todo el país —tenía muchos amigos que eran guardaespaldas viajeros—, pero también estaba equipada como refugio de emergencia en caso de que las cosas se pusieran mal a nivel político o económico. No era un fanático del apocalipsis, pero sí tenía raciones para tres años en el sótano.

—Vamos a llevarlas adentro. Me dirigí a la parte trasera del Jeep, ignorando el dolor punzante en mi rodilla. Necesitaba descansar y

me despertaría bien; eso era más una exigencia que una esperanza. Saqué el bolso de Maddie y el mío del maletero, y las luces automáticas del amplio porche de madera se encendieron cuando me acerqué a la puerta principal.

—Este lugar es bastante lindo —comentó Maddie una vez que tuvo a Grace en sus brazos. Las ramas descuidadas de los árboles desnudos enmarcaban los bordes de la cabaña, que estaba enclavada al final de un largo camino de entrada en el bosque. Dejé nuestros bolsos junto a la puerta mientras luchaba con la caja de seguridad para abrirla. Después de introducir el código incorrecto unas seis veces, finalmente saqué la llave con un gruñido de satisfacción. Cuando crucé la mirada con Maddie, ella estaba reprimiendo una sonrisa.

—¿Qué es tan gracioso?

—Me encanta cómo puedes defenderme de cuatro hombres, pero una pequeña caja de seguridad casi te vence.

Resoplé divertido mientras abría la puerta y la empujaba. Luego dirigí mi mirada hacia ella, levantando una ceja.

—No me venció —le dije—. ¿Y quién ganó después de todo? Le mostré la reluciente llave.

La diversión brilló en sus ojos y compartimos un momento eléctrico. Era fácil perderse en sus cálidos ojos color avellana. Demasiado fácil.

—Mmm, sí. Me lanzó una sonrisa pícara, una que yo quería borrarle de la cara con un beso. Cargué nuestros bolsos y entré, buscando a tientas el interruptor de la luz. Un momento después, la enorme planta abierta quedó iluminada por las luces del techo. En el centro de la habitación, colgando del cielorraso, Len había fabricado un candelabro con astas de ciervo. Tampoco era un fanático de la caza, pero le tenía un cariño anormal a ese candelabro. Tal vez porque había fabricado la base con piezas de repuesto de una secadora.

—Vaya. Maddie abrió mucho los ojos mientras miraba a su alrededor. Era una cabaña pequeña tipo loft: cocina abierta y sala de estar en la planta baja, con un pequeño dormitorio y baño a un lado.

Y luego un área de loft abierta en el piso de arriba. Todo olía a madera y humedad, pero en el buen sentido.

—Hay un dormitorio justo aquí al lado. Abrí el camino por el suelo de baldosas de la cocina, midiendo mis pasos para ocultar cómo mi rodilla ardiente afectaba mi andar. Las ruedas de su maleta hicieron clic detrás de mí hasta que empujé la puerta del dormitorio y encendí la luz. Afortunadamente, la cama matrimonial estaba hecha con una manta pesada extendida encima. Grace roncaba suavemente en los brazos de su madre y apenas se despertó cuando Maddie la acomodó en la cama.

—Gracias —me dedicó una mirada de agradecimiento—. Voy a arroparla y luego... creo que yo también me iré a dormir.

—Descansen las dos. Estaré aquí afuera si necesitan algo. La dejé para que desempacara, sabiendo en lo más profundo de mi ser que tomar distancia en este momento era la mejor idea. No solo porque era una madre soltera con una hija, sino porque si la miraba un segundo más, estaría sugiriéndole que me buscara en el loft esa noche.

Mejor ignorar esos pensamientos por completo. Me puse manos a la obra con la puesta a punto de la cabaña, revisando el agua, encendiendo la chimenea, asegurándome de que todo estuviera en buen estado de funcionamiento. Le daría a Len un informe completo, que comenzaría con una foto de cortesía de su candelabro favorito.

Mientras hurgaba por la cabaña, era difícil evitar que mis pensamientos se deslizaran hacia Maddie. No tenía nada que estar pensando en ella en otro sentido que no fuera un trabajo temporal de protección. Eso era lo que era esto, después de todo. Mercedes quería que la cuidara, así que aquí estaba. Nada más y nada menos.

Así que necesitaba concentrarme en otra cosa. Dado que la cabaña de Len no tenía cable ni internet, no me interesaba el enorme televisor de la sala. En su lugar, encendí un pequeño fuego en la chimenea para calentar el lugar y luego me dirigí al loft para revisar mis correos electrónicos.

Había recibido una notificación durante el trayecto de que Nash Nightingale me había escrito, pero no había querido mirarlo hasta

ahora. Era un itinerario, reenviado desde el correo de alguien más que parecía estar asociado con una compañía de jets privados.

De Nueva York a Quito, Ecuador.

Hora de salida, información del aeropuerto y una secuencia aproximada de eventos una vez que aterrizáramos en Ecuador. Analicé la información, sintiendo que algo se me apretaba en el estómago.

Faltaba una semana y media. ¿Sería tiempo suficiente para que Maddie estuviera en terreno firme?

Ella no es tu responsabilidad. Solo estás ayudando a una amiga. Pasarás esta fase y luego le organizarás un plan de protección básico.

Parecía tan lógico, tan fácil.

Lo cual no explicaba por qué todo dentro de mí rechazaba la idea.

CAPÍTULO SEIS

MADDIE

—¿MAMI,HUELESESO?

La dulce voz de Grace me despertó de mi sueño. Entrecerré los ojos contra la luz del sol que se filtraba por las persianas de madera laminada, y me tomé un momento para recordar dónde demonios estaba.

Cabaña de troncos. Naturaleza salvaje de Kentucky. Segura con Troy.

La última parte alivió la profunda tensión entre mis hombros. Me acurruqué en las cobijas, jalando a Grace hacia mis brazos.

—Huele a desayuno, bebé.

—¿Quién cocina?

—Probablemente Troy —le dije, acariciando el cabello rubio platinado que enmarcaba su carita—. ¿Recuerdas que nos trajo aquí? Para nuestras vacaciones divertidas.

Ella asintió, moviéndose de una manera que me decía que moría por salir corriendo y unirse a la acción.

—Quiero ver —dijo, su voz rozando un quejido, cuando no me moví.

—Bueno, cariño. Mami se va a levantar. Primero tenemos que ir a cepillarnos los dientes y arreglarnos el cabello, ¿está bien?

Grace se bajó de la cama, saltando emocionada a mi lado mientras me sentaba y estiraba los brazos. La metí al baño que estaba justo

al otro lado del pasillo, atrapando el *pop-siseo* de algo cocinándose en la cocina. Nos alistamos rápidamente para el día, completo con caras tontas en el espejo y algunos besos de mariposa. De camino al salir del baño, en lugar de regresar al dormitorio para cambiarme, Grace se disparó hacia la cocina.

—¡Buenos días, tú! —la voz profunda de Troy retumbó por toda la cabaña. Yo iba detrás de ella, cruzándome de brazos sobre mi pijama rosa liso mientras me recargaba en el marco de la puerta.

Troy llevaba pantalones deportivos grises y una playera tipo henley marrón, ambas prendas eran demasiado sexis en él. No podía pensar demasiado en sus antebrazos gruesos o en el hecho de que los pantalones deportivos grises eran una de las cosas más eróticas que un hombre podía usar. Y maldición, *no* iba a mirar debajo de su cintura. Cuando giró hacia mí, su sonrisa se hizo un poco más ancha.

—Y buenos días, tú. —Su mirada viajó desde mis pies hasta mi cabeza, y un pequeño escalofrío recorrió mi columna vertebral.

No, si sabía lo que era bueno para mí, simplemente dejaría de hacer contacto visual con él de ahora en adelante. —Buenos días. Seguro que huele delicioso aquí.

Grace sacó un banquillo en la gran isla de la cocina, gruñendo mientras se esforzaba por llegar al lugar correcto. La ayudé a subir, tratando de no babear sobre el corpulento guardaespaldas cocinando el desayuno con una toalla de cocina verde colgada sobre su hombro izquierdo.

—¿Durmieron bien ustedes dos? —El bajo retumbo de su voz hizo que mis muslos se tensionaran.

—Dormimos maravillosamente. ¿Y tú?

Él gruñó y asintió. —Dormí hasta tarde por primera vez en un tiempo. Hasta las siete.

Miré el reloj. Era casi las ocho treinta. —¿Qué has estado haciendo desde las siete?

Apagó la estufa y se quitó la toalla del hombro, girándose hacia mí con una sonrisa segura. —Sentadillas. Abdominales. Flexiones. Cosas así.

La electricidad chisporroteaba entre nosotros mientras contemplaba su figura completa y corpulenta. Por supuesto, inmediatamente lo imaginé haciendo esas cosas, incluso imaginando cómo se vería bajo esa playera henley. Olvídate de nunca hacer contacto visual de nuevo. Quería perderme en sus ojos marrones y nunca ser encontrada.

Parpadeé con fuerza. *Reacciona, Maddie.*

—Mami, quiero colorear. —La pronunciación de «colorear» de Grace sonaba más como «kuh-wor»; sus pequeños matices fonéticos siempre hacían que mi corazón se hinchara.

—¿Ya estás lista para un libro de colorear, cariño? —Alcancé el bolsón que había puesto en la isla la noche anterior. Tenía todas las opciones de entretenimiento de Grace para nuestro viaje: crayones, libros, papel en blanco, y más. Ella chilló emocionada cuando saqué un libro de colorear de la naturaleza junto con un paquete de crayones.

—Apuesto a que va a ser el dibujo más bonito —dijo Troy, las ollas tintineando mientras servía la comida y ponía los utensilios en el fregadero. Una pila de huevos revueltos humeaba en tres platos separados, junto con tocino y tostadas de trigo con mantequilla.

—¡Te dibujo! —Grace le sonrió radiante antes de comenzar su obra maestra.

—Gracias por el desayuno —le dije, lamiéndome los labios mientras ponía un plato frente a mí y a Grace. Ella solo echó un vistazo a los huevos. Era una comedera lenta, especialmente cuando estaba enfocada en un proyecto. —No me di cuenta de que nuestra escapada incluía servicio de catering.

—Todas las comodidades en Chateau Lenny —dijo con ironía antes de sacarse su propio banquillo y dejarse caer. La madera crujió bajo su peso, pero no parecía preocupado por ello. Se metió a comer sus huevos, algo masculino incluso en la forma en que sostenía el tenedor. Me obligué a mirar de nuevo mi propio plato, decidida a no analizar excesivamente la forma en que sostenía un tenedor y de alguna manera encontrar la manera de deshacerme por él.

Iba a la mitad de los huevos —esponjosos, perfectamente salados — cuando recibí un mensaje de mi mamá.

MAMÁ: Buenos días, cariño. No quería preocuparte anoche pero deberías saber que Jericho pasó anoche tarde, después de que nos acostáramos.

Mi estómago se hundió tan pronto como vi las palabras.

—Supongo que fue bueno que nos fuéramos de la ciudad —dije, llevándome otro bocado de huevos. —Mi mamá acaba de mandarme un mensaje que Jericho pasó anoche.

MAMÁ: Golpeó la puerta hasta que nos levantamos y abrimos. No estaba muy contento de que no estuvieras ahí, pero conseguimos que se fuera.

Mi ceño se profundizó.

—¿No hizo nada, verdad?

—No parece. Solo sacó a mis padres de la cama, lo cual es un poco grosero. —Suspiré, empujando los huevos alrededor del plato.

—¿Viene papá? —Grace levantó la vista hacia mí, su crayón rosa pausado a mitad de camino de la hoja.

—No, cariño. No viene. —Le acaricié el cabello, preguntándome qué más debería agregar, si acaso. Era muy pequeña para comprender lo que estaba pasando, pero aun así notaba cuando las cosas no estaban bien. Se había acostumbrado al hecho de que Papá no venía mucho, desde que nos mudamos de la casa que solía compartir con Jericho. Y tal vez era solo yo proyectando, pero… no parecía que lo extrañara. Quizás porque nunca había pasado mucho tiempo con ella para empezar.

—Estas son unas vacaciones de Mami y Grace —dijo Troy, sonriendo hacia ella—. Solo para ustedes dos.

Parecía satisfecha con esa respuesta, así que volvió a colorear.

—Hablando de vacaciones, ¿de dónde vinieron estos huevos y tocino?

—Los traje conmigo desde Nueva York. —Troy sonrió burlonamente antes de morder un trozo de tocino—. Tenía una hielera en la Jeep y el tocino estaba congelado. No estaba seguro de qué esperar en la cabaña así que vine abastecido.

—Gracias por compartir tus provisiones con nosotras.

—Compartiré mis provisiones contigo cuando quieras, Maddie. —Su susurro ronco hizo que otra ola de calor me atravesara. El

hombre podría leer instrucciones de cocina e hizo que sonara caliente. —Pero voy a necesitar ir a la tienda hoy si queremos tener más comidas.

—Oh. Un viaje al pueblo. Eso suena divertido.

Bajó la barbilla, estrechando los ojos. —No sé si deberías venir.

—Por favor. Estamos a una hora de Louisville. No creo que Jericho tenga idea de dónde estoy, ni correremos el riesgo de encontrarlo en la tienda. —A pesar de mis protestas, su modo protector era un afrodisíaco.

Se relajó un poco, inclinando la cabeza. —Sí, tienes razón.

—Son vacaciones, después de todo —bromeé—. No podemos quedarnos aquí cruzadas de brazos.

Él resopló, metiendo el resto del tocino en la boca. Masticó antes de decir: —Iremos a ver todas las atracciones que esta área tiene para ofrecer: el arroyo, la tienda general y la gasolinera.

—Suena como una salida emocionante.

Una vez que terminamos nuestros platos y Grace finalmente comenzó a comerse los suyos, Troy se puso a trabajar limpiando. Se inclinó sobre el fregadero de la cocina, frotando platos y ollas. Apenas podía apartar la vista de su amplia espalda y los músculos tensionándose bajo la tela de su playera.

No había estado con un hombre en *años*. Jericho y yo formalizamos nuestra separación hace más de un año, pero estuvimos distantes y fracturados mucho tiempo antes —probablemente desde antes de que hubiera dado a luz a Grace. El último año viviendo con Jericho fue como caminar sobre cáscaras de huevo. Había olvidado lo que se sentía *enamorarse* realmente de alguien.

Después de llevar el último bocado de huevos a la boca de Grace con movimientos de avión, llevé el plato al fregadero.

—Eres un excelente cocinero de desayunos —le dije. Su brazo rozó el mío cuando giró, una sonrisa curvándose en sus labios.

—Agregaré eso a mi currículum —dijo.

—¿Qué dice el currículum ahora? Guardaespaldas… experto en fitness… especialista en desayunos…

Inclinó la cabeza. —No me hagas sonrojar. Pero olvidaste chofer.

Reí, golpeándole el brazo. —¿Cómo pude olvidar eso?

Troy me guiñó un ojo mientras tomaba el plato y lo enjuagaba. —Solo parte de la vida de guardaespaldas. Tienes que estar listo para cualquier cosa.

—¿Tiene Lenny café en este lugar? —Abrí armarios al azar, buscando lo bueno. —Puedo preparar una jarra.

—Tal vez haya visto algo por aquí. —Giró la barbilla hacia un área diferente de la cocina—. Ni siquiera pensé en el café.

—¿No tomas café? —Mi voz salió prácticamente como un chillido —. Eso también debería ir en tu currículum. Como una advertencia.

La sonrisa genuina que cubrió su cara era una que quería fotografiar y recordar por siempre.

—A veces sí. Solo intento no acostumbrarme demasiado a nada.

Golpeé su cadera con la mía mientras me dirigía hacia el otro lado de la cocina para continuar mi búsqueda. Encontré un frasquito de café instantáneo, lo cual era mejor que nada.

—Esto tendrá que servir por ahora. Pero definitivamente necesitamos conseguir algo en el pueblo. —Llené la tetera con agua y la puse a fuego alto en la estufa antes de apoyarme en la encimera, mi vista derivando hacia Grace mientras seleccionaba un crayón diferente de la caja. —¿A dónde vas después de esto? ¿De vuelta a Nueva York?

—Solo por poco tiempo. Y luego me dirijo a Ecuador.

—Ecuador. —Intenté ocultar parte de mi sorpresa, y la más ligera decepción. No porque no quisiera que visitara un lugar tan fabuloso como Ecuador. Sino porque me recordó que este dulce idilio solo estaba destinado a ser una fantasía de corta duración. Algo como un sueño febril, hasta que se disipara y la fiebre bajara. —Eso suena divertido. ¿Es vacaciones o un trabajo?

—Por un trabajo. —Apagó el agua, secándose las manos mientras se giraba hacia mí—. Algo nuevo que surgió.

Ya me lo imaginaba navegando mercados al aire libre en Ecuador, usando lentes oscuros mientras sonreía al sol en una playa costera. —Tienes el mejor trabajo.

—Tiene sus ventajas.

—Diría que mucho más que ventajas. ¿Qué me dijiste durante la fiesta de Navidad de Jordan y Seven? ¿Que habías estado en LA, París, Miami y Londres en seis meses el año pasado?

—Así es. —Su mirada hizo ese viaje peligroso desde mi cara hacia mi cuerpo, como si me estuviera evaluando. En el fondo, esperaba que fuera un precursor de él lanzarme sobre su hombro. Pero el más leve atisbo de ese pensamiento bastó para que mi lado lógico interviniera.

Iniciar algo con un soltero como él es lo último que deberías hacer.

El año pasado había sido LA, París, Miami y Londres. Este año, era Nueva York, Kentucky, Ecuador… ¿y qué más? El año apenas estaba comenzando y ya tenía tres puntos profundos en el mapa del mundo. Solo necesitaba disfrutar de esta versión extraña de una «escapada» por lo que era: una pausa temporal en la vida real. Una oportunidad de reagruparme.

—La vas a pasar increíble en Ecuador. Tendrás que mandarme una postal —le dije, intentando cerrar la puerta en la parte de mi mente que quería creer que podría verlo más allá de este tiempo en el bosque. Caminé hacia Grace, quien estaba terminando su dibujo. —Ahora vamos a alistarnos para salir a manejar.

Le cosquilleé los costados, lista para aclarar mi mente con un viaje al pueblo. Ella se rió, luego apartó sus crayones.

—¡Esto es para ti! —Levantó su hoja de papel, mostrando orgullosamente los garabatos multicolores que vagamente se parecían a un muñeco de nieve.

—Oh, Grace. ¿De verdad? —Troy tomó el papel con cuidado, luciendo genuinamente emocionado—. ¿Dibujaste esto tú sola?

Grace asintió tímidamente, acurrucándose en mi lado.

—Voy a guardar esto para siempre. Gracias. —Troy la llevó hacia el refrigerador y la pegó detrás de un imán en forma de Kentucky—. Aquí la mantendremos por ahora para que pueda verla todo el tiempo.

Grace sonrió hacia mí, sus ojos brillando. Podía decir que estaban en camino de volverse mejores amigos.

Una vez que tenía una taza de café instantáneo poco apetitoso, metí a Grace al dormitorio para que nos cambiáramos para ir de

compras. Una vez que estaba en unas mallas con estampado de leopardo y su suéter rosa favorito, me cambié a mi propio atuendo de mamá combinado: mallas con estampado de leopardo y una sudadera de color camello. Siempre había querido hacer lo de ropa combinada con mi hija y aquí estábamos. Fue *glorioso*.

Cuando salimos del dormitorio, Troy se estaba poniendo su abrigo oscuro. Sus ojos se agrandaron.

—No creo haber visto nada más lindo en mi vida —dijo.

—Hay más de donde vino esto —lo advertí—. He estado esperando combinar con mi hija desde antes de que naciera. Creo que empaqué alrededor de seis atuendos combinados además de todo lo demás que traje.

Nos pusimos los abrigos y salimos hacia la mañana fría. Nuestras botas crujían sobre la grava helada, el aliento saliendo en bocanadas cómicas frente a nosotros. El viaje al pueblo tenía el mismo aire de maravilla que esperaría en unas vacaciones —todo se sentía nuevo, emocionante, ligeramente extraño aunque estuviéramos apenas a una hora de la casa de mis padres. Como si estuviera despertando y viendo el mundo por primera vez después de tantos años de apenas absorber mi entorno.

La tienda donde compramos era bonita pero sofocante, un puesto al costado del camino lleno de lo esencial, un mostrador de carne y un pequeño refrigerador de verduras. Grace escogió un plátano y otro paquete de crayones como parte de su compra, mientras Troy y yo cargamos de verduras, pollo asado y café. En el mostrador, Troy bloqueó mi camino mientras yo me acercaba con mi billetera sacada. No pude evitar reír mientras él bloqueaba mis manos sin importar de qué manera intentara llegar a la caja.

—No vas a pagar —me informó.

—Realmente no tienes que pagarlo todo.

—No tengo que hacerlo, pero lo voy a hacer.

Una vez que habíamos pagado, Grace agitó los dedos hacia Troy, urgiéndolo a que la levantara.

Troy parpadeó hacia ella. —¿Qué es esto?

—Quiere que la cargues. —Intenté ocultar mi sonrisa. Grace se había calentado con él rápidamente —no solo aquí en la cabaña,

sino también durante la fiesta de Navidad el mes pasado.

Grace brincó emocionada frente a él. —¡Toy, levántame!

Ella amaba hacer nuevos amigos, pero no podía evitar pensar que también le gustaba lo grande y fuerte que era Troy.

Yo también, chica.

—Oh, Dios mío, si esto no me derrite el corazón. —La levantó fácilmente, sosteniéndola en su brazo izquierdo mientras levantaba el resto de las bolsas del mostrador con su mano libre.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunté, siguiendo detrás mientras nos dirigíamos hacia las puertas delanteras con la campana de bienvenida. Aún tenía una ligera cojera que podía ver que intentaba ocultar, el hombre testarudo. Saqué mi teléfono de mi bolsa, tomando una foto rápida de la escena frente a mí. Su ancha espalda, los tirabuzones demasiado lindos de Grace, todas las bolsas colgando de su mano derecha.

—La tengo —dijo, pero corrí delante de él para abrir la puerta trasera de la Jeep.

—Necesitas dejarme hacer *algo* —le dije.

—Hiciste mucho —dijo, dejando caer a Grace en el asiento elevado como si no pesara nada—. Subiste a mi Jeep cuando te dije que vinieras a la cabaña. Y me dejaste pagar adentro hace poco.

—Eso parece una tecnicidad —dije.

Grace chilló mientras él jugueteaba brevemente con el cinturón. —Supongo que puedes abrochar el cinturón.

Él se hizo a un lado, sonriendo burlonamente hacia mí, y capté una bocanada de su aroma boscoso. Mis ojos se cerraron con aleteo. *Ay, Dios mío.* Quería arrastrarme adentro de su chaqueta y vivir allí.

Abroché a Grace con el cinturón y besé la punta de su nariz. Una vez que me había sentado en el asiento delantero, recibí una llamada entrante. Mi madre.

Mi estómago se precipitó a mis pies mientras respondía.

—¿Hola?

—Maddie, cariño. ¿Cómo están ustedes dos? —Mi mamá sonaba nerviosa.

—Estamos bien —dije—. Dormimos de maravilla. Acabamos de comprar cosas para hacer cena. ¿Qué pasa?

—Jericho acaba de venir de nuevo.

Mis ojos se deslizaron al reloj de la Jeep. Eran apenas las nueve treinta.

—Exigió saber dónde estabas —continuó mi mamá—. No le dije nada, pero… —El temblor en su voz traicionó la emoción ahí. —Estaba molesto, cariño.

La atención de Troy chisporroteó sobre mí mientras hablaba con mi mamá.

—¿Estaba papá ahí? ¿Dijo algo cuando se fue? —pregunté, mi voz atorada en mi garganta.

—Sí, tu padre estaba aquí, afortunadamente. Jericho dijo que esperaba que no planearas quedarte mucho tiempo porque necesitaba ver a su hija.

Apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento, el nudo familiar de ansiedad apretándose fuerte en mi vientre. —Gracias por decirme. —La verdad es que no tenía idea de cuánto tiempo tenía sentido quedarse. ¿Era para siempre una opción? En algún momento, tendría que enfrentarme a él. —Si vuelve a molestarte o si te asustas, llama a la policía, ¿está bien?

No podía creer que estuviera recomendándole a mi mamá que llamara a la policía sobre mi pronto exesposo. Pero en el fondo, no estaba sorprendida en absoluto.

Había sabido desde el principio que Jericho no era el indicado para mí… pero pensé que el matrimonio y comenzar una familia lo cambiaría. Lo ayudaría a domesticar ese hilo oscuro e insidioso dentro de él.

Y aunque siempre había hecho mi mejor esfuerzo para asegurar que ese hilo nunca se rompiera… se rompió de todos modos.

Ahora, era hora de empezar a trabajar limpiando el desorden. Reclamando un nuevo futuro para mí y mi hija.

CAPÍTULO SIETE

TROY

—¿QUIERES QUE TE sirva un poco más?

La sencilla pregunta de Maddie y sus grandes ojos color avellana fueron como una lanza atravesándome el pecho. Con la chimenea crepitando a su espalda y toda la cabaña envuelta en calidez y tranquilidad, yo sabía la respuesta a su pregunta.

—Creo que ya he tenido suficiente cerveza. —Si daba otro sorbo, la tomaría en mis brazos y la subiría al altillo. Después de un día entero explorando el pueblo, caminando por el bosque que rodeaba la cabaña y compartiendo el almuerzo y la cena con ella y Grace, sentía el corazón más lleno de lo que lo había sentido en... había pasado demasiado tiempo para recordarlo.

Como resultado, estaba pendiendo de un hilo al estar cerca de esta mujer.

—Bueno, espero que no me juzgues si yo tomo un poco más. Después de todo, es tiempo de adultos. —Me sacó la lengua mientras llenaba su vaso de nuevo. Habíamos estado compartiendo una botella grande de cerveza que encontramos guardada al fondo del refrigerador de Len, algo ligero y de elaboración local. Grace se había ido a la cama hacía unos veinte minutos, tras una tarde ajetreada jugando a un juego que yo había inventado accidentalmente con ella llamado *Changuito Enroscado.* La había dejado colgarse de mi bíceps un rato antes, cometí el error de dar

unas vueltas y así nació el Changuito Enroscado. La niña estaba obsesionada. Casi podía sentir que seguía dando vueltas. Maddie y yo estábamos ahora solos en la isla de la cocina. Me dije a mí mismo que esto era solo una sesión normal de convivencia entre adultos.

Necesitaba convencerme de que no pasaría a más.

—Toma todo lo que quieras, Maddie.

Sus mejillas se sonrojaron después de que lo dije, lo cual me dio curiosidad.

—¿Por qué te sonrojas?

—No lo hago.

—Claramente lo estás haciendo.

Sus mejillas permanecieron rosadas. —Es que hace calor aquí dentro. —Se giró para mirar la chimenea y luego hizo una parodia de abanicarse. —¿Ves? Es que está muy cálido.

—Quítate el suéter entonces.

Sus ojos se agrandaron un poco. —Ehm... no estoy segura de eso.

Era tierno verla ponerse nerviosa. Quizá ella también tenía en mente el lado "adulto" de las cosas, igual que yo. —¿Deberíamos salir? Puedo encender una fogata.

Sus ojos se iluminaron. —¿Podemos?

Cerré el puño bajo la mesa, resistiendo el impulso de tirar del extremo de su cola de caballo suelta. Maldición, era hermosa. De mejillas sonrosadas y ataviada con leggings; bebiendo cerveza y hablando de todo conmigo, desde viajes por el mundo hasta cómo hacer germinar un aguacate. Era un bocadito castaño que quería devorar.

—Podemos hacer lo que queramos —le dije, preguntándome si sabía cuán literalmente lo decía. Mi rodilla crujió cuando me puse de pie, pero lo ignoré— Len tiene un pozo para fogatas y algunas sillas atrás. Vamos.

Quería tomar su mano y mantenerla cerca mientras salíamos, pero no lo hice. Llevaba poco más de veinticuatro horas con esta mujer y estaba perdiendo la cabeza. Yo no era el tipo de hombre que "jugaba a la casita"; ese nunca había sido mi objetivo en la vida, y seguía sin serlo.

Las únicas mujeres que adornaban mis camas eran las que no se quedaban por mucho tiempo. Así estaba planeado, porque era lo único que me parecía correcto. Después de mi crianza caótica y vagabunda, mantenía mi distancia de la unidad familiar. La estabilidad nunca había estado a mi alcance en aquel entonces, así que la creé de la única manera que supe como adulto: manteniéndome lo más lejos posible de cualquier cosa permanente.

Todo en Maddie y Grace gritaba *permanencia.* Involucrarse en eso no era una elección sabia... pero tampoco podía contenerme.

Necesitaba despejar la cabeza, y el aire frío de la noche me ayudaría.

Nos pusimos los abrigos y las botas antes de salir por la puerta lateral. El pozo para la fogata estaba a varios metros de la ventana de la habitación de Maddie, así que no estábamos demasiado lejos de Grace mientras dormía. Unas luces exteriores de color ámbar iluminaban la zona alrededor de la casa, permitiéndome seleccionar los mejores troncos de la pila de leña junto a la vivienda. Maddie merodeaba por el pozo mientras yo apilaba la leña y encendía la yesca. Tuve el fuego ardiendo en cinco minutos. Ella me aplaudió una vez que la madera empezó a crepitar.

—Eres muy bueno encendiendo fogatas —arrulló, acomodándose en el banco de madera. Me senté pesadamente a su lado, admirando mi trabajo.

Tú también, pero un fuego diferente. Otra cosa que no le diría en voz alta a esta mujer.

—Pasé mucho tiempo en la naturaleza cuando crecía —le conté.

—¿Qué, te criaron los lobos?

Resoplé. —Técnicamente no, pero a los de afuera debió de parecerles.

El silencio se instaló entre nosotros mientras el fuego crecía, consumiendo la madera seca.

—Así que tus padres eran como lobos —dijo ella lentamente.

Me froté las manos, disfrutando del calor que aumentaba lentamente frente a nosotros. Pero los pocos centímetros de espacio que quedaban entre Maddie y yo me molestaban. Quería que desaparecieran. —Ellos solo... hacían lo que podían, supongo. —Me

reí, pero sonó amargo. Porque así es como todavía me sentía respecto a toda la situación. Mi papá tenía algunos problemas de salud mental que decidió no tratar. Así que eso significaba que mi mamá, mi hermana pequeña y yo estábamos constantemente lidiando con las consecuencias.

Su ceño fruncido brillaba intensamente bajo la luz cambiante del fuego. —Eso debió ser muy difícil.

—Viajamos por Estados Unidos como vagabundos. O tal vez como si estuviéramos en un programa de protección de testigos, no lo sé. Vivíamos en una casa rodante de mierda y nunca nos quedábamos en ningún lugar por más de una semana.

Mi voz se apagó, aunque había mucho más que podría haber dicho. Esos detalles por sí solos ya sonaban bastante vergonzosos. Había pasado toda mi adolescencia tratando de ocultar las pruebas de lo rota que estaba mi vida familiar. Vivir a la sombra de la enfermedad mental de mi padre hacía difícil mantener amigos, y mucho menos asistir a la escuela. Mi madre nos metía y sacaba de escuelas públicas, dependiendo de cuánto tiempo nos quedáramos en la misma zona. Cuando no estábamos en la escuela, ella nos educaba en casa. Había sido un desastre con todas las letras.

Maddie buscó mi mano, cruzando las piernas y quedando frente a mí en el banco. —¿En serio?

—Está bien. —No pude apartar mi mano de la suya, aunque sabía que debía hacerlo— Ya es historia antigua.

Su ceño se profundizó y me di cuenta de que no estaba satisfecha con mi respuesta. —Suena difícil.

—Bueno, el lado positivo es que pude ver mucho del país. De costa a costa.

—Eso es... definitivamente único —dijo ella con una risita.

—Cuando los niños miraban el Gran Cañón en sus libros de texto, nosotros estábamos allí en carne y hueso, cocinando salchichas para el desayuno sobre una llama abierta después de habernos quedado ilegalmente a pasar la noche en el parque estatal —continué.

Ella sonrió, pero la expresión se desvaneció rápidamente. —¿Está bien tu padre ahora?

Mi estómago se hundió como una piedra hasta mis pies y aparté mi mano de la suya. —No. Está peor que nunca. No he sabido de mis padres en meses y no sé cómo encontrarlos. Solo tengo que esperar hasta que él salga de su crisis y me contacte. A veces mi hermana pequeña sabe de ellos y me avisa, pero aparte de eso...

Tragué un nudo en mi garganta. Me había tomado mucho tiempo darme cuenta de que mi crianza no fue normal, y mucho menos saludable. Me había tomado aún más tiempo darme cuenta de que todo ese miedo y sospecha que había absorbido de mi padre tampoco me correspondía cargarlo. Tenía sentido por qué me había inclinado hacia el ejército tan pronto como pude. Tener estructura y reglas se sentía como un alivio después de vivir en lo opuesto por tanto tiempo, mientras que el movimiento y el paisaje en constante cambio era a lo que estaba acostumbrado.

—Tal vez podrías ponerle un AirTag a su casa rodante...

—Él lo detectaría de inmediato. —Me froté la cara, inseguro de qué tan profundamente quería entrar en los problemas de salud mental de mi padre... y si eso podría cambiar la opinión que ella tenía sobre *mí*—. Es bastante paranoico, le preocupa que el gobierno lo esté rastreando y esas mierdas. Si descubriera que yo lo estaba rastreando de verdad, solo confirmaría todos sus delirios.

El silencio se instaló entre nosotros, roto solo por el crepitar del fuego.

—No suelo hablar de mis padres con nadie —admití después de unos momentos.

Ella se acercó más a mí, con las piernas cruzadas mientras me miraba. —Yo tampoco suelo escapar a una casa segura con cualquiera.

Mi mirada derivó de nuevo hacia su lindo rostro. Sus mejillas estaban rosadas por el frío, y la forma en que me miraba me hacía replantearme mi necesidad de mantener la distancia. Después de todo, ella me había besado; ese elefante en la habitación tenía que significar algo, ¿verdad? No lo habíamos mencionado, pero tal vez necesitábamos hablar de ello.

—Elegiste al tipo adecuado para escapar —le dije—. No tienes que preocuparte por ninguna conducta inapropiada. Incluso puedes

besarme de nuevo si lo necesitas y no haré un gran problema de eso.

Sus ojos destellaron, recordándome cuán extraña era esta situación. Había conectado con ella más fuerte y rápido que con casi cualquier otra persona en toda mi vida. Pero las reglas de guardaespaldas-cliente eran unas en las que creía y que obedecía. Sin embargo, ella no era técnicamente mi cliente... y yo no estaba haciendo nada más que sacarla de una situación estresante temporalmente.

Las líneas eran difusas. Quería borrarlas por completo.

—Puede que necesite hacerlo de nuevo. —El tono burlón en su voz era más que claro. Una sonrisa se curvó en sus labios.

—Haz lo que necesites, Maddie.

Ella se mordió el labio inferior y su rodilla golpeó el costado de mi pierna. —¿Es verdad eso que dijiste en el restaurante?

Apoyé mi brazo en el respaldo del banco, tratando de recordar todas las cosas que había dicho allí. —Ayúdame. ¿Qué cosa? Dije muchas cosas.

Sus mejillas se encendieron, pero no por el frío. Dirigió su mirada al fuego y lo observó mientras hablaba. —Que habías estado deseando que ese beso ocurriera desde Nueva York.

Me froté la cara de nuevo. Lo había admitido en un momento de honestidad ebrio de besos. Pero ahora, no estaba seguro de cómo manejarlo. Eso fue antes de que me la llevara a una cabaña en medio de la nada.

—Probablemente no debería admitirlo, pero sí. Era verdad.

Ella volvió a mirarme fijamente. —¿Por qué no deberías admitirlo?

Incliné la cabeza, clavándole la mirada. —Se supone que debo ayudarte, no besarte.

Sus ojos avellana bailaron a la luz del fuego. —¿Qué harías si te besara de nuevo?

—¿Por qué no lo intentas y lo averiguas?

Mantuvo mi mirada, casi como esperando a ver si hablaba en serio. Luego levantó la barbilla, mirando de nuevo hacia el fuego. —No lo sé. Ya te besé yo primero una vez. Besarte primero por segunda vez parecería desesperado.

Tenía un punto. Uno que mi caballerosidad interna no pudo resistirse a abordar.

Enganché mi brazo alrededor de su cintura y la acerqué a mí en un movimiento rápido y fluido. Ella inhaló bruscamente, mirándome con signos de interrogación en los ojos.

—Déjame hacértelo más fácil. —Mi voz salió baja, ronca. Estaba a escasos centímetros ahora. Sus ojos avellana me bebían y el peso de su cuerpo en mi brazo, presionada contra mí, se sentía demasiado natural. Como si pudiera quedarse allí para siempre y a mí ni siquiera me importaría—. Soy plenamente consciente de que este no es el momento ni el lugar para insinuarme. Pero debes saber que no ha pasado ni un solo día desde que nos conocimos en la fiesta de Seven en el que no pensara en ti o me preguntara cómo sería besarte. Y cuando me lo mostraste el otro día en el restaurante, es todo lo que he querido desde entonces.

Se le entrecortó la respiración y, por un momento, el tiempo se detuvo a nuestro alrededor. No existía nada excepto el infinito paraíso avellana de sus ojos, el aroma ambarino de su perfume y el fuego crepitante que no era nada comparado con la energía que palpitaba entre nosotros.

Había puesto mis cartas sobre la mesa.

Y, al diablo, ya no podía seguir haciendo el papel de caballero.

Apreté mi agarre alrededor de ella y la atraje hacia mí; nuestros labios se encontraron en un beso cálido y hambriento. Su aroma me envolvió, sumergiéndome más profundamente en el deseo. Seguí el contorno de su cintura a través de su abrigo, con los dedos temblando por el ansia de encontrar la seda caliente de su piel debajo. Maddie gimió, aferrando la parte delantera de mi abrigo mientras nuestras lenguas se encontraban. Sin siquiera decidirlo, la subí a mi regazo, con sus piernas abriéndose para rodear mi cintura.

Sus muslos se tensaron a mi alrededor, atrapándome, mientras nuestros besos pasaban de ser tentativos a profundos y deliciosos. Recorrí el borde de su labio con mi lengua, incitándola a darme más. Ella rodeó mi cuello con sus brazos, presionando su cuerpo curvilíneo contra mi pecho. Odiaba que tuviéramos estos abrigos puestos; habría dado cualquier cosa por sentir su suavidad contra mi

cuerpo, por tener finalmente mis manos llenas de sus pechos como había estado imaginando durante semanas.

Ella se apartó de repente, apoyando su frente contra la mía.

—No pensé que hubiera ninguna posibilidad de que sintieras lo mismo —susurró, con la mirada saltando de un lado a otro por mi rostro.

Gruñí, acomodándome ligeramente debajo de ella. Mi pene había pasado de estar a medias a estar completamente duro y el peso de ella encima de mí me tenía mareado de deseo.

—Desde el segundo en que puse mis ojos en ti, Maddie. —Besé la punta de su nariz sonrosada, seguido de sus mejillas, y luego a lo largo de su mandíbula.

Ella se rió suavemente. —Conectamos muy fuerte, ¿verdad?

—Como nada que haya sentido antes. —Las palabras salieron de mi boca antes de que tuviera oportunidad de filtrarlas. Pero quizá estaba bien decirlas—. Estuve tan cerca de rogarte que te quedaras en Nueva York, pero sabía... que simplemente no habría sido una opción para ti.

Su mirada bajó al espacio entre nosotros y pude sentir que algo dentro de ella cambiaba. Se mordisqueó el labio inferior mientras yo le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—Sí —dijo finalmente.

Cuando intenté besarla en los labios de nuevo, ella presionó suavemente mi pecho. Había tristeza en su mirada, y algo más que no comprendía del todo.

—Creo que es mejor que entre de una vez —susurró.

—¿Por qué? —Le acaricié el cuello con la nariz, tratando de recordarle lo que estábamos a punto de explorar.

—No quiero hacer algo de lo que me arrepienta. —Se mordió el interior del labio, evitando mi mirada. Se deslizó de mi regazo, y una ráfaga de aire frío ocupó su lugar.

Tal vez no pretendía que las palabras fueran una lanza. Pero aterrizaron como una de todos modos.

—Está bien. Buenas noches, Maddie. —Busqué su mano mientras ella se levantaba del banco, pero se me escapó por un centímetro. Escuché sus pasos hacia la casa; la puerta rechinó al abrirse; y un

momento después, solo estábamos yo y mis pensamientos frente al fuego crepitante.

Había mil razones por las que la decisión de Maddie de echar el freno era inteligente.

Entonces, ¿por qué no podía convencerme plenamente de ello?

CAPÍTULO OCHO

MADDIE

—¡MONITO GIRATORIO! ¡MONITO GIRATORIO!

Las emocionadas súplicas de Grace pidiendo al *Monito giratorio* habían estado rebotando en las paredes desde que se despertó. Logré mantenerla a raya el tiempo suficiente para vestirnos, lavarnos los dientes y peinarnos antes de que saliera disparada del dormitorio, buscando a Troy.

Unas risitas excitadas momentos después me indicaron que lo había encontrado.

La seguí con tiento, sintiendo todavía algo de la incomodidad por la forma en que dejé las cosas anoche.

Despegarme de un bocado de guardaespaldas enorme y de cuerpo firme como Troy no fue fácil. Pero tenía que pensar a largo plazo. En el panorama general. Incluso si eso significaba decirle *no* al único hombre con el que fantaseaba.

—¡Miren quién es!

Entré en la cocina y encontré a Troy haciendo ya el movimiento de giro y flexión de bíceps con el que Grace estaba obsesionada. Ambos sonreían como locos, su risa ronca y las risitas chillonas de ella llenaban la cálida cabaña. A través de los grandes ventanales de la parte delantera de la cabaña, la nieve fresca brillaba en las ramas desnudas de los árboles y por todo el jardín.

—Buenos días —exclamé por encima del alboroto. Fui a preparar una jarra de café con nuestro café recién molido, pero encontré la cafetera ya llena. Una taza vacía descansaba junto a la cafetera con una cuchara dentro, junto con un frasco de azúcar y algo de crema servidos.

Se me humedecieron los ojos al contemplar la cuidadosa preparación. Cuando me giré para mirar a Troy, estaba dando vueltas bajo la lámpara de cuerno de ciervo, prácticamente carcajeándose mientras hacía girar a Grace una y otra vez.

Este hombre es perfecto. El pensamiento permaneció incómodamente dentro de mí mientras me servía una taza de café, añadía azúcar y la remataba con unas gotas de crema. Perfección. Aún era temprano, así que pensé en devolverle el favor empezando a preparar el desayuno mientras jugaban. Al son de los gritos de alegría, preparé el desayuno favorito de Grace y mío: la receta de tostadas francesas de mi madre.

—Muy bien, Gracie, Troy necesita un descanso.— Troy suspiró pesadamente y se dejó caer en el sofá del salón. Grace se acurrucó a su lado en el sofá, sonriéndome con las mejillas sonrosadas.

—Mami, ¿viste?

—¡Oh, lo vi! —le sonreí radiante mientras batía los huevos en un cuenco pequeño— Te diviertes mucho con Troy, ¿verdad?

—Quiedo a Toy.—

Esa era su forma de decir "quiero". Me partió el corazón; supuse que se harían amigos rápido, pero ahora ya lo quería al tercer día. Esto solo iba a hacer las cosas más difíciles cuando llegara el momento de que Troy se fuera a Ecuador y nosotras reanudáramos nuestras vidas normales.

Se me revolvió el estómago. ¿Cómo sería mi vida normal ahora? ¿Pensando constantemente en este hombre guapo, atento y protector mientras él recorría el mundo? Luché por ignorar ese hilo de pensamiento.

Después de descansar en el sofá, Troy finalmente me acompañó en la cocina; su cojera seguía siendo perceptible solo si lo miraba el tiempo suficiente. Pasó rozándome, mirando por encima de mi hombro lo que estaba haciendo. La electricidad chispeó bajo mi piel.

—¿Tomaste tu café? —su voz era un retumbo grave. Mis muslos se tensaron, queriendo retomar las cosas justo donde las habíamos dejado anoche. El calor sólido de él entre mis piernas era un recuerdo que no me dejó conciliar el sueño anoche.

—Sí. Gracias. ¿Dormiste bien?—

—De maravilla.— Escuché el tintineo de las tazas detrás de mí mientras continuaba con la preparación. Un momento después, él estaba a mi lado, sirviendo más café en mi taza. —Necesitas que te rellene la taza.

Dejé la cuchara y el cuenco, levantando mi taza para brindar contra la suya. —Gracias por el café. Lo hiciste perfecto. Lo que me lleva a preguntarme: ¿tienes algún defecto?

Inclinó la cabeza pensativo mientras se apoyaba en la mesada junto a mí. —Creo que no.—

—Y tan humilde también.—

Me guiñó un ojo sobre su taza de café humeante antes de dar un sorbo. —Está bien, está bien, puede que tenga algunos defectos. Pero no los admitiré porque si los ignoro no existen, ¿verdad?

—Creo que así es como funciona.—

Compartimos una carcajada, pero se desvaneció en cuanto el teléfono de Troy empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo de su pantalón de gimnasia gris, frunciendo el ceño a la pantalla. —Debería atender esto.

—Haz lo que tengas que hacer. Voy a prepararnos las tostadas francesas.

Respondió a la llamada y se dirigió hacia el otro lado de la cabaña, donde podía verlo y solo escucharlo a medias. Intenté no parecer demasiado interesada en su llamada, aunque me moría por saber quién era y qué quería. Todo en Troy me interesaba.

Eché un vistazo a Grace una vez que las tostadas estuvieron listas para ponerlas en la plancha caliente, y la encontré coloreando alegremente en su libro para colorear en el salón. Regresé a la cocina, lista para empezar a cocinar las tostadas bañadas en huevo, pero no pude evitar prestar atención a la conversación de Troy.

—Ajá... unas semanas allí suena bien... aunque no he tomado clases de español en mucho tiempo.

Me concentré en el chisporroteo de las tostadas.

—Entiendo... —continuó Troy, y solo me llegaban fragmentos de su conversación— ... pero es mejor estar preparado con ron.— Su risa sonora llenó la cabaña un momento después.

Una vez que las tostadas francesas estuvieron doradas, las amontoné en un plato y llamé a Grace. Soltó los crayones y salió disparada hacia la cocina justo cuando Troy terminaba su llamada telefónica.

—¡Toy! ¡Hora de comer! —llamó ella con voz cantarina.

—Esto se ve increíble.— Troy le revolvió el pelo mientras se acomodaba en uno de los taburetes de la isla. La ayudó a subirse a su propio taburete y ella le sonrió radiante, con su moño rubio ya ligeramente ladeado por las interminables rondas del Monito giratorio.

—Mi favorito —declaró ella con orgullo, buscando su tenedor—. El favorito de mi mami también.—

—Tu mami es una buena cocinera, ¿eh? —Troy me guiñó un ojo mientras cortaba las tostadas francesas. Tras un gran bocado, asintió y gimió de placer. —Vaya. ¿Cuál es el ingrediente secreto, Maddie? —se metió más en la boca, y me di cuenta de que no me estaba siguiendo la corriente—. Esto está condenadamente bueno.

—No puedo revelar mis secretos de chef —bromeé, disfrutando de la visión de él devorando mi receta familiar. Terminó el plato en un tiempo récord—. Debes haber entrenado muy duro esta mañana. Chico hambriento.—

—Hambriento es poco.— Me sostuvo la mirada, con algo desafiante en ella. Mejor no profundizar en eso. Quería pasar a una conversación más ligera, pero no podía dejar de pensar en lo que le había oído decir en su llamada telefónica.

—¿Con quién hablabas antes? Parecía interesante.— Me concentré en mi comida para que tal vez él no pudiera leer ninguna emoción accidental que pudiera asomar a mi rostro.

—Era mi nuevo empleador. Se llama Nash Nightingale, llamó para arreglar algunos detalles de mi primer encargo. Él y su hermano gemelo dirigen un enorme imperio inmobiliario que no ha dejado de crecer en los últimos años.—

—¿Por eso te llevan a Ecuador? ¿Para expandir el negocio o algo así?—

—Eso parece, pero para ser sincero, no tengo ni idea —. Troy dio un sorbo a su café—. No es mi trabajo preguntar. Solo tengo que estar donde me digan.—

—Eres un buen hombre para tener cerca.— Por fin me atreví a sostenerle la mirada. Sus cálidos ojos marrones me atravesaron el corazón. —Avísame si alguna vez necesitas una recomendación, te dejaré una buena reseña en Yelp.

Esbozó una sonrisa. —Eso es muy amable de tu parte.—

Un silencio agradable se instaló entre nosotros mientras ayudaba a Grace a cortar unos trozos de su tostada y a metérselos en la boca. —Entonces, ¿cuánto tiempo estarás fuera? —esta vez, me aseguré de no mirar hacia él para nada, porque sabía que vería la verdadera pregunta tras mis palabras: *¿te volveré a ver algún día?*

—No tengo boleto de regreso —dijo lentamente, y luego dio un sorbo a su café—. Así que supongo que eso significa que no tengo ni idea.

Las comisuras de mi boca temblaron mientras me esforzaba por mantener una expresión despreocupada. No quería que viera lo abatida que me sentía por dentro. Ni siquiera quería admitirme a mí misma lo abatida que estaba en realidad. Simplemente no parecía correcto desear tanto a un hombre, especialmente en estas circunstancias. No, simplemente sonaba *loco*.

—Envíame una postal, ¿de acuerdo? —aventuré una pequeña sonrisa—. Se la puedo enseñar a los niños de la escuela, pensarían que es genial.

—Tal vez pueda pasarme con algunas cosas de Ecuador para una sesión de mostrar y contar.

—Eso sería lindo —la idea fue genuinamente conmovedora—. Pero Louisville está muy fuera de tu camino. Qué desvío tan tonto de hacer.

—No es un desvío tonto si puedo verte a ti.

Sus palabras resonaron entre nosotros, haciendo que levantara la mirada de golpe para encontrar la suya. Sus ojos volvían a estar

hambrientos. Di un rápido bocado a la comida, ansiosa por distraerme con algo. *Con lo que fuera.*

—Además, necesito ver cómo tiene la señorita Maddie su clase —continuó Troy. Le sonrió a Grace, revolviéndole el pelo—. ¿Has visto la clase de tu mami? ¿La tiene tan linda como ella?—

No pude evitar la sonrisa.

—Apuesto a que decoras para todas las fiestas.—

—Haces que suene como una acusación —bromeé.

—En cierto modo lo es.—

—Bueno, tienes razón —le hice una mueca—. Como maestra de primaria, estoy obligada por ley a decorar para cada festividad.

Me observó con una sonrisa fácil, de esas que hacían imposible no quedarse ahí embobada mirándolo.

—Toy, ¿podemos jugar afuera hoy? —La inocente pregunta de Grace cortó el deseo que se acumulaba en el aire entre Troy y yo.

Troy apartó la mirada de mí y miró a Grace. Fingió pensárselo y luego dijo: —Sí. No creo que haya nada que prefiera hacer.—

Una vez terminamos de desayunar, Troy se ofreció a limpiar, pero yo le hice un gesto para que no lo hiciera. —Tienes cosas importantes que hacer. Como jugar afuera y posiblemente algunas rondas extra de Monito giratorio.—

—Shhh.— Miró hacia Grace para ver si lo había oído. —Ese juego me marea.

—Los niños de tres años solo quieren hacer lo más mareante y nauseabundo posible —le informé—. Vas a tener que aguantar. Seguro que tu entrenamiento de guardaespaldas te preparó para esto.—

—Nada en el campamento de entrenamiento me preparó para el Monito giratorio —dijo con expresión seria.

Grace jadeó sonoramente. —¿Dijiste Monito giratorio?

Troy gimió por lo bajo, pero cuando se giró hacia Grace, tenía la sonrisa más grande. —Efectivamente.—

El resto de la mañana se esfumó así: momentos cálidos, hogareños y bañados por el sol que se enterraron directamente en mis recuerdos a largo plazo. Para el almuerzo, Troy preparó sándwiches de embutido que supusieron otra oportunidad para que él y Grace conectaran. Y después de comer, por fin se equiparon para salir al exterior.

—¿Vienes con nosotros? —preguntó Troy.

—Creo que voy a acurrucarme junto a la chimenea a leer —. Me mordí el labio inferior, casi avergonzada de admitirlo. Sabía lo introvertida y hogareña que era, por eso el otoño y el invierno eran mis meses favoritos del año. No es que no amara la primavera y el verano por sus propias virtudes, pero era una fan suprema de la comodidad, los libros y todo lo apropiado de la temporada. Añadía una manta innecesaria y era una mujer feliz.

Troy parecía estar luchando contra una sonrisa mientras asentía. —Sí. Eso es exactamente lo que diría una maestra de primaria con un trasero lindo.

Le hice una mueca. —Dijiste una mala palabra.—

Troy miró a Grace, pero ella no pareció darse cuenta. —Bueno, me he librado de esta. ¡Salgamos afuera, Gracie-bell!

Ya tenía un apodo para ella. Corazón, no te detengas. Los observé a través de la ventana mientras se adentraban con cautela en la nieve. Troy la llevaba de la mano mientras se aventuraban en el patio lateral, justo cerca del brasero donde yo me había montado sobre la firmeza de las piernas de Troy anoche mismo. Se me cerraron los ojos al volver los recuerdos. ¿Realmente había algún problema con probarlo solo una vez?

Me hundí en el sofá más cercano a la chimenea, decidida a olvidarme de todo lo relacionado con Troy. Una vez que encontré mi lugar en mi libro de bolsillo, me perdí rápidamente en la lectura. El

tiempo se derritió en un estado de felicidad. No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando oí el sonido amortiguado de un llanto.

Se me erizó la piel y me incorporé. Tenía que ser Grace... a menos que lo estuviera imaginando. Dejé el libro y me apresuré a buscar mis botas y mi abrigo. En cuanto abrí la puerta lateral un momento después, el llanto se hizo más fuerte.

Afuera, Grace estaba sentada en una silla Adirondack junto al fuego. Troy estaba arrodillado frente a ella, sosteniendo su tobillo en su gran mano mientras inspeccionaba su pierna. Me acerqué corriendo a ellos, arrodillándome a la altura de los ojos de Grace.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunté. Mirando a Troy, dije: —¿Qué pasó?—

Ella soltó un suspiro entrecortado, con los ojos bordeados de rojo.

—Estábamos jugando al escondite —dijo él—. Se escondió junto a la pila de leña y se lastimó la pierna.—

Acaricié la cabeza de Grace y ella me miró. —Me hice una pupa.—

—¿Crees que tu pierna está bien? —le pregunté.

Asintió con énfasis, pero Troy parecía preocupado. Probó con cuidado a doblar su rodilla y luego a extenderla.

—No te duele nada, ¿verdad? —le preguntó él.

—Creo que solo se asustó —dije en voz baja. La forma en que había estado llorando, unido a su falta de reacción mientras Troy la inspeccionaba, me lo confirmaba. Podría identificar los llantos de Grace en cualquier situación a estas alturas. Cada uno significaba una cosa ligeramente distinta.

—Esos troncos intentaron atraparte, ¿verdad? —preguntó Troy poniéndose en pie. La ayudó a levantarse y, en pocos instantes, ella nos sonreía radiante a los dos, con mechones de su pelo rubio escapando de su gorro de lana.

—Mami, ¿podemos llevarnos a Toy a casa con nosotras?—

La pregunta me dejó sin aliento. No tenía ni idea de cómo responder a eso. Mi mirada se disparó para encontrar la de Troy, y él tenía una sonrisa traviesa esperándome.

—Yo, eh... bueno, Troy tiene cosas que tiene que hacer cuando terminemos en la cabaña —empecé a explicar. A veces, me alegraba

de que mi hija tuviera tres años. No tenía ni idea de lo mal que me estaba trabando con la pregunta.

Pero Troy, por otro lado, podía verlo y entenderlo todo.

Cuando su cara empezó a decaer, me apresuré a añadir: —Seguro que vendrá a visitarnos algún día.—

Grace frunció el ceño mientras se apartaba un pelo de la cara. —Pero Toy será bueno, ¿verdad, Toy?—

Él arqueó las cejas y asintió, con el inicio de una sonrisa burlona en los labios. —Oh, sí. Seré bueno —. Se acercó más, añadiendo en voz baja para que solo yo lo oyera—: A menos que no quieras que lo sea.—

Un calor me recorrió. Me sostuvo la mirada, rozando su brazo con el mío mientras seguía a Grace hacia la casa. Me llegó una ráfaga de su colonia de cedro, y casi necesité la firmeza de su brazo para asegurar que mis rodillas no flaquearan.

Entre su consideración, la seguridad que brindaba y su belleza de nivel diez... estaba perdida. El hombre dormía a diez metros de mi habitación y cada noche que me acostaba sin más de esos besos ardientes me parecía una oportunidad perdida.

Tal vez eso tuviera que cambiar.

Cuanto más tiempo pasábamos en la cabaña, más difícil era recordar por qué probar un poco de Troy era una mala idea.

CAPÍTULO NUEVE

TROY

LO PRIMERO DE LO que me percaté a la mañana siguiente fue del suave sonido de mi alarma. Alarma de las siete a. m., todos los días, sin falta. Incluso en medio de la nada en Kentucky mientras estaba en esta extraña transición entre presentaciones.

Extendí un brazo hacia la mesita de noche para apagarlo, mirando hacia el pico de madera de la cabaña encima del loft. Y fue entonces cuando me percaté de lo siguiente de mi día: el hecho de que Maddie aún no se había metido en esta cama ni una sola vez.

Y eso era realmente una maldita lástima.

Solté un suspiro, rodándome de lado como si de alguna manera eso pudiera hacer que los pensamientos se soltaran para poder salirse de mi cabeza. Pero no. No había forma de librarme de estos pensamientos sobre Maddie. Solo una mirada a su cuerpo suave y curvilíneo, su largo cola de caballo castaña y la forma en que llenaba sus leggings y tops podía ponerme duro.

Y ahora estaba duro solo pensando en ella. *Eres como un maldito adolescente alrededor de esta mujer.*

No podía recordar la última vez que conocí a una mujer que pudiera excitarme con cada mirada o suspiro. Pero esa era Maddie, un diez perfecto. Una madre increíble, una dulce maestra de escuela, y una mujer que simplemente hacía clic conmigo. Con casi treinta y cinco años, sabía lo raro que era eso.

En mi vida, usualmente intentaba evitar cualquier oportunidad de hacer clic con mujeres. Era más fácil de esa forma. Mejor simplemente tener una noche o dos de diversión, y después ir por caminos separados.

Pero el problema con Maddie era que no *quería* separarme de ella.

Y eso era... un poco incómodo para mí.

Aparté las mantas, sentándome con un profundo suspiro. Hora de comenzar el día.

Tomé el vaso de agua que había dejado en la mesita de noche, me apresuré al baño a orinar y cepillarme los dientes, luego me puse unos shorts de entrenamiento para comenzar con la rutina. Flexiones, abdominales, sentadillas y encogimientos, hasta sudar la gota gorda. Esa era la forma innegociable de comenzar el día, y la única forma de mantener mi cabeza recta. Para cuando terminé, la luz del sol se filtraba a través de las ventanas de piso a techo en el extremo norte de la casa, mostrando las ramas escarchadas y la nieve brillante afuera. Mientras me secaba la cara con una toalla, escuché movimiento desde abajo.

Seguido del suave sonido de pies pequeños.

Pasos suaves subiendo las escaleras.

Y luego finalmente, dos grandes ojos mirando alrededor de la barandilla del tramo de escaleras del loft.

—*Gracie*— el susurro urgente de Maddie rebotó por toda la cabaña. —Vuelve aquí.—

Grace no se movió, solo continuó espiándome como si no pudiera verla. Me hundí en la orilla de la cama e hice un gesto con la mano.

—Hola, lindura. ¿Deberías estar aquí arriba?—

Pasos sonaron en las escaleras de nuevo, esta vez los de Maddie. Apareció detrás de Grace un momento después, sus ojos abriéndose como platos cuando me vio.

—Ay, Dios mío. Lo siento mucho, Troy.—

—No hay problema.— Tuve que luchar contra una sonrisa mientras observaba las mejillas de Maddie sonrojarse. Claro, estaba sin camiseta y sudoroso, pero no era como si la hubieran atrapado haciendo algo malo. Tal vez le gustaba lo que veía.

—No había forma de mantenerla en la habitación —continuó Maddie, alisándole el cabello a Grace—, solo tenía que venir a decir buenos días.—

—Buenos días —le dije a la pequeña rubia. Sonrió tímidamente.

—Perdón por interrumpir —Maddie movió los dedos en mi dirección—, lo que sea que estuvieras haciendo aquí.—

Mientras hablaba, me deleité observándola recién despierta. El moño despeinado en la parte superior de la cabeza, los shorts de pijama de algodón verde oliva y la camiseta suelta que me permitía un vistazo tentador de la parte superior de sus senos. Cerré los puños, muriendo por meterla en la cama y ver qué pasaba.

—Solo intentando tonificar un poco —dije, pasándome la toalla de sudor por el lado de la cara—. Escuché que a los maestros de escuela les gusta cuando los chicos están en forma, así que estoy haciendo lo que pueda.—

Frunció los labios, algo travieso viniendo sobre su cara. —Ciertamente no les importa. Pero deberíamos bajar. Vamos, Grace. Vayamos a buscar tus libros para colorear.—

Grace hizo un puchero mientras comenzaba a bajar las escaleras.

—Pero Maddie, *tú* deberías quedarte.— Sabía que era imposible hacer lo que quería mientras Grace estuviera despierta todo el día. Pero no podía evitar que las palabras salieran de mi boca.

Bajó la barbilla, enviándome una mirada de reprensión. Pero vi el deseo destellar a través de su cara también.

Lo quería, aunque no quisiera actuar al respecto.

—¿Tal vez podrías solo venir a darme un abrazo de buenos días?— sugerí. Mi corazón latía a través de mis venas, empujándome a atrevimientos audaces. Ya había puesto el freno una vez, y respetaba eso.

Pero con ella viéndose como la mujer de mis sueños, solo un par de shorts de algodón delgados escondiendo lo que quería conocer, no había forma de contenerme.

Miró las escaleras, luego asintió. —Grace se fue,— dijo, y luego corrió a través del loft. Extendí las manos y ella llenó el espacio allí, enganchando sus brazos alrededor de mi cuello con una risa.

Y justo así, continuamos desde donde habíamos dejado en la fogata la otra noche.

—Buenos días —murmuré en su clavícula. Cerré los ojos mientras intentaba recordar cada sensación de este abrazo: la suavidad de su cuerpo presionado contra el mío, la forma en que sus senos se aplastaban contra mi pecho, la luz y femenina fragancia de ámbar que aún se aferraba a ella. —¿Recuérdame por qué no estás durmiendo aquí conmigo cada noche?—

Ella rió, pero sonó frágil. —Troy, ambos sabemos que eso es una mala idea.—

—¿De verdad?— No podía evitar deslizar mis labios a través de la piel expuesta de su hombro. Su camiseta oversized estaba en peligro de ser arrancada.

Se movió contra mí, permitiendo que sus caderas se abrieran y me montara de nuevo. Gruñí mientras sus muslos gruesos se asentaban a ambos lados de mi cuerpo.

—Bastante seguro de que dormir en mi cama es la mejor idea del mundo,— dije, mordisqueando su lóbulo.

Ella se estremeció en mis brazos. —No estoy en desacuerdo contigo.—

Suavicé mis manos sobre la base de su espalda, descendiendo sobre los montículos de su trasero. Ella se arqueó hacia mí, y aseguré mis brazos alrededor de ella para que no quedara espacio entre nosotros.

—Si vienes a tratar de darme un abrazo más tarde esta noche, me aseguraré de que no bajes esas escaleras.—

Ella rió, y luego presionó sus labios contra los míos en un beso profundo y hambriento. Capté el sabor de menta en su lengua, y besamos tan apasionadamente que casi pierdo el pequeño sonido de —¿Mamá?—

Maddie se alejó de mí en un instante, dándose la vuelta para saludar a Grace en la parte superior de las escaleras.

—¡Hola, cariño!— Sonó demasiado amigable, casi maníaca. —¿Qué pasó? ¿Tardé mucho en bajar?—

Grace parpadeó unas cuantas veces, mirando entre los dos de nosotros.

—¿Toy tiene un boo boo?— preguntó.

—Umm,— comenzó Maddie.

—¿Es por eso que lo estás besando?— terminó.

Maddie se aclaró la garganta, asintiendo. —Sí. Se lastimó la... cara.—

Grace parpadeó, y luego bajó saltando por las escaleras. Maddie se presionó una mano en la frente, enviándome una mirada significativa.

—Eres... demasiado. No puedo controlarme contigo.—

—Eso nos hace dos,— le informé.

Suspiró, dirigiéndose hacia las escaleras. —Necesito ir a cambiarme.—

—Creo que deberías quedarte exactamente como estás. Me encantan estos pijamas.—

Cuando me miró, podía ver la sonrisa genuina luchando por tomar el control. —Literalmente son del estante de liquidación en una tienda de segunda mano.—

—Podrías usar un saco de papas y me encantaría.—

Rió, moviendo la cabeza. —O no conoces a muchas mujeres o...—

—Te prometo. Conozco a muchas. Y no quiero ver a ninguna de ellas en un saco de papas.—

Su garganta se movió y luego respiró profundamente, mirando hacia otro lado. —Necesito ir abajo.—

No protesté esta vez, pero sí observé cada paso que daba bajando las escaleras. Estaba completamente duro de los dos minutos que pasó en mi regazo, y tenía toda la intención de darle un gran momento en el loft esa noche.

Después de una ducha rápida, me uní a ellas abajo en la cocina. Esta vez, Maddie había preparado el café para *mí*. Llevaba leggings y una sudadera oversized. Discretamente apreté una mejilla de su trasero mientras pasaba, fuera de la vista de Grace.

—Buenos días extra.— Me serví café y ella vino a mi lado, dándome un golpe en la cadera.

—Diría que empezó con el pie derecho.— Sonrió, pero se le desvaneció rápido, algo nublando su mirada. —Odio arruinar la vibra, pero... mi fin de semana largo se está terminando.—

Era lunes, día cuatro de nuestro escape.

—Tengo algo de trabajo administrativo para ponerme al día hoy, pero... tengo que estar en el trabajo mañana.— Maddie cruzó los brazos, royéndose el interior de la mejilla mientras miraba la cabaña. Hoy era un día administrativo para su edificio, así que no había estudiantes reportándose para clase.

—¿Quieres volver a la casa de tus padres?— Soplé el café caliente, apoyándome contra la encimera para enfrentarla.

Se encogió de hombros. —Eso está bien. Tengo que volver allá eventualmente.— Parecía que iba a agregar más pero lo pensó mejor.

—¿O...?— la animé.

Rió, moviendo la cabeza. —O nada. Iba a decir que podríamos encontrar alguna forma de contrabandearnos a Ecuador contigo, pero no creo que sea una excelente forma para que una niña de tres años viaje.—

Podía leer entre líneas. Quería más tiempo conmigo. Así como yo quería más tiempo con ella. —¿Y si simplemente nos quedamos aquí hasta que tenga que dirigirme al norte para tomar el vuelo?—

—Pero no puedo faltar mañana—

—Te llevaré —le dije—. Es un viaje más largo que lo normal, pero se puede hacer.—

Inclinó la cabeza. —Una vez que me dejes a mí y a Grace en la escuela... ¿qué harías todo el día? Es mucho tiempo solo para andar sin hacer nada, esperándonos.—

—Lo resolveré. Además, alguien tiene que cuidar de tu auto ahora que los neumáticos están reparados. Déjame encargarme de eso.— Tomé un sorbo de mi café, manteniendo su hermosa mirada color avellana el mayor tiempo que ella me lo permitiera. —No voy a dejarte fuera de mi vista tanto como pueda. A menos que me digas que me pierda, en cuyo caso... lo pensaría.—

Sus hombros se sacudieron de risa. Extendí la mano y le pinché el vientre. —¿Entonces qué dices?—

—Tengo miedo de admitirte cuánto me gustaría continuar nuestra estadía en la cabaña,— finalmente dijo.

—Eso suena como un sí.—

—Es un 'sí, pero no puedo creer que realmente quieras entrar y salir de Louisville todos los días para que esto funcione'.—

No tenía idea de las cosas que estaba listo para hacer por ella. Ahuyentar a su ex, esconderla, y ser su chofer personal eran solo el comienzo... y eso me sorprendió incluso a mí.



Nuestro lunes en la cabaña desapareció entre comidas caseras, un lote sorpresa de galletas, y una maratón de películas navideñas aunque la Navidad ya hubiera pasado. Probablemente Lenny no podía imaginar qué hogar se había convertido su cabaña. Tomé una foto de nosotros bajo la araña de astas, le encantaban las actualizaciones diarias de su obra de arte, y la envié con el texto: *Aún no he quemado el lugar. Pensé que te gustaría saber.*

No creo que se haya dado cuenta de cuánta tensión sexual su cabaña contenía. Maddie y yo nos especializábamos en miradas prolongadas y toques cargados. Mientras Grace estuviera despierta, estaba comprometido a no tener otro desliz como el que había pasado por la mañana. Pero cuanto más tiempo Maddie estuviera respirando y dentro de mi vista, más difícil se hacía evitar que mis dedos y labios vagaran en su dirección.

Alrededor de las siete y media, Maddie aplaudió. —¡Ok, Grace! Hora de un baño, estamos llegando tarde para irnos a la cama.—

La pobrecita no tenía idea de que su mamá en realidad estaba *temprano* al llevarla a la cama, por lo menos media hora completa. Le di a Grace un abrazo de despedida, por su solicitud, antes de que se fuera al baño para hacer su rutina nocturna con su mamá. Mientras estaban ocupadas, me puse al día con Seven mediante mensaje de texto.

SEVEN: ¿Todo bien por allá? No hemos escuchado mucho de ustedes dos.

TROJAN: De lo mejor.

SEVEN: Ay, Dios, ¿ya están teniendo sexo, verdad?

Estaba *tan agradecido* de que hubiera mil millas entre Seven y yo en este momento, porque le habría dado un puñetazo en el hombro por su observación molestamente correcta.

TROJAN: No estoy seguro de qué dije que sugiriera eso, pero okay.

SEVEN: Nunca en tu vida usaste la frase 'de lo mejor'. O estás teniendo sexo con la maestra o te han secuestrado y esto es tu grito de auxilio.

Ese hijo de puta. Me conocía demasiado bien. Pero no lo dejaría ganar tan fácilmente.

TROJAN: Secuestrado. Envía ayuda.

Seven me llamó segundos después. Contesté con una risa. —Me alegra que seas tan rápido reaccionando cuando crees que me han secuestrado.—

—Así que no te han secuestrado, lo que significa que *sí* estás cogiendo la pupila.—

Mi mirada se deslizó hacia el pasillo. Podía escuchar los tonos amortiguados de la ducha corriendo en el baño. —No puedo confirmar ni negar.—

—Sabes,— comenzó Seven, sonando maldición de orgulloso, —un hombre sabio alguna vez me dijo que nunca saliera con un cliente—"

—Maddie no es una cliente,— le recordé.

—¿Por qué no simplemente *vas a buscar a alguien más y lo sacas de tu sistema*?— La sonrisa de suficiencia de Seven se podía saborear mientras me repetía mis propias palabras. Y la odiaba. —Ese mismo hombre sabio me dijo eso.—

—Este hombre sabio suena como una persona muy guapa, inteligente y capaz que hablaba desde un punto muy específico en su vida.—

La risa de Seven explotó a través del teléfono. —Estás atrapado.—

—Y tú eres molesto. Necesito irme.—

—¿Todo bien por allá?—

—Sí. Está a punto de ser mucho mejor una vez que me dejes volver a lo que estaba haciendo.— Mientras colgaba, escuché la risa de Seven explotando a través del teléfono. Mis mejillas dolían de lo

fuerte que estaba sonriendo. Amaba a ese tipo. Era lo más cercano a un hermano que tenía. Habíamos estado juntos desde el primer día en el campamento de entrenamiento, y estaba feliz de informar que nuestra amistad era aún más fuerte quince años después.

Desde que se había vuelto serio con Jordan, la que le había dicho que se alejara porque no solo era su cliente, sino que era la hermana menor de su jefe en ese momento, había estado presionándome para que también me estableciera.

Bueno, no tenía intención de establecerme. Al menos no como él lo había hecho.

Pero parte de mí se preguntaba si no había un término medio a encontrar.

Revisé correos mientras Maddie y Grace se movían del baño a la habitación. Escuché algunas risas apagadas, seguidas de un largo período de silencio. Justo cuando pensé que tal vez Maddie se había quedado dormida allá, la puerta del dormitorio se abrió lentamente.

Maddie se deslizó afuera, apresurándose hacia mí. Me enderecé de donde había estado apoyándome contra la encimera de la cocina mientras ella se lanzaba a mí. Apenas tuve tiempo de atraparla, la risa cascada de mí mientras se aferraba a mí como una pequeña panda.

—De verdad me extrañaste, ¿eh?—

La alcé en mis brazos hasta que sus muslos se asentaron a ambos lados de mí. Estaba al nivel de mis ojos ahora, sonriéndome con travesura escrita a través de su cara.

—Esperaba que pudiéramos continuar desde donde lo dejamos esta mañana.— Sus brazos se deslizaron alrededor de mi cuello, las muñecas bloqueadas detrás de mi cabeza. Apreté el grosor de sus muslos superiores, un gruñido bajo de apreciación escapando de mí. Ella podría quedarse aquí para siempre según me importaba. Nada se sentía mejor que su peso en mis brazos.

En lugar de más palabras, me incliné hacia adelante y terminé el beso que había estado pensando desde las ocho a.m. Nuestros labios se encontraron hambrientos, y ella me besó como si hubiera estado pensando en lo mismo sin parar también. Pasé mi lengua a través de sus labios, consumiendo el sabor de ella,

emborrachándome con esta pasión pulsando entre nosotros. Un suave gemido escapó de ella mientras apretaba sus muslos alrededor de mí, borrando cada último centímetro de espacio entre nosotros.

La besé como si hubiera estado vagando un laberinto durante años y ella era la salida. Algo profundo dentro de mí suspiró de alivio. Algo que aún no estaba listo para explorar, mucho menos entender.

Nuestros besos se volvieron más desesperados. Maddie meció sus caderas contra mí, lo que hizo que mi pulso latiera. Había estado completamente duro desde el segundo en que salió del dormitorio y solo quería más de esta mujer.

—Ay, Dios mío.— Maddie descansó su frente contra la mía, respirando profundamente. —Estos besos me están haciendo sentir mareos.—

Acaricié el lado de su cuello, necesitando más de su dulce aroma. —A mí también. Eres una muy buena besadora.—

Ella se mordió el labio inferior, sus ojos cerrándose. —Tú también. —

—Soy bueno en otras cosas también.— La coloqué en la isla de la cocina. —Estás a punto de descubrirlo.—

Ella rió, moviéndose. —¿Y en la encimera?—

—No hay mejor lugar.— Tiré del borde de su sudadera, jalándola sobre su cabeza. Una vez que fue apartada, observé la camiseta blanca simple que tenía debajo. Linda, pero en última instancia tenía que irse. Empujé mis manos debajo del algodón, buscando las curvas cálidas debajo. Ella se estremeció, sus muslos apretándose alrededor de mis caderas.

—Te ves tan maldita linda en todo lo que usas,— le dije, pasando mis manos sobre la hinchazón de sus caderas, su vientre, arriba sobre su caja torácica, —pero creo que te verías absolutamente impresionante sin nada en absoluto.—

El rosa tiñó sus mejillas. —No es nada de lo que preocuparse.—

—¿Perdón?— Retrocedí, barriendo mi mirada de arriba a abajo. —¿Estamos hablando de la misma sexy mamá hermosa en este momento? Porque estoy trabajado.—

Ella rió, y me sumergí para otro beso.

—No seas tímida,— le dije, susurrando en su oído. —Eres la mujer más sexy en la que he puesto los ojos, y puedo probarlo.— Extendí mi mano, guiándola entre nuestros cuerpos. Su palma corrió sobre la arista gruesa de mi verga, cubierta por mis jeans. —¿Ves lo que me haces?—

Un escalofrío la recorrió. La timidez en su mirada fue reemplazada por calor.

—Y eso es *con* tu ropa puesta,— le recordé.

Se mordió el labio inferior, moviendo su palma arriba y abajo por la longitud de mi excitación. Gruñí, flexionando mis caderas. —¿Mmm? ¿Todo eso es por mí?—

—Todo por ti.— Tiré de su lóbulo con mis dientes. —He estado imaginando las cosas que quería hacerte desde el mes pasado. Y ahora tengo mi oportunidad.—

Ella curvó los lados de mi cara, capturando mis labios en un beso dulce. Cuando nos separamos, dijo, —Realmente no pensé que sintieras lo mismo.—

—De verdad debes nunca mirar en un espejo. No tienes idea de lo sexy que eres.—

—No, quiero decir...— Su garganta se movió. —Con Grace y todo. Pensé que verías una mamá soltera y huirías en la otra dirección.—

Casi no registró. Intenté ver el significado detrás de sus palabras. —¿Piensas que huiría porque tienes una hija... o porque...?—

Sus mejillas se sonrojaron de nuevo y su mirada cayó a mi pecho. Suavizó su mano sobre mi camiseta. —No solo porque soy mamá, sino... las cosas cambian después de que tienes un bebé. Todos saben eso. Amamanté. Llevé un humano dentro de mí. No soy una diez perfecta, Troy.—

—Hmm.— La agarré por las caderas, jalándola completamente contra mí. Las piezas estaban haciendo clic en su lugar. Y la imagen que el rompecabezas creó fue que su ex imbécil probablemente le hizo sentir como mierda mucho. —Supongo que es hora del examen entonces.—

—¿El examen?— La risa se filtró por los bordes de sus palabras.

—Sí. No aceptaré nada menos que una diez perfecta. Es mi derecho como un macho de sangre azul.— Compartimos una mirada divertida por mi sarcasmo grueso. Le quité su camiseta, revelando un sujetador de encaje beis, cubriendo el conjunto de senos más perfecto que podía recordar ver. Suavicé mis manos sobre su vientre, tomando grandes puñados del desbordamiento de la cintura de sus leggings. Gruñí, luego empujé mis manos hacia arriba, dentro de su sujetador. Perfectos en mis manos. Pasé un pulgar sobre sus pezones tensos mientras mi mano libre alcanzó detrás de ella para soltar el sujetador.

Su respiración salió un poco más rápido y su cabeza se inclinó hacia un lado.

—Te diría los resultados del examen,— dije, arrastrando mis labios a través de su clavícula expuesta, —pero la verdad es que la opinión de nadie más importa. Así que quienquiera que te hizo sentir como mierda se merece mi puño en el lado de su cráneo. Dime quién necesito visitar.—

—Ya lo conociste,— susurró, su pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Anotado. Agregaré eso a mi lista de agravios para cuando lo encuentre de nuevo.—

Una sonrisa hermosa cubrió su cara mientras sostenía sus senos y besaba las partes superiores de cada uno a su vez.

—¿Y de paso?— *Beso.* —Eres una diez perfecta.—

—Necesito tenerte alrededor como mi hombre de apoyo personal,— respiró.

—Solo espera hasta que me meta dentro de ti,— prometí antes de cubrir sus labios con los míos.

Porque ya sabía la verdad.

Era un caso perdido por esta mujer.

CAPÍTULO DIEZ

MADDIE

NO ME HACÍA MUCHA gracia tener las nalgas desnudas sobre la isla de la cocina donde habíamos desayunado esa mañana.

Pero, por suerte, sabía dónde estaba el spray limpiador, y pensaba rociar como loca más tarde. Porque ni de broma iba a interrumpir nada de lo que Troy quisiera hacer en este momento.

Me había dejado absolutamente sin nada. Estaba completamente desnuda y con las piernas abiertas sobre la isla de la cocina. Cada centímetro de mi piel estaba eléctrica y vibrante bajo su mirada de aprecio mientras me recorría. Se humedeció el labio inferior, sacudiendo la cabeza como si estuviera admirando una obra de arte.

—Vas a ser un refrigerio nocturno exquisito —dijo finalmente.

—¿Tienes pensado darme un mordisquito en alguna parte? —pregunté bromeando.

Su palma caliente se deslizó por mi muslo y luego me abrió las piernas con suavidad mientras asentía. Y fue entonces cuando me di cuenta de a qué se refería.

—Oh —solté de pronto.

Su sonrisa se volvió diabólica mientras centraba su atención en mis pechos. Besó y lamió cada pezón por turno. —¿Qué pensaste que quería decir?

—Para ser sincera... olvidé que "comer" era siquiera una opción —me di cuenta de lo estúpida que debí sonar. Pero había pasado tanto

tiempo desde la última vez que me habían valorado. O deseado. O *cuidado* de esta manera. Podía contar con los dedos de una mano las veces que Jericho siquiera recordó que yo tenía un clítoris. Y tenía la ligera sospecha de que esa iba a ser la prioridad número uno de Troy.

Era casi vergonzoso lo diferentes que eran. Porque significaba que había estado aceptando migajas de Jericho por más tiempo del que quería admitir.

Un suspiro brotó de él. —No entiendo cómo un hombre puede mirar esta preciosa cosita y *no* sentir hambre. —Atrapó mis labios en un beso y luego su boca empezó a descender. Lo observé en un estado de shock. Y luego con asombro. Y después ya no lo estaba mirando para nada, porque en cuanto su lengua encontró el pliegue de mi sexo, mis ojos se cerraron de golpe.

Troy sostuvo mis nalgas con sus manos grandes y poderosas mientras se daba un festín. Lamió, succionó y adoró mi intimidad de una manera de la que solo había oído hablar. Sujeté su cabeza entre mis piernas, dejándome llevar por la sensación de su lengua lamiendo mi clítoris.

Todo el aire de mis pulmones salió en un gran suspiro.

Gimió contra mi entrepierna. —Sabe tan malditamente bien, Maddie. —Su lengua se hundió dentro de mí. Solté un chillido, agarrando la parte superior de su cabeza.

—También me doy cuenta de cuánto te gusta. —Pasó la lengua de un lado a otro sobre mi clítoris, gruñendo de placer. —Estás empapada, carajo.

Me quedé boquiabierta mientras intentaba articular algún tipo de respuesta. No salió nada. Me acercó más a su boca y yo me incorporé, apoyando las manos atrás, rindiéndome a lo increíble de la situación.

Sí, podía tener un orgasmo en la isla de la cocina.

Troy parecía decidido a asegurarse de que así fuera. Arqueé la espalda, abriéndome más a él, mientras un gemido largo y bajo se me escapaba cuando todo se volvió caliente y vibrante dentro de mi cuerpo. Gemí de forma indecente, mucho más fuerte de lo que recordaba haber sido jamás, pero cuando la lengua de este hombre

me estaba haciendo suya sin descanso, no había otra respuesta posible. Apreté su cabeza entre mis rodillas mientras mi vientre temblaba. Entonces estalló el orgasmo, oleadas brillantes de placer explotando en mi interior.

Me lamió el clítoris hasta que el placer se desvaneció y me quedé riendo y acariciándole la cabeza. Él sonrió, con la boca brillante por *mí*.

—Eres tan malditamente sexy, Maddie. —Me dio un beso en la parte interna del muslo, sin soltarme todavía. —¿Tienes idea de cuánto?

—No la tengo —admití con una risa—. ¿Tan sexy como te ves tú cuando usas los pantalones deportivos grises?

Detuvo sus besos. —¿Te gustan esos?

—Me encantan.

—Anotado. —Troy me besó las piernas hasta llegar a las rodillas. —Eres deliciosa. Pero deberíamos ir a otro lugar para lo que viene después.

—¿La isla de la cocina no sirve para eso? —bromeé.

—Necesitas estar más cómoda para cuando empiece todo el embate. —Su sonrisa engreída me hizo soltar una carcajada. Estaba en la gloria después de ese orgasmo. Nunca había visto a un hombre tan perfecto, divertido y sexy. Me bajó de la isla para tomarme en sus brazos y, cuando miré hacia donde había estado sentada, él hizo un chasquido con la lengua. —No entres en modo cuidadora. Nos encargaremos de eso después, porque ahora mismo, yo te estoy cuidando a *ti*.

Si no me hubiera enamorado de él ya, esa frase lo consiguió. Solté una risita, rodeando su cintura con mis piernas mientras me llevaba por la cabaña y subía las escaleras hacia el altillo. Pero sentí que se le cortaba la respiración mientras subíamos. La forma en que pareció hacer una mueca cuando usó esa rodilla.

—Peso demasiado —le dije. Pero cuando intenté zafarme, su agarre solo se apretó más a mi alrededor.

—No es cierto —gruñó.

—Entonces te duele la rodilla y no quieres admitirlo —lo acusé. Había visto el golpe que recibió con ese bate de béisbol. En parte,

no estaba segura de cómo podía seguir caminando.

—Está bien. —Sus dedos se hundieron en la carne suave de mis muslos mientras entraba en el altillo. —Dios, te sientes tan jodidamente bien con las piernas envueltas a mi alrededor. Hace que todo lo demás se sienta mejor. —Sus labios perfectos buscaron los míos de nuevo en un beso abrasador pero tierno antes de dejarme con cuidado sobre la cama matrimonial perfectamente tendida.

—Por fin puedo probar tu cama —bromeé, moviéndome con incomodidad. El edredón azul marino estaba bien estirado —sin duda un rastro de su antigua vida militar—, pero en lo único que podía pensar era en la limpieza. En las *manchas* que podríamos dejar.

—¿Qué pasa? —Se paró al pie de la cama, alzándose imponente sobre mí, mientras me tomaba de la barbilla y dirigía mi mirada hacia él.

Abrí la boca pero no encontré las palabras. Era vergonzoso: lo mucho que se me salía mi lado de *mamá*. Siempre pensando en las consecuencias. En lo que venía después. En qué más había que hacer.

—Estaba pensando en que vamos a arruinar este edredón perfecto porque vamos a dejar fluidos sobre todas las cosas lindas de Lenny y no quiero ser una mala invitada.

La sonrisa más conmovedora apareció en el rostro de Troy. Me tomó la cara entre sus manos grandes y ásperas. —Justo cuando pienso que no puedes ser más dulce, dices algo así.

Me reí con timidez. —No quiero abusar de su generosidad.

—Te prometo que no lo haces. Si acaso, puedes echarme la culpa de lo que quieras a mí. Pero yo limpiaré el edredón perfecto cuando terminemos. Él nunca lo sabrá.

—Puedo ayudar...

—Quiero que no pienses en eso. Déjamelo a mí, nena.

Se me escapó un suspiro de felicidad. Esas dos frases podrían haber sido lo más excitante que alguien me hubiera dicho jamás. Probablemente la primera vez que un hombre me pedía que soltara el peso del mundo.

¿Troy se daba cuenta de lo sexy que era eso? ¿De lo poco común que era?

Quería saberlo, pero todos mis pensamientos se disolvieron cuando entrelazó sus dedos con mi mano izquierda, levantando mi brazo para inspeccionarlo. Luego presionó sus labios en mi antebrazo; justo donde habían estado los moretones que había visto la semana anterior.

—Pero quiero dejar una cosa bien clara. —Sus besos recorrieron mi brazo hasta el dorso de mi mano. —Vamos a dejar fluidos por todas partes.

Me eché a reír y él me soltó el tiempo suficiente para quitarse los jeans. Unos calzoncillos bóxer de color gris pizarra apenas contenían la gruesa protuberancia de su excitación. Luego se quitó la camiseta, revelando sus hombros anchos y su vello pectoral negro y prolijamente recortado.

—Oh, Dios mío. —Deslicé mis manos por la extensión de su piel: su pecho fuerte, bajando por las marcas de sus abdominales, a lo largo de la pretina de sus bóxers. Era más sexy de lo que había imaginado.

Me observó con ojos entrecerrados. —Anda. Mira lo que me haces.

Le bajé los bóxers, revelando el grueso tronco de su miembro. Se balanceaba pesadamente frente a él mientras terminaba de desvestirse. Envolví mis dedos alrededor de su hombría, mirando la cabeza hinchada, las venas que resaltaban a lo largo del tallo. Normalmente no encontraba que los penes fueran *atractivos*, pero el suyo era una excepción. Cubrí la gruesa punta con mi boca, mi lengua encontrando su líquido preseminal salado. Un zumbido bajo escapó de él mientras yo conocía los contornos de su glande, tomándolo profundamente en mi boca, tan al fondo como podía sin ahogarme.

Troy gruñó, hundiendo sus dedos en mi cabello.

—Tu boca se siente tan malditamente bien alrededor de mi verga. —Su voz era baja, controlada, pero apenas. Su miembro se deslizó más adentro en mi garganta, tanto que casi me dieron arcadas. Sentí que se endurecía aún más. —Oh, sí, carajo, Maddie.

Tener a este muro de hombre frente a mí, llenando mi boca, era excitante; e igual de excitante era imaginar cómo nos veríamos desde afuera. Ojalá hubiera un espejo en la habitación para poder

vernos. Especialmente lo que estaba por venir. Apreté las piernas, alejándome de su miembro.

—Necesito que estés dentro de mí. —Nunca había sido tan exigente en la cama, pero lo necesitaba. *Ya*. Troy me acunó los lados de la cara, con una expresión de absoluto arrebato.

—No tengo condón. —Sus labios rozaron los míos.

—No me importa. —Si no metía a este hombre dentro de mí, me volvería loca. —Tomo anticonceptivos y estoy sana. ¿Tú lo estás?

Él asintió, escudriñando mi rostro. —Sano. Pero no tomo anticonceptivos.

La risa brotó de mí, y la sonrisa que iluminó su rostro hizo que me enamorara de él por un breve y salvaje momento. Me eché hacia atrás en la cama y Troy se acomodó sobre el edredón, con las rodillas hundiendo el colchón a cada lado de mí. Se bajó sobre mí, su miembro rígido encontrando el calor entre mis piernas. Me arqueé hacia él, aferrándome a sus hombros anchos, necesitando mucho más. Esto se sentía como si fuera mi primera vez de nuevo, y en cierto modo lo era: la primera vez que me sentía así por alguien. La primera vez que lo ansiaba con cada célula de mi cuerpo. La primera vez que pensaba que perdería la cabeza si no lo obtenía.

La punta de su miembro se deslizó entre mis labios mientras me penetraba. Mis ojos se cerraron, un gemido bajo se me escapó mientras se hundía profundamente en mi interior. Sentí que mis paredes se apretaban a su alrededor, tragándoselo, suplicando por más de él. Troy hundió la cara en el hueco de mi cuello, agarrando los lados de mi caja torácica como si le preocupara que pudiera salir flotando.

—Jesús, Maddie. Te sientes increíble. —Metió las manos debajo de mi espalda, eliminando cada centímetro de espacio entre nosotros mientras me embestía, una y otra vez. —Mejor que un diez perfecto.

Su comentario me hizo sonreír tanto que me dolieron las mejillas.

—Se necesita uno para reconocer a otro —le dije, con el aliento tenue y débil. La sensación de él estirándome, llenándome, era lo único en lo que podía concentrarme. Me penetraba con tanta energía que sentía que podría atravesarme la espalda baja. Me

aferré a él, dándole la bienvenida a todo, con mis uñas hundiéndose en el borde de su hombro.

—Estoy cerca, nena. —Gruñó contra mi clavícula, lo que provocó una fascinante ondulación de músculos a lo largo de su espalda mientras me embestía con fuerza. Yo también estaba cerca de correrme... *otra vez.* Metió la mano entre nosotros, frotando su dedo contra mi clítoris en círculos. La fricción me empujó de nuevo al borde, y lo sobrepasé por completo. Por segunda vez esa noche. Me tensé y gemí, el clímax fue aún más intenso esta vez ahora que él me llenaba hasta el tope. Grité su nombre, repitiéndolo sin querer, casi como un cántico.

—Ohhhh, Maddie.

El calor de su liberación me llenó, y se quedó quieto una vez que su miembro dejó de tener espasmos. Me buscó la cara, con algo ilegible en su mirada.

Acaricié su pecho ancho y cálido, todavía luchando por recuperar el aliento. Me encantaba la sensación de tenerlo todavía dentro de mí. De hecho, me encantaba todo esto.

—Eres jodidamente increíble, ¿lo sabes? —Troy me robó los labios en un beso tierno. —Creo que escucharte correrte es mi nueva cosa favorita.

Todavía estaba demasiado estupefacta como para avergonzarme por un comentario así. Ni siquiera podía levantar los brazos, mucho menos sonrojarme. En su lugar, me reí.

Con Troy, se sentía fácil. Podía abrirme por completo y confiar en que él lo aceptaría. Que incluso le gustaría.

Quería más de eso. Más de *él.*

Mucho más de lo que incluso quería admitirme a mí misma.

CAPÍTULO ONCE

TROY

—MUY BIEN, NIÑAS. QUE tengan un buen día. —Me incliné sobre el asiento vacío del copiloto de mi Jeep, saludando por la ventana abierta mientras Maddie y Grace caminaban de la mano hacia el edificio de la escuela en la mañana antes del amanecer. Ambas me miraron, sonriendo y saludando, bien abrigadas en sus abrigos de invierno.

—Ve a que te revisen esa rodilla —dijo ella con firmeza.

Gruñí. —Ya veremos.

Maddie me sostuvo la mirada y le guiñé un ojo. No sabría decir si el color de sus mejillas era por un sonrojo o por el viento invernal.

Esperé en la fila de descarga hasta que desaparecieron dentro del edificio. La guardería de Grace estaba en una sección del edificio multiusos. Me relajé una vez que estuvieron dentro; a salvo, por ahora. Sonreí para mis adentros mientras me alejaba, con una parte remota de mí preguntándose en quién diablos me estaba convirtiendo.

¿Dejando a tus niñas en la escuela? Mi luz direccional hacía clic mientras esperaba en la intersección. *¿Programando tu día en torno a la hora de salida escolar?*

Las palabras casi no tenían sentido para mí. Pero era todo lo que quería estar haciendo en este momento.

Tenía que irme a Nueva York para ese fin de semana. Así que teníamos al menos cuatro días por delante para jugar a la casita y ver cómo progresaban las cosas con Jericho. Lo que me asustaba era lo que vendría después de que me fuera a Ecuador. Jericho no parecía el tipo de hombre que simplemente se daría por vencido porque un guardaespaldas le robara su bate de béisbol durante una confrontación. Maddie necesitaba un plan... y yo tenía la intención de ayudarla a crear uno.

Como prometí, pasé el día ocupándome del auto de Maddie. Logré llevarlo a salvo a la casa de sus padres, con neumáticos nuevos y todo, y tomé un transporte compartido de regreso al taller para recoger mi propio auto, ya que sus padres estaban trabajando. Luego pasé el resto del día comprando cosas para la cabaña en el supermercado, incluyendo una extraña tabla de quesos para Maddie y algunos libros de colorear y crayones nuevos para Grace.

Porque mis niñas necesitan un regalo.

Ahí estaba otra vez. Esa voz interior diciendo cosas descabelladas.

No estaba seguro de cuándo las cosas habían pasado de "solo vigilar a la familia de Mercedes" a "mis niñas", pero sospechaba que tenía algo que ver con esa fiesta de Navidad. No podía negarlo. Me había enamorado de Maddie en el segundo en que la vi.

En cuanto dieron las tres y media, llegó el momento de recoger a Maddie y Grace. Avancé lentamente por el carril de recogida de la escuela, observando a todos los demás padres en minivans y SUVs. En todas mis misiones por el mundo, nunca antes me había encontrado en una fila escolar. Tamborileé en el volante mientras la fila avanzaba con una lentitud imperceptible. Escaneé los rostros de los niños que salían del edificio hacia los autos, y a los encargados de la recogida, todos estresados, tratando de mantener todo en orden. Al acercarme a la escuela, escuché un grito. Luego un *toc-toc-toc* en la puerta del pasajero. Maddie llegó corriendo un momento después, con aspecto asustado.

—Gracie, te dije que no salieras corriendo así. —Alzó a Grace en sus brazos desde abajo de mi línea de visión. Grace me sonrió a través de la ventana del copiloto y me incliné para abrirles la puerta.

—Hola, niñas. ¿Cómo estuvo su día?

Grace saltó al auto, rodeando mi cuello con sus brazos. —¡Toy!

Toqué su brazo suavemente, mirando a Maddie. Algo cálido y efervescente cobró vida en mi pecho. Así que esto era de lo que me había estado perdiendo al evitar sentar cabeza. Tragué saliva con dificultad, sin querer pensar en eso en este momento.

—¿Tuviste un buen día, monita? —Había empezado a llamarla monita desde el juego del Twisty Monkey. Ella asintió con entusiasmo, entreteniéndose en la consola central.

—Grace, tenemos que ponerte en tu silla, cariño —instó Maddie suavemente, mirando detrás de nosotros—. Los demás están esperando su turno y pueden ponerse bastante agresivos.

—Haz lo que dice tu mamá —le dije a Grace, señalando con la cabeza hacia el asiento trasero—. Vamos a volver a la cabaña y allí nos ponemos al día.

—Está bien. —Grace trepó al asiento trasero y Maddie la abrochó en la silla desde la puerta trasera. Mientras terminaba, Grace añadió: —Te extrañé, Toy.

Ahí estaba esa maldita sensación efervescente de nuevo. Maldita sea si no me apretaba un poco el pecho... porque yo también la había extrañado.

—Yo también te extrañé, monita. —La miré por el espejo retrovisor mientras Maddie se deslizaba en el asiento delantero, cerrando la puerta. A ella le dije: —Yo también te extrañé.

Maddie me lanzó una sonrisa tímida mientras se abrochaba el cinturón. —Bueno, me alegra que lo admitieras tú primero, para que yo no parezca la empalagosa.

Una carcajada salió disparada de mi garganta. Salí de la fila de recogida mientras sacudía la cabeza. —Yo cargaré con la culpa. Está bien. Siempre y cuando sepa que no soy el único que lo piensa.

—No lo eres. —Y me dedicó una sonrisa tan bonita que quise tomarle una foto. Para recordarla no solo a ella, sino este momento, y toda la visita a Kentucky—. Y hablando de cargar con culpas... ¿fuiste a que te revisaran esa rodilla?

—No. Estuve demasiado ocupado con otras cosas. Y no me caí —corregí—. Me dieron con un bate.

—Recibiste el golpe por *mí* —señaló ella.

Extendí mi mano, invitándola a que me diera la suya mientras conducía. —Tienes razón. Y lo haría de nuevo. —Ella deslizó la suya en mi gran palma y la llevé a mi regazo. Y fue entonces cuando supe la respuesta a mi pregunta:

Así de simple.

Así de rápido las cosas habían pasado de ser "la familia de Mercedes" a "mis niñas".

Algo sobre Maddie encajó en su lugar, así de simple, y yo no era el único que lo sentía.



Una semana entera bajo el candelabro de astas de Len fue todo lo que hizo falta para convertirme en un hombre de familia. Cada día de la rutina escolar me cimentaba un poco más en este nuevo papel. ¿Era ahora un guardaespaldas amo de casa? ¿Un amo de casa alfa que preparaba la cena para sus niñas todas las noches? No sabía cuál era el término apropiado para esta nueva fase de mi vida, pero sabía una cosa: no quería exactamente que terminara.

Pero la fecha límite se acercaba rápidamente. Después de una semana vertiginosa de dejar y recoger a las niñas en la escuela, seguida de mucho tiempo de juego, cenas familiares y luego los encuentros amorosos más ardientes de este lado de las montañas de los Apalaches, ni siquiera recordaba quién era yo cuando aparecí en Louisville. Para el viernes por la noche, mientras presentaba la cena de esa velada —ribeye, puré de papas al ajo y brócoli al vapor —, lo único en lo que podía pensar era en que este era nuestro último día completo juntos antes de que tuviera que dejar a las niñas y dirigirme al norte.

Y estaba jodidamente triste por ello, pero decidido a no dejar que eso arruinara nuestros últimos momentos juntos.

—¿Dónde están mis niñas? Hora de comer. —Mi voz retumbó por la cabaña, y entonces llegaron las risitas. A Gracie-bell le encantaba

que la llamara a cenar cada noche, siempre de una forma nueva. Entró corriendo a la cocina, abandonando el trabajo que ella y su mamá estaban haciendo en la sala principal atendiendo la chimenea.

—Oh, Dios mío, Troy —murmuró Maddie mientras su mirada caía sobre los platos cuidadosamente dispuestos, cada uno con un ribeye impresionante—. Eres increíble.

—Tenía que lucirme para nuestra última comida en la cabaña.

Mis palabras cayeron como un peso muerto entre nosotros. El taburete crujió mientras ella se acomodaba en él, y compartimos una mirada.

—¿Toy me lleva a la escuela mañana? —preguntó Grace, mirándonos a ambos mientras se instalaba en su asiento.

—Cariño, mañana no tenemos escuela —Maddie depositó un beso en la coronilla de su hija y luego se puso a la altura de los ojos de Grace—, pero mañana volveremos a casa de Nana y Buppa.

—¿A vivir ahí? —Grace maniobró con dificultad una cucharada de puré hacia su boca.

—Sí, cariño, a vivir ahí.

—¿Con Toy?

—No, cariño. No con Troy. —Maddie acarició el cabello de su hija mientras un enorme puchero brotaba en el rostro de Grace.

—¿Pero por qué no? —se quejó Grace.

Maddie me lanzó una mirada de pánico. Atrajo a Grace contra ella y me dijo sin voz: —Sabía que esto pasaría.

—Te veré en otra ocasión, Gracie-bell. —Le froté la espalda, sin saber qué decirle a una niña de tres años triste. Su concepto del tiempo era, en el mejor de los casos, difuso—. No pasará mucho tiempo. Lo prometo.

Grace hizo un puchero, aceptando a regañadientes las cucharadas de puré de papas que Maddie le daba. Pero nunca abandonó los brazos cruzados ni el ceño fruncido.

Maddie alejó la conversación del tema de *qué vendría después*, por el bien de Grace. Charlamos de todo lo demás, hasta que Grace estuvo lista para volver a sus libros de colorear, dejándonos a Maddie y a mí frente a frente con los platos vacíos entre nosotros.

Pasó un momento de silencio entre nosotros.

—¿Está mal estar tan triste por tener que volver a la vida real mañana? —Maddie lo subrayó con una risa, pero la sonrisa se desvaneció rápido.

—No está mal. —Me moví al asiento más cercano a ella, donde había estado sentada Grace. Me puse frente a ella, tomando sus manos entre las mías—. Yo tampoco quiero volver a la vida real. Pero sí quiero asegurarme de que vas a estar bien cuando lo hagamos.

—Estaré bien en casa de mis padres —dijo ella—. No voy a mentir, estaría un poco nerviosa si viviera sola en este momento. Pero ellos estarán conmigo cada noche.

—Y entonces repasemos el plan otra vez. —Habíamos estado determinando los pasos específicos para lo que vendría después, así como planes de contingencia en cuanto a Jericho. Ella había hecho las partes más difíciles: iniciar la separación, contratar al abogado de divorcio, esperar el año necesario para presentar la demanda formalmente. Pero cuanto más tiempo Jericho daba largas, más zona gris tenía para hacer algo desquiciado. Quería extirparlo de su vida como un lunar asqueroso.

—Una vez que esté de vuelta en la ciudad, presentaré un informe sobre el auto. Luego me reuniré con mi abogado de nuevo para hablar sobre seguir adelante con el divorcio de mutuo acuerdo. —Fue enumerando con los dedos mientras hablaba—. Luego redactaremos el plan de custodia. Si Jericho intenta algo de nuevo, ahí es cuando presento la denuncia policial y solicito una orden de protección.

Asentí mientras hablaba, animándola mientras repasaba el plan de acción. Escuchar esto se sentía bien, pero no me tranquilizaba del todo.

—¿Y si intenta ponerte un dedo encima otra vez? —pregunté.

Su garganta se movió al tragar, mirándome con ojos entornados. —Llamo a la policía. Y luego te llamo a ti.

—Buena chica.

El rubor en su cuello me indicó que eso le había gustado. Deslicé mi mano por sus brazos y luego acerqué el asiento de su taburete

hacia mí con un movimiento rápido. Nuestras rodillas chocaron, pero la envolví entre mis piernas, abrazándola lo más fuerte que pude.

—Creo que pronto empezaré a buscar mi propio lugar —dijo Maddie, mordiéndose el labio inferior—. Mis padres han sido tan amables como para permitirnos quedarnos con ellos mientras me recuperaba. Quieren que ahorre para el pago inicial y así pueda comprar mi propia casa, cosa que he estado haciendo. Cuando no estoy pagando honorarios legales, claro. Pero no sé... estaba pensando que tal vez empiece a buscar un departamento para alquilar antes.

—Si eso es lo que quieres —deslicé mis labios por su frente—, entonces eso es lo que deberías hacer.

Ella asintió, pero no parecía convencida.

—Debería hacer lo que sea inteligente —dijo finalmente.

—¿A menos que tengas una idea diferente?

Ella jugueteó con los botones de mi camisa de franela. —Hay muchas cosas que quiero que no tienen sentido.

Sentí esa afirmación en cada célula de mi cuerpo en este momento. Quería que Maddie y Grace fueran parte de mi vida, aunque no pudiera ofrecerles lo que más necesitaban: una base. Estabilidad. Permanencia. Se sentía tonto incluso pensar en un futuro con Maddie.

Pero tampoco podía imaginar un futuro sin ella.

—¿Como qué? —insté, preguntándome si ella tenía lo mismo en mente.

Miró hacia otro lado, pareciendo luchar con algo. Antes de que pudiera responder, Grace llegó corriendo, acercando la página más reciente de su libro de colorear a nuestra altura. El rostro de Maddie se iluminó al contemplar el trabajo de su hija, y yo también lo admiré, genuinamente impresionado con el intento de colorear dentro de las líneas.

—Has mejorado en esto desde que estamos en la cabaña —le dije.

—Para ti, Toy. —Me la extendió para que yo arrancara la página —algo que ya era nuestro ritual—, lo que significaba que oficialmente era mía. Tenía otras cinco fotos iguales sujetas con imanes en el refrigerador.

—Gracias, monita. —Arranqué la página debidamente y la aparté, devolviéndole el libro de colorear. Pero ella no quedó satisfecha hasta que colgué ceremoniosamente el dibujo en el refrigerador. El taburete crujió mientras me alejaba de Maddie, guiando a Grace hacia el refrigerador para que pudiera elegir el imán y el mejor lugar para el nuevo dibujo. Una vez hecho todo eso, ella regresó felizmente a su estación de colorear en la sala principal.

—¿En qué estábamos? —Me acomodé de nuevo en el taburete, atrayendo a Maddie justo a donde había estado, entre mis piernas. Ella soltó una risita, acurrucándose contra mí—, creo que estabas diciendo las cosas no tan inteligentes que quieres.

Suspiró, sacudiendo la cabeza. —Tengo que concentrarme en las cosas inteligentes.

—Solo *escuchemos* lo que crees que está fuera de tu alcance.

Se detuvo, estudiando un punto lejano en la cabaña. —Quiero irme de Kentucky.

No era exactamente lo que esperaba escuchar, pero me gustó de todos modos. —¿Y por qué eso parece fuera de tu alcance?

—Mi certificación docente es para Kentucky —admitió—. Y necesito mi trabajo. Necesito mantener a Grace en su guardería. Ella es feliz donde está.

Asentí, meditando la información. —Bueno, tengo una idea alternativa para ti. Siempre podrías recorrer los Estados Unidos en una casa rodante y arruinar la infancia de Grace.

Maddie estalló en carcajadas, dándome un golpecito en el pecho. —Gracias por la sugerencia. Aunque estoy bastante segura de que ya me explicaste por qué *no* debería hacer eso.

—Solo quería que fueras consciente de tus opciones. —La estreché contra mí, más que listo para la parte adulta de la velada. Pero aún nos quedaba un rato antes de que Grace se fuera a la cama—. Lo pensaré. Sé que hay algo perfecto para ti allá afuera, Maddie.

Lo que no entendía era por qué, en el fondo, pensaba que tal vez yo podría ser esa cosa perfecta para ella.

No tenía hogar; ni siquiera un contrato de arrendamiento. Tenía mi Jeep y un par de bolsas de lona con mis porquerías. ¿A quién quería engañar?

Tenía que escuchar las palabras de Maddie. Tenía que hacer lo inteligente.

Y eso significaba continuar mi camino tal como lo había planeado desde el principio.

CAPÍTULO DOCE

TROY

D ESPUÉS DE MI alarma—las seis y veinte.

Sabía por qué.

Maddie.

Miré fijamente las vigas entrecruzadas del techo de la cabaña. Ella había estado durmiendo en mi cama cada noche durante esta semana, escabulléndose en las primeras horas de la mañana para volver a su cama con Grace. Estaba acostumbrado a despertarme cuando se iba, pero hoy era diferente.

Era la última mañana. El final absoluto.

Una tristeza me invadió. Me giré hacia un lado, mirando a Maddie mientras dormía. Mi mirada se deslizó desde sus largas y oscuras pestañas hasta el leve rastro de pecas en sus mejillas, pasando por los mechones de cabello chocolate oscuro que enmarcaban su rostro. Se movió ligeramente, y tomé esto como mi señal para levantarla para el día.

Deslicé las yemas de mis dedos por la curva de su mejilla, intentando absorber todo de *esto* que pudiera.

—Es hora de levantarse —susurré, presionando un beso suave en su frente.

Me gustaba cuidar de ella y de Grace. Se sentía bien, natural de alguna manera. Nunca me había visto a mí mismo como un esposo o

papá, pero estos ocho días en la cabaña de Len me habían hecho reflexionar.

Ella murmuró algo ininteligible. La envolvía con mis brazos, dejando besos suaves a lo largo de su mandíbula. Maddie tomó una respiración profunda, acurrucándose contra mí. Mis ojos se cerraron. Podría haberme quedado allí para siempre.

Pero ella se movió contra mí de la manera correcta. Mi verga se despertó, lista para divertirse. Me acerqué al hueco de su cuello, buscando ese aroma perfecto.

No quiero que esto termine.

Eran las palabras que tenía miedo de decir. No tenía derecho a decirlas, no cuando Maddie y Grace tenían necesidades, y yo tenía una ubicación que cambiaba constantemente. Mi próximo destino era Ecuador. ¿Y después de eso? Desconocido.

Lo menos atractivo de decirle a una madre soltera.

Ella rió mientras me acercaba, acurrucándose más contra mí. —Buenos días para ti.

—Hagamos que sea una mañana mejor. —Mordí suavemente el lateral de su cuello, deslizando mi lengua por su piel dulce. Ella se estremeció, esos hermosos ojos color avellana abriéndose mientras alisaba mi mano por sus curvas y entre sus piernas. Mis dedos danzaron sobre la entrepierna de sus bragas, encontrando ya un calor húmedo esperándome. Presioné mis dedos debajo de la tela, alisando el nudo apretado de su clítoris.

Un suspiro tembloroso salió de ella en el mismo momento en que mi modo depredador se activó. Dios mío, esta mujer estaba jugosa. De pies a cabeza.

—Te sientes tan maldadamente perfecta. —Deslicé mi dedo dentro de su coño. —¿Cómo estás tan mojada ya?

Ella rió. —Duermo a tu lado, ¿recuerdas?

Silencié el cumplido con un beso, moviendo mi dedo dentro y fuera de ella lentamente, hacia arriba para pellizcar su clítoris, luego de regreso adentro. Ella se movió contra mi mano, pidiendo más fricción. Mi verga se endureció cuanto más gemía y se quejaba. Sus muslos se apretaron alrededor de mi mano.

—Maldita sea, Maddie. —Atrapé sus labios en un beso profundo mientras me giraba sobre ella. Ella alisó sus manos sobre mi pecho desnudo, somnolienta y hermosa. Deslicé mis manos debajo de su camiseta de dormir, apresando enormes puñados de sus tetas. —Qué manera de despertarse.

—Eres mejor que el café —bromeó, apretando sus piernas alrededor de mi cintura.

—Es un cumplido de alto nivel, viniendo de ti. —Bajé sus bragas, hasta que volaron a través del loft. —Si es cierto, ¿cómo puedes vivir sin mí?

Había significado la pregunta como algo inocente y lúdico, pero tan pronto como las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de lo serias que eran. Porque este era el final, y de alguna manera, teníamos que ir por caminos separados.

Algo pesado cruzó su rostro, pero no duró mucho. Me aseguré de ello. Me quité mis calzoncillos boxer, dejándolos unirse a sus bragas a través del loft, y luego me deslicé dentro de ella. Estirándola, lentamente delicioso, hasta que ambos olvidamos cualquier cosa que hubiera existido antes de *esto*.

No podía ver nada más allá de sus ojos color avellana mientras me hundía en ella, una y otra vez. Sus uñas se clavaron en mis bíceps. Sus paredes vaginales se apretaron alrededor de mí en el mismo momento en que mis bolas se tensaron y la bobina del placer se liberó. El calor invadió mi cuerpo mientras me liberaba dentro de ella, sus suaves gemidos llenando el loft de la cabaña.

Maddie era gelatina cuando terminamos. Una vez que nos acurrucamos y reímos juntos durante unos minutos, la metí en mis brazos y la llevé al baño.

—Troy —siseó, golpeándome los brazos. —Bájame. Peso demasiado.

Chasqueé la lengua. —No acostumbro a decirle esto a las mujeres hermosas, pero estás equivocada.

Rió, saliendo de mis brazos en el baño. —No deberías cargar nada pesado con una rodilla lesionada que te rehusas a que te examinen.

Mordí mi labio inferior mientras mi mirada seguía la delectable curva de su trasero. —Está bien. ¿Recuerdas lo que dije? Tú lo haces

bien.

Ella soltó una ráfaga de aire que sonaba igual partes frustrada y divertida. Le devolví una sonrisa descarada. La verdad era que mi rodilla aún me dolía. Y a veces se me trababa. *No bueno.* Pero mi enfoque era ignorarlo hasta que se resolviera por sí solo. Además, tenía cosas mucho más importantes en qué atender mientras Maddie estaba conmigo. No planeaba regalar ni un segundo de mi tiempo a nada que no fuera *mis chicas.*

Maddie y yo nos limpiamos rápidamente, luego ella se escabulló por las escaleras para volver a su cama para cuando Grace despertara. Y yo continué con mi día como siempre: con ejercicio.

Estaba decidido a mantener mi rutina igual. No solo hoy, sino en general. Solo miraba hacia adelante.

Sin importar cuánto me royera.

Conforme avanzaba la mañana, intenté lo mejor de mí para ponerme en marcha para lo que vendría después. La nueva asignación de Nash Nightingale. El viaje a Ecuador—que comenzaba *mañana*. Generar algún tipo de emoción por el gig era imposible porque no podía apartar mi atención de Maddie. No cuando estaba compartiendo mi último desayuno con ella y Grace, y pensando en qué podría pasar mientras me iba. Maddie se puso a ordenar la cocina después del desayuno mientras yo cargaba sus bolsas en la Jeep. Cuando entré a la cabaña, Grace estaba brincando, lista para una última ronda de Twisty Monkey.

Estaba feliz de complacerla. ¿Quién sabía cuándo podría hacerlo de nuevo?

Después de cinco—bueno, seis—rondas de Twisty Monkey que casi me hacen vomitar, el peor y mejor juego jamás inventado accidentalmente, Maddie y Grace esperaban en la Jeep mientras cierro la cabaña. Envié a Len un mensaje de texto rápido para hacerle saber que nos fuimos, pausando antes de poder agregar cualquier otra cosa. No quería decir que me enamoré bajo su lámpara de cornamentas o algo así, pero sentí que Len necesitaba saber que definitivamente me había enamorado de alguien allí dentro. Tal vez más tarde, después de dejar a las chicas, pudiera admitirle a alguien lo que estaba sucediendo dentro de mi pecho.

Como no era día de escuela, manejé a la casa de los padres de Maddie. Grace se emocionó cuando reconoció el vecindario.

—¡Vemos a Nana! —Aplaudió.

—Sí, cariño. Es hora de ver a Nana. —Maddie se desabrochó el cinturón de seguridad lentamente, mirándome. Grace hizo un escándalo pateando y contorsioneándose en la silla de auto, queriendo que la desabrocharan para poder entrar. Maddie salió del auto para liberar a Grace, e hija corrió hacia la puerta de entrada.

—¿Crees que se olvidará de mí? —Le pregunté a Maddie, quien se hundió de vuelta en el asiento del pasajero una vez que Grace había entrado a la casa con sus abuelos.

—No. Probablemente hablará sobre ti durante el próximo año.

El silencio se asentó entre nosotros. Fue casi incómodo, la primera vez que me había sentido así alrededor de Maddie desde que nos conocimos. No sabía qué decir. Por dónde ni siquiera empezar. Ella se mordisqueó el labio mientras me miraba.

—¿Me olvidarás *tú*? —Apenas logré forzar las palabras a través de mis labios.

—Nunca. —No había hesitación en su voz. Solo un desafío.

Uno que no estaba seguro de poder cumplir.

—¿Vas a hablar sobre mí durante un año también, huh? —Aprimí su mano, esperando ver una sonrisa en mi chiste cursi. Obtuve una, pero no duró mucho.

—Deberías irte. —Miró hacia la puerta de entrada. —Tienes un viaje muy largo. Todo lo que pienso es en que tendrás que conducir toda la noche si me sigues aquí.

No estaba equivocada. Pero tampoco estaba listo para irme aún.

—No necesito muchos descansos. Probablemente podría hacer todo el viaje de una sola vez. —Pero el subtexto detrás de su comentario se quedó conmigo. Recordándome la verdad: este era el final. Tomé su mano, dándole un apretón rápido. —¿Cuál es el plan, de nuevo?

Me ofreció una sonrisa cálida. —Presentar el reporte sobre el auto. Reunirme con el abogado. Trabajar en el divorcio sin contestación. Hacer seguimiento contigo sobre lo que el doctor dijo sobre tu rodilla.

Luché contra una sonrisa. —Realmente no dejarás que me salga con esto, ¿huh?

—Nop. Así que si quieres que siga el plan… entonces tú también debes seguirlo.

Asentí, finalmente dándome cuenta de que no iba a soltarlo. Porque tenía razón… y ambos lo sabíamos. —Está bien. Pero quiero que conste en el registro que solo estoy haciendo esto porque eres la mujer más hermosa sobre la que he puesto los ojos.

—Anotado. Y gracias. —Su mirada color avellana brilló mientras se inclinaba y presionaba un beso en mis labios.

Cuando se apartó, su mirada se deslizó hacia la puerta de entrada de la casa de sus padres. Su madre asomó la cabeza, mirando hacia la Jeep. Grace brincaba a sus pies. Estaban esperando a Maddie. Pero aún no estaba listo para terminar esto.

—Debo irme —comenzó.

Abrí la boca para decir algo—*¿podemos seguir hablando? ¿Y si volara a verte después de Ecuador? ¿Estás abierta a una relación a larga distancia con un tipo como yo?*—pero ninguna de las palabras se materializó. No tenía idea de cómo lanzar esta conversación.

—Gracias por todo, Troy —dijo, inclinándose sobre la consola para envolverme en sus brazos. La sostuve contra mí, mi corazón golpeando contra mis costillas. Esto no podía ser todo.

Pero tenía que serlo.

Se salió de la Jeep antes de que pudiera hacer que mi cerebro volviera a funcionar. Tan pronto como la puerta se cerró detrás de ella, la tristeza me atravesó, aunque no quisiera admitirlo. Era hora de irme. Mi camino estaba trazado. Necesitaba aceptarlo y continuar.

Retrocedí por el camino de entrada antes de poder hacer algo estúpido, como caminar a la casa de sus padres y presentarme como su novio. Conduje a la gasolinera más cercana, mi atención divagando mientras llenaba mi tanque.

¿Sería tan malo un último abrazo de despedida?

Irme ahora se sentía mal de alguna manera. Tenía un extraño presentimiento en el estómago que no me gustaba. Uno que sabía que no debería ignorar.

Una vez que terminé de bombear gasolina, me deslicé de vuelta al asiento del conductor y llamé a Maddie. No me importaba que pudiera parecer que estaba loco de amor o enamorado o cualquiera de esas cosas que no quería ser pero ya sabía que era.

—¿Hola? —Podía escuchar la sonrisa en su voz.

—Oye tú. ¿Cómo estás?

Rió suavemente. —Bien. Igual que hace quince minutos cuando me dejaste.

—Sí, lo imaginé. Solo quería ponerme en contacto.

—¿Me llamarás cada quince minutos mientras te vas?

—Si no te importa —bromeé. —Me gusta obtener actualizaciones frecuentes.

—Supongo que podría conseguir alguna cámara en vivo…

Me aclaré la garganta. —¿Estilo después de horas o qué?

—Sería un primero para mí, pero se podría arreglar.

La entonación sexy de su voz me tenía sonriendo como un tonto. —¿Estás segura de que no quieres que vuelva? Podría quedarme unos días más.

Suspiró. —Troy, necesitas ir a Nueva York y coger tu avión. Te vas del país mañana.

—Tienes razón. —Estudié el trenzado de cuero del volante mientras buscaba a tientas lo que mis siguientes palabras serían. —Pero se siente mal dejarlos a ti y a Grace atrás.

—Créeme, nosotras deseamos que pudieras quedarte. Pero estaremos bien. Te lo prometo.

Respiré profundo, intentando creer sus palabras.

—Oye Maddie… —Miré alrededor de la gasolinera árida, intentando descubrir si realmente tenía las palabras dentro de mí. Maddie gritaba raíces, y yo nunca las había tenido. Pero algo en ella me hacía querer intentar desarrollarlas. —Si hubiera alguna posibilidad de que yo… no sé… tal vez pasara por Louisville en mi camino de regreso de Ecuador…

—Mm-hmm….

—Y pudiera arreglarlo para pasar por aquí… no necesitamos quedarnos en la cabaña, no estoy diciendo que vuelvas a la cabaña o nada…

Rió suavemente, recordándome que aún no había llegado al maldito punto.

—Bueno, Grace necesitaría algunas rondas de Twisty Monkey, ¿sabes? —Me froté la nuca. Nunca me había sentido tan inarticulado en toda mi vida. —Tal vez podríamos… ya sabes… no sé…

Ahora estaba riendo sin parar. En *mí*. —Troy, ¿qué estás intentando decir? Solo escúpelo.

—Yo… —Respiré profundo. Había vivido a través del entrenamiento básico, giras de servicio, protegiendo figuras políticas de alto perfil, e incluso había estado involucrado en algunos tiroteos en mi tiempo. Nada se acercaba a esto: admitirle a una mujer que a pesar de mis mejores esfuerzos, ella poseía mi corazón. —Quiero asegurarme de que estarás bien. Pero es más que eso. Mucho más. Sé que no puedo arreglarlo todo… pero quiero ayudarte a llevar la carga. No creo que pueda irme a Ecuador sin saber que voy a verte de nuevo lo antes humanamente posible.

El otro extremo de la línea estuvo callado por un momento, pero luego escuché lo que sonaba como sollozos.

—Troy. —Había tanta emoción en su voz. Nunca había amado el sonido de mi nombre tanto de los labios de nadie. —Eso es todo lo que quiero también. Tenía demasiado miedo de preguntar. Sé que tienes un horario ocupado… no quería interponerme.

—Nunca te interpondrías. Maldita sea, es todo lo demás lo que se interpone. Lo descubriremos. Lo haremos. —Las palabras cayeron como un martillo. No había cuestionamiento. Lo descubriríamos porque no quería la alternativa de no saber cuándo la vería de nuevo.

—Sí. Lo descubriremos. —Podía escuchar la sonrisa en su voz, y verla en mi mente. Estaba listo para conducir de regreso a la casa de sus padres para un último abrazo, que ella debe haber sido capaz de sentir. —¿Ya estás conduciendo hacia el norte?

—Solo terminando de llenar gasolina. Estoy a punto de llamar a Nash con mi ETA. Dile a mi mono Gracie-bell que ya la extraño.

—Lo haré.

—Y te mostraré cuánto ya te extraño cuando te llame más tarde desde mi habitación.

Su risa dulce fue cortada por un suave jadeo.

—¿Qué está mal? —El vello de la nuca se me erizó mientras giraba la llave.

—Oh Dios mío —murmuró Maddie. Nada en su voz sonaba bien. —Oh Dios mío, no puedes estar bromeando.

Ahora mi estómago era un nudo completo. —Maddie, ¿qué es?

—Jericho acaba de llegar.

CAPÍTULO TRECE

MADDIE

—MAMI, ¿VA A VENIR TROY?

La dulce voz de Grace rompió mi concentración mientras yo miraba por la ventana del dormitorio que daba a la entrada. El Lexus de Jericho bloqueaba a todos los autos debido al ángulo ridículo en el que se había estacionado. Pude ver un mechón de su cabello rubio oscuro desde la ventana mientras él estaba en el porche, frente a la puerta principal.

Metí mi teléfono en el bolsillo trasero de mis jeans, tal como Troy me había indicado. Y entonces me puse en marcha.

—Cariño, quiero que vayas a jugar. —No sabía qué quería Jericho, aparte de hacerme la vida más difícil. Pero mis dos padres estaban abajo. Esto todavía podía terminar bien. Simplemente quería asegurarme de que Grace no sospechara que algo andaba mal por ahora. Pero tal vez ella ya se daba cuenta.

Gimoteó mientras la guiaba fuera del dormitorio hacia el cuarto de visitas que habíamos preparado como su sala de juegos. —¿Mami, qué está pasando?

—Nada, cielo. —Debía de estar sintiendo mi pico de ansiedad de alguna manera. Respiré hondo, tratando de mantener mi voz nivelada, despreocupada—. Solo creo que es hora de jugar por ahora. ¿Puedes quedarte aquí y jugar un ratito? Quiero que me dibujes un árbol.

Me miró parpadeando con ojos grandes y preocupados. —¿Un árbol?

—Sí, cariño. Un árbol. —Me puse a su altura, ofreciéndole una gran sonrisa mientras le acariciaba los brazos. Desde la planta baja, escuché ecos de pisotones y una voz masculina. *Mierda.* —Dibújame el árbol más bonito que se te ocurra, ¿está bien? Realmente quiero el dibujo de un árbol bonito.

Asintió con vacilación.

—Pero no salgas de esta habitación, ¿de acuerdo? —Hubo más pisotones desde abajo, y apenas podía mantener mis preocupaciones a raya. Necesitaba bajar, pero no con Grace—. Necesito que te quedes en este cuarto jugando.

—Está bien, mami —susurró.

Besé la coronilla de su cabeza y salí de la habitación, cerrando la puerta tras de mí. Los sonidos de una discusión llegaban al pasillo desde la planta baja. Se me revolvió el estómago y me apresuré hacia las escaleras, decidida a enfrentar esto. Jericho no se iba a ir. Teníamos que encargarnos de esto de una vez por todas, para que nuestra familia pudiera encontrar una nueva normalidad.

Ese era mi único deseo.

Tan pronto como mis pies tocaron la planta baja, divisé a Jericho en el vestíbulo de entrada. Mis dos padres estaban allí, con aspecto preocupado.

—Ahí está —dijo Jericho con desprecio. Parecía listo para la oficina, con su cabello rubio oscuro engominado hacia atrás y sus pantalones de vestir beige y camisa azul claro impecablemente planchados. Pero algo oscuro retorcía sus facciones clásicamente atractivas. No estaba segura de si siempre había estado ahí, o si acababa de emerger desde que recibió los papeles del divorcio. Pero apenas reconocía a este hombre... incluso después de haber estado casada con él casi cinco años.

—Jericho, ¿por qué no llevamos esta conversación afuera? —sugirió mi padre. Era un exjugador de fútbol americano de un metro ochenta y cinco, de hombros anchos, que imponía respeto, pero algo en la postura de Jericho sugería que le daría un puñetazo a cualquiera en este momento. Incluso a mi madre.

—Solo quiero hablar con Maddie —su mirada se clavó en mí—. Me has estado evitando.

—No te estaba evitando. —No me moví del pie de la escalera. Había tres personas entre él y Grace, y tenía que seguir siendo así—. He estado ocupada.

—Merezco ver a mi hija.

—Entonces puedes firmar los papeles y estableceremos un acuerdo de custodia. —Crucé los brazos sobre mi pecho, en parte para ocultar el hecho de que mi corazón latía a mil por hora. Como si esto de alguna manera fuera a reforzar mi confianza. Podía oír la voz de Troy en mi cabeza. *¿Cuál es el plan, nena?* —Si no firmas los papeles, seguiré adelante con el divorcio de todos modos. Pero tienes que poner de tu parte si quieres obtener derechos de custodia.

—No necesito que un juez me diga si puedo o no ver a mi propia *hija* —escupió—. Eso es una estupidez.

—No es una estupidez, así es como funciona. —Traté de ocultar el temblor en mi voz—. Ya no estamos juntos, así que tenemos que establecer parámetros.

—¿Parámetros? —Su risa amarga casi me quemó la piel—. Ya veo. ¿Para que puedas escaparte con tu noviecito mientras todavía estás legalmente casada? Suena a algo que haría una maldita puta. No voy a caer en tus juegos mentales, Maddie.

—Jericho, no va a hablar así dentro de mi casa. —La voz de mi padre cayó como un martillo y se movió para empujar a Jericho hacia la puerta.

—Debería irse ahora —dijo mi madre con firmeza.

—¿Qué dije? —El atisbo de una sonrisa se torció en sus labios—. Vamos, gente. Dije que sonaba a algo que una puta *haría*, nunca dije que Maddie *fuera* una puta. Aunque sea exactamente lo que la muy maldita hizo. Ustedes saquen sus propias conclusiones.

Se me revolvió el estómago. Ese tipo de juegos mentales de los que me acusaba eran exactamente los que amaba jugar en nuestra relación. El solo hecho de recordar esa lógica circular me daba náuseas. La única salida era no responder directamente a ello.

—Nada que decir, ¿eh? —Jericho asintió hacia mí mientras mi padre se paraba frente a él, instándolo a ir hacia la puerta.

—Le doy diez segundos para que se vaya por su cuenta —advirtió mi padre.

—El hecho de que ni siquiera se esté defendiendo lo dice todo, ¿no creen? —Jericho estaba imperturbable—. No me parece una madre muy apta. ¿Quieren que su nieta sea criada por alguien que rompe la santidad del matrimonio? Ella y yo intercambiamos votos. Y aun así se escapó con un hombre y probablemente dejó que se la cogieran todo el fin de semana como a una zorra.

—Jericho —advirtió mi padre—. Esta es su última oportunidad de irse en paz.

—No quiero irme en paz. —Su voz estaba subiendo de tono ahora —. Quiero llevarme a mi hija y largarme de aquí. No confío en ustedes. Y mucho menos en *ella*.

Enderecé la espalda, rechazando todas las palabras hirientes que vomitaba. Deseé que resbalaran por mi cuerpo, como el aceite separándose del agua. —Jericho, tienes que irte ahora mismo. Todo lo demás será resuelto por los tribunales. No te llevarás a Grace.

—Ni de broma me detendrás. —Dio un paso adelante, pero mi padre lo agarró del brazo, manteniéndolo a raya solo por unos momentos. Pero cuanto más tiempo estaba retenido, más luchaba Jericho.

—No vas a alejarme de lo que quiero —gruñó, soltando el brazo. Mi mamá levantó las manos.

—Jericho, piense en lo que está haciendo —suplicó.

—Si das un paso más, llamo a la policía —le advertí.

—Me importa un carajo lo que hagas. Me llevo a mi hija. —Jericho se lanzó contra mi padre, quien gritó e intentó atraparlo. Pero Jericho se escabulló, eludiendo su agarre, y arremetió hacia mí.

—¡Jericho, detente! —Mi voz salió chillona, traicionando cada gramo de miedo que sentía. Antes de que Jericho me alcanzara, mi padre lo agarró por los hombros, tirando de él hacia atrás. Jericho lanzó un puñetazo al girarse, asestando un golpe sólido en la cara de mi padre. Su grito ronco llenó el vestíbulo.

—¡Jericho! ¿Qué le ha pasado? —gritó mi madre.

—Estoy llamando a la policía. —Mi anuncio se desvaneció en el caos que ahora llenaba la sala. Pero no busqué mi celular. Incluso en medio de mis extremidades paralizadas y mi alta ansiedad, recordé lo que se suponía que debía hacer. Intenté alcanzar el teléfono de la mesita cerca del descanso de la escalera, pero Jericho llegó primero.

—Una mierda lo harás. —Le dio un manotazo al teléfono con tal fuerza que todo el aparato cayó al suelo—. Además, ni siquiera importará. ¿Crees que no conozco a suficientes policías? ¿Que no los tengo en mi bolsillo? —Su sonrisa se volvió siniestra—. Quítate de mi maldito camino. Me llevo a Grace ahora mismo.

—¡No, no lo harás! —Mi voz temblaba. No tenía forma de detenerlo, y él lo sabía.

Inclinó la cabeza, con una sonrisa espeluznante retorciéndose en sus labios. —Sí, lo haré.

Tiempo. Solo necesitaba más tiempo. Era lo único en lo que podía pensar. —No vas a subir, Jericho. Si intentas cualquier cosa, nunca obtendrás derechos de custodia. El hecho de que acabes de golpear a mi papá te deja jodido. Y lo sabes. ¡Piensa con claridad, por favor!

—Estoy pensando con claridad por primera vez en mi vida. —Sus palabras cayeron como una amenaza y cuando dio un paso adelante, no me moví—. Quítate. De. Mi. Camino. —Jericho me empujó a un lado y, aunque me había preparado, caí bajo la fuerza colérica. Golpeé la pared con fuerza con el hombro y perdí el equilibrio, deslizándome al suelo, pero estiré la pierna para hacerlo tropezar mientras se dirigía a las escaleras.

Jericho tropezó con mis pies, maldiciendo en voz alta. —Maldita puta.

Miró hacia atrás y vio a mis padres distraídos con la nariz ensangrentada y potencialmente rota de mi padre. Jericho me agarró del cabello y acercó su rostro al mío.

—Debí haber hecho esto hace años —siseó, y luego estrelló mi cabeza contra la pared.

Todo se volvió negro.

CAPÍTULO CATORCE

TROY

LA CASA DE LOS Lambert era un desastre cuando me estacioné. El Lexus de Jericho bloqueaba toda la entrada. La puerta principal estaba abierta de par en par, y unos sollozos apagados flotaban hasta el jardín delantero.

Ya voy, mis chicas. Era lo único que tenía en mente mientras evaluaba la situación y ajustaba mi plan. Dentro de la casa de dos pisos, encontré al Sr. y la Sra. Lambert agachados sobre Maddie. Ella estaba inconsciente, con su sedoso cabello castaño pegado a un tajo sangriento en un costado de su cabeza.

Se me hizo un nudo de plomo en el estómago. Ellos se quedarían con ella por ahora. Yo necesitaba poner a Grace a salvo. Toqué el hombro de la Sra. Lambert con suavidad. Ella me miró con los ojos enrojecidos.

Todavía no conocía a sus padres cara a cara, pero este no era el momento ideal para presentaciones. Me puse un dedo en los labios y luego señalé hacia la escalera. Ella asintió, y comencé a subir los escalones con un sigilo lento y silencioso. A medida que ascendía, podía escuchar la gentileza forzada de una voz masculina.

—Vamos, Grace. Soy yo. Es hora de irnos.

Jericho. Al llegar al rellano, asomé la cabeza por la esquina. Él estaba parado al final del pasillo, frente a la puerta abierta de un dormitorio.

—Soy yo. Papi. Nos vamos ahora —sonaba agitado. Los sollozos de Grace se filtraban desde la habitación.

—¿Por qué te portas así? —Jericho entró de golpe en el cuarto y aproveché la oportunidad para deslizarme por el pasillo. Escuché por un segundo, calculando el mejor plan dada su posible reacción. No quería que Grace viera nada aterrador, aunque sabía que la sola presencia de Jericho ya era lo suficientemente espantosa en este momento. Necesitaba reducir a Jericho y sacar su trasero a rastras de esta casa sin que Grace viera nada de eso.

Era una tarea difícil, dado el diseño de la casa. Pero encontraría la manera.

—Tenemos que irnos. Ahora. ¿Dónde está tu abrigo? —espetó Jericho.

—Quiero a mami —sollozó Grace.

—Ella no viene. Te vas con papi. ¿Qué es lo que es tan puto difícil de entender? —Jericho soltó un suspiro frustrado—. Escucha, ¿quieres alguno de estos juguetes o lo que sea? Elige algo y vámonos.

—¿Dónde está mami? —Grace ya estaba llorando a mares. No pude soportar ni un segundo más. Me detuve en el umbral, clavando mi mirada en Jericho. Él palideció cuando me vio.

—¡Toy! —el labio inferior de Grace tembló y se movió hacia mí, pero Jericho le dio un tirón en el brazo.

—No te vas con él. Es malo. Un hombre malo. Te vas con papi.

Los hombros de Grace se sacudían mientras lloraba.

—Gracie-bell —comencé, con voz calmada—. Deberías hacerle caso a tu papá —solo lo dije porque, si no lo hacía, él se volvería violento. Cada centímetro de mi piel hormigueaba con alerta, con preparación. Era el tipo de juicio instantáneo de gatillo fácil que solo surge bajo una presión extrema.

—¿Ves? Un hombre inteligente. Malo, pero inteligente —Jericho se burló de mí. Cuando se inclinó para cargar a Grace, ella se zafó de él, chillando.

—¡No!

—Grace. Nos vamos —se lanzó hacia ella otra vez y ella se escabulló, con un lamento desgarrador cortando el aire.

—Cierra la puta boca —gruñó Jericho.

—Deja que ella elija a dónde quiere ir —solté, con los ojos fijos en la expresión de dolor de Grace. Se me partía el corazón en dos. No entendía cómo Jericho podía infligirle esto voluntariamente a su propia sangre. —Mírala. Tiene miedo. Si quiere irse contigo, lo hará. Pero tienes que dejar que ella elija.

Jericho resopló como si esa fuera la idea más estúpida que jamás hubiera escuchado. —Soy su padre. No importa lo que ella quiera. Importa lo que *yo* quiero.

—Está bien. Pero tienes que entender que te va a hacer la vida imposible si te la llevas de aquí asustada de esta manera —le dije—. Deja que elija. Será más fácil —entré en la habitación, situándome al lado de Jericho. Tenía las palmas en alto para mostrarle que no era una amenaza y que estaba totalmente de acuerdo con que Grace tomara la decisión—. Esto será mejor para ella.

Jericho puso los ojos en blanco. Luego se aclaró la garganta, como si se preparara para recitar un guion. —Grace. ¿Con quién te quieres ir? ¿Conmigo o con el hombre malo?

Grace ni siquiera podía hablar de lo fuerte que lloraba.

Pero señaló con su dedito hacia mí.

—Estás a salvo, Gracie-bell —dije suavemente—. Todo está bien.

Ella se acercó un poco más a mí.

—No te vas a ir con él —espetó Jericho.

—Ven aquí, linda —la animé.

Grace se hundió en el suelo, hecha un manojo de llanto inmóvil. Más allá del profundo dolor de verla enfrentada a esta situación aterradora, lo único que podía ver eran los siguientes pasos para ponerla a salvo. Lejos de su "papi". Para después encargarme de papi yo mismo.

—Ella no te eligió a ti —me informó Jericho. Dio un paso hacia Grace, pero le clavé el codo en el costado con fuerza. Un quejido sordo escapó de él y se tambaleó hacia un lado. Cargué a Grace, apretando su cuerpo tembloroso contra el mío mientras salía corriendo de la habitación. Abrí la puerta de otro dormitorio y la dejé dentro.

—Quédate aquí, vuelvo enseguida —le prometí antes de cerrar la puerta. No era lo ideal, pero la protegería de lo que venía a continuación. Esa era la prioridad ahora: minimizar los daños. Minimizar el trauma. Exterminar a Jericho.

Después de lo que había hecho hoy, consideraba esto mi cheque en blanco. Y tenía toda la intención de escribir la cifra de mis sueños en ese espacio vacío.

Jericho irrumpió en el pasillo justo después de que cerré la puerta. Arremetió contra mí, lanzando un puñetazo. Me agaché, lo agarré por el pecho y lo estampé contra la pared opuesta. El panel de yeso crujió detrás de él y deslicé mis manos hacia su cuello, inmovilizándolo allí.

—Tienes que dejarte de pendejadas de una puta vez —siseé, presionando mis pulgares en el hueco de su cuello. No tenía tiempo que perder. Ya había causado suficiente daño, y no me interesaba demostrar mi fuerza ni entablar una batalla. Lo quería reducido y que se lo llevaran de aquí en camilla.

Pero Jericho no estaba tan dispuesto. Tenía más pelea en él. O tal vez lo subestimé. Me asestó un golpe en el costado de la cabeza que hizo que aflojara mi agarre. Se soltó de un tirón, dirigiéndose hacia el cuarto donde estaba escondida Grace. Puso una mano en la perilla. Desde adentro, se filtraban los lamentos de Grace.

No va a entrar ahí. Era el único pensamiento en mi mente mientras le agarraba la muñeca, apartándolo con violencia.

—Aléjate de ella —gruñí.

—Es mi puta hija. No la tuya. Y me aseguraré de que nunca vuelvas a acercarte a ella —escupió Jericho. Pero sus palabras carecían de fuerza. Eran amenazas vacías y yo me daba cuenta.

—Tú eres el que está a punto de ser apartado de su familia. Tras las rejas —lo estampé contra la pared de nuevo y luego le propiné un puñetazo en la cara que lo hizo callar. La sangre brotó de su nariz de inmediato.

—Eso fue por lo que le hiciste a Maddie allá abajo —lo golpeé de nuevo, sintiendo el crujido del hueso bajo mi puño—. Y eso por asustar a Grace —ya estaba perdiendo el conocimiento, pero yo no

había terminado. Lo golpeé una vez más—. Y eso por el batazo de béisbol en la rodilla, imbécil.

Jericho se desplomó en el suelo y lo escupí. Mi pecho subía y bajaba mientras luchaba por recuperar el aliento y evaluar si realmente estaba fuera de combate. Casi esperaba que se lanzara sobre mí, al estilo zombi. Pero permaneció desplomado e inconsciente. Lo arrastré por las axilas hasta el borde de la escalera. Abajo, los padres de Maddie seguían reunidos a su alrededor. La madre de Maddie lloraba abiertamente.

—Jericho está fuera de combate —informé.

—Llamamos a la policía —dijo el papá de Maddie, tocándose la nariz lastimada con cuidado—. Y a la ambulancia. Ambos vienen en camino.

—¿Están bien ustedes dos? —grité hacia abajo.

—Estamos bien —dijo la madre de Maddie, con la voz ahogada por las lágrimas—. Maddie respira, pero está desmayada.

—Voy a asegurar a Jericho antes de bajar a Grace —les dije—. No quiero que vea esto.

Lo arrastré por el pasillo y luego lo metí de una patada en la habitación abierta donde estaban los juguetes de Grace. Suficientemente fuera de la vista por ahora. Pero todavía había un problema: ¿y si se despertaba? Miré a mi alrededor, tratando de encontrar una atadura improvisada. Lo único que me pareció lógico fue algún tipo de tela. Le arranqué la manga de su camisa de botones desde la costura del hombro y luego usé su propia camisa para atarle las muñecas a la espalda. Listo. Regresé corriendo al primer dormitorio y encontré a Grace acurrucada contra la cama, con las mejillas manchadas de lágrimas.

—Gracie-bell. Soy yo —le extendí las manos, esperando no haberla asustado—. Ya pasó. Todo está bien.

—Toy —su labio inferior tembló—. Quiero a mi mami.

—Lo sé, nena. Vamos a verla, ¿sí?

Ella asintió vacilante y la cargué, manteniéndola cerca. En el pasillo vi las manchas de sangre en la pared, las abolladuras. Les debía una disculpa a los Lambert. Darle una paliza a un tipo nunca era un trabajo limpio.

Cuando llegamos al pie de la escalera, Maddie estaba despierta y murmurando algo. Grace estiró los brazos hacia su abuela, así que se la pasé a la Sra. Lambert, quien la meció mientras lloraba sobre el cabello de Grace. El padre de Maddie me apretó el hombro.

—Gracias, hijo —la emoción brillaba en sus ojos, y yo no tenía palabras para decirle que lo haría todo de nuevo con gusto si fuera necesario.

—De nada, señor. Espero que ese tipo ya no les cause más problemas. Voy a ir a vigilarlo mientras esperamos a la policía —antes de hacer eso, me agaché para mirar a Maddie. Tenía un tajo feo en el costado de la cabeza, pero estaba tan hermosa como siempre. Tomé su barbilla suavemente entre mi pulgar y mi índice.

—Maddie. ¿Puedes verme? —no estaba seguro de qué tipo de daño le había causado ese infeliz. Solo sabía que nunca volvería a ponerle un dedo encima.

Ella murmuró algo y luego asintió.

—Estás a salvo. Vamos a llevarte a un hospital ahora, ¿está bien?

Ella suspiró y sus ojos se abrieron apenas un poco. —Gracias, Troy.

—No hay nada que agradecer —le apreté la barbilla con suavidad, feliz de poder perderme una vez más en las hermosas profundidades de esos ojos color avellana. Hombres como Jericho fácilmente podrían haber llegado demasiado lejos—. Hice lo que tenía que hacer por mis chicas.

La pequeña sonrisa que curvó sus labios fue una que no quería olvidar jamás.

No importaba a dónde fuera después o cuánto tiempo estuviera fuera.

Ella y Grace eran mías.

CAPÍTULO QUINCE

MADDIE

MI VISITA AL hospital resultó en tres encantadores puntos nuevos, una hija muy asustada que no se despegaba de mi lado... y un guardaespaldas grande como un oso que tampoco me dejaba ni a sol ni a sombra.

Hablé con la policía mientras las enfermeras me traían las recetas, presentando mi informe sobre el incidente de los neumáticos cortados y lo que pasó esta mañana. Todo fue mucho más fácil gracias a la experta sugerencia de Troy de usar mi teléfono celular como dispositivo de grabación, escondido en mi bolsillo trasero. Las cosas atroces de la grabación fueron enviadas a la policía y se usarían en la disputa por la custodia de ahora en adelante. Troy se quedó a mi lado, con mi mano en su gran zarpa, mientras Grace se acurrucaba en mi regazo. Mi mamá y mi papá entraban y salían de la habitación, aportando detalles cuando era necesario.

Después de haber dado toda la información que necesitaban para iniciar la orden de protección, miré a Troy.

—Gracias por estar aquí conmigo —susurré.

—Irme nunca fue una opción. Su mandíbula se tensó y me di cuenta de que se estaba conteniendo de besarme. No les habíamos dicho exactamente a mis padres lo que estaba pasando. Diablos, creo que ni siquiera nosotros sabíamos del todo qué estaba

pasando. Pero ahora que estábamos tomados de la mano frente a ellos, seguramente tendrían preguntas para mí más tarde.

Miré sus dedos gruesos envueltos alrededor de mi mano. —Pero tu vuelo sale mañana.

—Ya llamé a Nash y le dije que me lo iba a perder.

Las lágrimas brotaron de mis ojos. —Troy. No puedes hacer eso.

—Bueno, ya lo hice.

—Perderás el trabajo.

—Podría ser. Pero ya lo resolveré después. No quiero que te preocupes por eso. Se inclinó, lanzando una mirada a mis padres antes de darme un beso en los labios. —Quiero estar aquí ahora mismo, así que aquí estoy.

No pude discutir con eso. Me preocupaba que se estuviera perdiendo una oportunidad enorme, pero no podía hacerlo cambiar de opinión.

Una vez que recibí el visto bueno para irme, regresamos a casa de mis padres. La casa se veía y se sentía extraña después de lo que pasó allí con Jericho. Mi madre nos llevó a Grace y a mí al salón principal para que nos relajáramos, mientras ella, mi padre y Troy se ocupaban de limpiar la casa. Basándose en el tiempo que estuve inconsciente, el doctor me dijo que me lo tomara con calma, y eso significaba que tendría unos días libres en el trabajo. Tenía la cabeza un poco aturdida, pero por lo demás estaba bien. Si es que un nivel base de angustia y ansiedad se considera estar bien.

Pero Troy hacía que todo se desvaneciera. Solo una mirada a su hermosa sonrisa y a sus hombros anchos hacía que todo mejorara. Me atendió en todo lo que necesité, e incluso sorprendió a Grace con unas cuantas rondas de Twisty Monkey para animarla. Mi pequeña estaba decaída y asustadiza después de lo ocurrido. Me partía el corazón verla luchando por darle sentido a todo aquello.

Cuando llegó la hora de cenar, mi mamá se empeñó en asegurarse de que Troy se quedara a comer. Estaba segura, a estas alturas, de que él se habría quedado esperando fuera de la puerta principal como un perrito si no lo hubieran invitado. Pero mis padres eran fanáticos acérrimos de Troy después de lo de esta mañana, así que

no había ni la más mínima posibilidad de que mi madre no insistiera en alimentar a este hombre por el resto de los días.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —Su barítono ronco hizo que mis muslos se tensaran, incluso estando en convalecencia.

—Oh, es demasiado dulce. Solo llévese esta canasta de pan por mí. Mi mamá le entregó una canasta de alambre llena de panecillos calientes. Ayudó a llevar las cosas de la cocina a la mesa del comedor; a mi mamá le encantaba el hecho de que un hombre se ofreciera a hacer cualquier cosa en la cocina, ya que incluso mi propio padre solía desaparecer cuando llegaba el momento de poner la mesa. Una vez que todo estuvo listo, mi mamá me llamó.

—¡La cena está lista! ¡Ay, cielos! ¿Necesitas ayuda, cariño?

—Yo me encargo. Lentamente me impulsé para sentarme en el sillón reclinable donde había estado descansando toda la tarde. Troy estuvo a mi lado en un instante.

—Te tengo. Me ofreció su brazo, que tomé con gratitud.

—Si sigues así, es probable que mi mamá te adopte —le advertí—. Me salvaste la vida. La ayudaste en la cocina. Ahora eres mi andador personal.

—Lo que haga falta para ganarme la simpatía de los Lambert —dijo él.

—Oh, ya te los ganaste. Créeme. Si tuvieran que echar a uno de nosotros de la cena, estoy bastante segura de que me elegirían a mí.

Troy soltó una carcajada profunda mientras nos dirigíamos lentamente hacia el comedor. Me sentía bien cuando estaba sentada, pero estar erguida y en movimiento me daba mareos. Una vez que estuvimos todos instalados alrededor de la mesa del comedor y comiendo macarrones con queso y lomo de cerdo, mi mamá finalmente hizo la pregunta.

—Bueno, cuéntenme ustedes dos. Agitó un cuchillo entre nosotros, entrecerrando los ojos como si hubiera adivinado el secreto—. ¿Ya lo hicieron oficial?

Troy y yo compartimos una mirada cálida. Aún quedaban muchas cosas de las que teníamos que hablar. Pero ¿cómo podría siquiera esperar dejar de pensar en este hombre?

—Eso depende de su hija —dijo Troy con una gran sonrisa hacia mis padres.

—En realidad no hemos hablado de eso —dije lentamente, reprimiendo una sonrisa mientras cortaba mi lomo de cerdo.

—¡Lo siento! ¡Me cierro la boca! —Mi mamá imitó el gesto de cerrarse la boca con una cremallera y tirar la llave—. Pero tengo una pregunta más. Troy, ¿necesita un lugar donde quedarse? Tenemos una habitación extra para usted si la necesita.

Él me miró primero pidiendo permiso. Cuando asentí —totalmente incapaz de contener mi sonrisa de oreja a oreja por más tiempo—, dijo:

—Acepto la oferta. Se supone que debía regresar a Nueva York pronto, pero ya no estoy seguro de cuáles son mis planes. Además, les debo a usted y al señor Lambert un poco de yeso nuevo después de lo que pasó arriba esta mañana.

—No nos debe nada —insistió mi padre—. Nosotros le debemos a *usted*.

La cena fue alegre y deliciosa y, por un momento, las cosas se sintieron normales. Como si no hubiéramos pasado por un allanamiento de morada y una agresión hacía apenas medio día. Sin embargo, estaba lista para irme a la cama antes de lo habitual, ya que mi dolor de cabeza me impulsaba a subir las escaleras. Mi mamá preparó el cuarto de huéspedes para Troy mientras Grace y yo nos duchábamos y nos poníamos el pijama. No había forma de que Grace fuera a ninguna parte que no fuera a mi lado esta noche, y me preocupaba que todo el calvario la hubiera traumatizado. Troy entró a darnos las buenas noches, colmándome de todos los besos acumulados de todo el día.

—Gracias por ser increíble —susurré entre los besos.

—La mami tiene una pupa en la cara —afirmó Grace. Troy y yo hicimos una pausa, mirándonos antes de reír.

—Definitivamente tiene una pupa —le dije.

Troy me apretó la mano, besando el dorso. —Tengo una llamada con los Nightingale mañana a primera hora.

La mención de su viaje tuvo un efecto aleccionador. —Dime qué pasa.

—Serás la primera en saberlo —me prometió—. ¿Necesitan algo antes de que se duerman?

Inhalé profundamente, acurrucándome de nuevo en mi cama. A pesar de todo lo que había pasado hoy... estaba en paz.

Lo único que necesitaba descifrar era qué pasaría cuando Troy finalmente se fuera?

Quería creer que podríamos mantener esta conexión sin importar qué tan lejos viajara o cuánto tiempo estuviera ausente. Pero la verdad era que... no tenía idea.

Y en este momento, mi cerebro estaba demasiado aturdido para pensar en ello.

Lo último que vi antes de quedarme dormida fue el hermoso rostro de Troy.

CAPÍTULO DIECISÉIS

TROY

NASH NIGHTINGALE LLAMÓ A las nueve en punto de la mañana.

No estaba contento de que yo no fuera a subirme al jet privado con él.

—Louisville, ¿eh? —Soltó un suspiro.

—Necesito estar aquí al menos un día más —le había explicado el *porqué*. Ayudó el hecho de que presenté a Maddie como una clienta que necesitaba protección adicional. Pero espero que aún me consideres a pesar de que hoy no pude cumplir.

Nash guardó silencio por unos momentos. Luego dijo: —En ese caso, ¿qué tal si pasamos por ti?

—¿Perdón?

—Podemos desviarnos por Louisville y recogerte en nuestro camino hacia el sur.

—Eso significaría posponer el viaje —dije lentamente.

—Tengo algo de flexibilidad —dijo Nash con naturalidad—. ¿Tú la tienes?

—Claro que sí.

—Genial. Planeémoslo así, entonces. Nos vemos en dos días.

Colgué el teléfono, sintiéndome aliviado y enfermo a la vez. Esto significaba que realmente estaba dejando atrás a Maddie y Grace. Sabía que Maddie lo entendería. Pero el pavor me recorría las

entrañas al imaginar este siguiente capítulo. Porque en el fondo, no creía que pudiera funcionar.

¿Cómo podría? Maddie y Grace en Louisville, y yo, en cualquier otro lugar. Quizás podría funcionar si viajaran conmigo, pero eso era imposible. Quizás podría funcionar si consiguiera un trabajo de oficina en Louisville, pero eso también era imposible.

Lo único seguro era que no tenía idea de cómo sería el futuro. Y eso fue lo que le dije a Maddie cuando compartí el nuevo plan de Nash después de mi llamada.

—Quiero estar contigo, Maddie —le dije—. Las quiero a ti y a Grace en mi vida. Pero no sé cómo se va a ver esto. Nunca he hecho esta mierda antes y, honestamente, estoy fuera de mi elemento.

Ella asintió, frotando sus pulgares sobre mis nudillos. Estaba sentada con las piernas cruzadas en la cama frente a mí, usando solo una camiseta gigante como pijama. Nunca la había visto tan deliciosa, pero ahora no era momento para banquetes.

—Yo también quiero estar contigo —dijo suavemente.

—Viajaré mucho. Pero quiero saber que mi sexy maestra de escuela me está esperando aquí para cuando yo regrese —eso me valió una sonrisa—. Así que intentémoslo. Sea como sea que resulte —llevé el dorso de su mano a mis labios, perdiéndome en sus ojos color avellana—. Puede ser algo nuevo. Algo solo para nosotros.

—Solo para nosotros —repitió ella, y luego se inclinó hacia adelante para capturar mis labios en un beso.



Quito. Cusco. Medellín. Ciudad de Panamá.

Acompañé al equipo de Nash Nightingale por toda Sudamérica durante semanas enteras. Y cada mañana y cada noche, empezaba y terminaba mi día con Maddie y Grace.

Sin falta.

Algunas noches, hacíamos una videollamada mientras Grace coloreaba y Maddie limpiaba la cocina o trabajaba en el papeleo de la escuela. Otras noches, Maddie y yo estábamos acostados juntos en la cama, charlando sobre el futuro. Y a veces, cuando Grace dormía y sabía que mis compañeros de viaje no me oirían, Maddie y yo teníamos *diversión de adultos.*

Nos quedábamos dormidos juntos en la videollamada. Veíamos películas mientras estábamos en videollamada.

Era una maldita locura. Como vivir un sueño que se sentía demasiado bueno para ser verdad. Aquí estaba yo, viajando por el mundo *y* saliendo con una mujer. Podía estar en movimiento *y* dejar que alguien más entrara en mi corazón. No me había dado cuenta de que ambas cosas podían coexistir.

Por ahora, era suficiente.

Nash Nightingale era un buen jefe. Era un poco rudo, a veces se emborrachaba demasiado y le daban ganas de cantar canciones molestas, y podía darle mil vueltas a cualquiera que se atreviera a decir una palabra sobre bienes raíces. Cuando bebía cerveza, hablaba español, y cuando bebía whisky, hablaba francés. Para ser un niño pobre de un viejo pueblo siderúrgico en Ohio, había llegado muy lejos. Con eso era con lo que más me identificaba. No tuvo una figura paterna estable mientras crecía—ni siquiera supo quién era su padre en un principio—y pasó su vida tratando de salir de la pobreza. Al igual que el resto de nosotros en la órbita de los Fairchild.

Él y yo congeniamos rápido. Al final de la primera semana, era evidente que hacíamos buen equipo. Al final de la segunda semana, ya nos habíamos emborrachado juntos. Para la tercera semana, Maddie había atraído a Nash a una videollamada una noche y lo había involucrado en el plan de seguimiento para que yo me cuidara la rodilla. Y al final de la cuarta semana, finalmente estábamos considerando regresar a los EE. UU. Nash y su hermano gemelo Archer eran para mí algo entre jefes y hermanos. Así que cuando empezaron a trazar los planes para el próximo año, supe que Nueva York era mi nueva base.

Tenía que ser así. Allí era donde me necesitaban, y era lo que tenía sentido.

Lo que significaba que mi estadía en el departamento de Seven, cuidando al gato raro de Jordan, Ranger, volvía a estar en los planes.

El problema era que eso no dejaba mucho tiempo para las visitas a Louisville. Esa era la parte que estaba tratando de resolver. Podíamos tener una relación a larga distancia por un tiempo. Pero la quería en mis brazos todas las noches. Ese era el objetivo.

Después del "viaje de prueba" de Nash por Sudamérica, logré conseguir una escala en Louisville. Tenía cuatro días antes de que me necesitaran de vuelta en Nueva York, cuando subiría al norte desde Louisville en mi Jeep. Cuatro días mágicos con Maddie y Grace... eso *esperaba*.

Cuando me detuve frente a la casa de sus padres a principios de marzo, sentí que estaba en un sueño. Mis músculos estaban tensos por la anticipación de volver a verlas. De ver si esas videollamadas diarias del último mes realmente contaban como una relación.

Tal vez me estaba engañando a mí mismo.

Tal vez todo esto se desmoronaría en cualquier segundo.

Grace fue la primera en salir disparada por la puerta. Llevaba puesto un abrigo de invierno y botas, claramente vestida y esperando mi llegada. Alcé a la linda minirrubia y le di vueltas mientras ella gritaba de emoción. —¡Toy!

Bueno, si eso no valía la maldita ausencia de cuatro semanas, no sabía qué lo haría.

Pero luego vino Maddie.

Salió de la casa después, corriendo hacia mí con la sonrisa más grande y hermosa en su rostro. Mi corazón casi dejó de latir mientras la contemplaba. Mechones de cabello castaño escapaban de su moño alto mientras gritaba y se lanzaba a mis brazos. Recibí su abrazo de salto con facilidad, con el corazón acelerado a mil por hora.

—¡Dios, te extrañamos! —me rodeó el cuello con los brazos, riendo con locura mientras yo la cargaba.

—Yo las extrañé más. —No pude esperar más. La besé, mi lengua encontró la suya al instante, sin importarme los espectadores. Sus

muslos apretaron mi torso mientras mis manos se deslizaban para cubrir su trasero. Un gemido empezó a brotar de mí, hasta que la vocecita de Grace nos interrumpió.

—Mami tiene un bum-bum de nuevo —dijo Grace.

Nos echamos a reír. Apreté las mejillas de sus nalgas, alejándome lo suficiente para besar la punta de su nariz.

—Hola. Estoy a diez segundos de profanarte en la entrada de la casa de tus padres.

Ella soltó una risita, apoyando su frente contra la mía. —¿Eso es una promesa?

—O una amenaza. No estoy seguro de cuál. Joder, cómo te extrañé.

—Deberíamos entrar. Mis padres están obsesionados contigo y necesitan decirte cuánto te aman. —Maddie se movió contra mí y relajé mi agarre, dejando que se deslizara hasta el suelo—. ¿Cuánto tiempo libre te dieron?

Me mordí el labio inferior mientras la observaba. Más jugosa que nunca. Busqué su mano y la llevé a mis labios. —Cuatro días.

Capté el más leve rastro de decepción cruzando su rostro, pero se animó rápidamente. —Aprovecharemos el tiempo al máximo. Vamos adentro.

—Oye. ¿Adivina qué?

Una sonrisa cómplice se curvó en sus labios. —Fuiste al médico.

—Lo hice. En Quito. Radiología y todo.

—¿Y bien? —Me miró expectante.

—Mi menisco estaba destrozado. Tenías razón.

Ella jadeó y me dio un golpecito en el pecho mientras Grace saltaba emocionada a nuestro alrededor. —¿Ves? No dudes de mí.

—Nunca fue duda, nena. Solo distracción. ¿Crees que iba a desperdiciar segundos preciosos contigo para ir a pasarlos con un tipo feo con bata blanca?

Grace saltó frente a mí, moviendo los dedos para que la cargara. La alcé en mis brazos y vi a Maddie radiante mirándome.

—Me alegra que te tragaras tu orgullo y finalmente fueras —me apretó el bíceps—. Y ahora puedes curarlo, pero esto significa que

ya no vas a cargarme. Más vale que escuches a tu maestra de escuela de ahora en adelante.

Joder. Me encantaba cuando hablaba así. —Sí, señorita Maddie. —No pude resistirme; me incliné para darle un beso. Antes de separarme, le susurré para que solo ella pudiera oírme—: Pero si no me dejas cargarte, esto solo significa que tendrás que sentarte en mi cara en su lugar.

Sus mejillas se sonrojaron y se mordió el labio inferior.

Grace se retorció en mis brazos, riendo. —Mami y Toy beso.

Seguí a Maddie adentro, mi mirada recorriendo sus curvas. Ahora que estaba a apenas unos pasos de ella, me costaba mucho esfuerzo no abalanzarme encima. Sus padres estaban justo detrás de la puerta, lo que significaba que probablemente me habían visto besar a su hija con lengua y todo. *Ups.*

—¡Troy! ¡Qué bueno verte de nuevo! —La Sra. Lambert me abrazó con fuerza. Cuando me soltó, el Sr. Lambert tenía su mano extendida esperándome.

—¿Cómo estuvo Sudamérica, hijo? —la sinceridad en su pregunta, junto con el brillo de admiración en sus ojos, le hizo algo al niño pequeño que llevaba dentro, ese que siempre había fantaseado con tener un papá estable. No le guardaba rencor a mi padre por su enfermedad mental —hacía mucho que lo había aceptado tal como era—, pero hubo algo que se encendió en ese momento. Grace bailaba en mis brazos, agitando sus puñitos por "¡Toy!".

Yo nunca tuve un papá estable como el de Maddie. Y ahora Grace tampoco lo tenía. Pero tal vez yo podía ser algo parecido a ese modelo a seguir para esta dulce minirrubia en mis brazos.

Aunque yo no tuve un ejemplo, ella ya me miraba con esos ojos llenos de cariño. Jericho no había respetado eso, ni lo había valorado, pero yo lo haría.

—Sudamérica fue increíble. Pero ha sido un mes largo —le dije a la familia mientras Maddie se quitaba el abrigo y las botas y luego ayudaba a Grace a quitarse las capas de ropa—. Me alegra estar de vuelta.

—Esperamos que te quedes aquí mientras estés en la ciudad —la mamá de Maddie me palmeó el brazo—. Nuestra casa es tuya.

Siempre.

—No hay ningún lugar en el que prefiera estar. —Llevé la mano de Maddie a mis labios para darle un beso. Porque realmente lo sentía así.

Solo teníamos que encontrar la manera de pasar más tiempo juntos que cuatro días al mes.

Y yo tenía una idea.

CAPÍTULO DIECISIETE

MADDIE

TROY ME LLEVÓ a un restaurante en el centro de Louisville para celebrar nuestro —mesiversario—, como él lo llamó, a pesar de que la fecha exacta había pasado mientras él estaba en el sur.

El hombre había regresado más bronceado y tonificado que cuando se fue, y para esta chica blanca de mediados de invierno, parecía una deidad. Prácticamente tenía un halo de sensualidad a su alrededor, y tuve que obligarme a dejar de babear cada vez que lo miraba por demasiado tiempo.

Esto no parecía la vida real. Era demasiado atractivo. Demasiado bueno. Tenía que haber un defecto, y yo ya sabía cuál era: *demasiado transitorio.*

Era el miedo que rondaba los bordes de mis pensamientos. Ya estaba pensando en el futuro, viviendo en él, tratando de imaginar cómo se sentiría después de un año de llevar una relación a larga distancia. ¿Seríamos capaces de mantenerlo tanto tiempo? Claro, habíamos logrado un buen ritmo mientras él estaba en Sudamérica. Pero ahora esa rutina estaba cambiando, y mi existencia entera dependía de las rutinas. Me bebí de un trago el martini que el mesero había dejado, ansiosa por ahogar mis ansiedades.

Troy alzó una ceja. —¿Sedienta?

—Deshidratada. Le dediqué una sonrisa tímida, y él tuvo el descaro de mirarme absolutamente enamorado. Podría haber venido

sin maquillaje y en pijama a esta cita y probablemente todavía me miraría así. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Después de tanto tiempo lejos de él, luchando contra estos sentimientos intensos, no estaba segura de cómo iniciar esta conversación. En parte porque no sabía qué quería decir más allá de un *te amo.*

Y eso parecía fuera de lugar.

—¿Todo bien? —preguntó Troy con naturalidad mientras examinaba el menú. Este era el tipo de lugar que solo tiene un puñado de platos fuertes, impresos en pergamino y sujetos a un trozo de madera reciclada. Todo aquí tenía luz tenue y se cocinaba a la leña. Era absolutamente encantador. Quería treparme al regazo de Troy y no irme nunca.

—Sí. Solo estoy... —Un millón de respuestas potenciales me vinieron a la mente, pero ninguna llegó a mi lengua. —Estoy tratando de entender qué es lo que tiene sentido.

—¿Estás pensando en el wagyu? —Dejó el menú sobre la mesa.

—No, me refiero a... —me reí por el malentendido— en mi *vida*.

—Ah. Bueno, siempre hay un lugar para el wagyu, de cualquier forma —bromeó—. Pero cuéntame. ¿Qué pasa?

Inspiré profundamente. —¿Cuándo volveré a verte?

Su rostro decayó. —No lo sé.

Asentí, bajando la vista hacia el menú sin ver realmente el texto. —Eso me imaginaba.

—No pasará mucho tiempo —se apresuró a añadir—. He estado pensando en pasar los fines de semana aquí. O cualesquiera que terminen siendo los días libres en mi agenda. Tal vez dos días por semana aquí, si logro cuadrar bien los vuelos...

Me mordisqueé el labio mientras hablaba, tratando de imaginar el futuro que planteaba. Sería demasiado viaje para él. Pero quizás...

—Y luego quiero que tú y Grace vengan al norte y estén conmigo en la ciudad tan pronto como puedan visitarme —jugueteó con su cuchillo mientras hablaba—. El asunto de la custodia se resolverá pronto. Tú tienes vacaciones de verano. Eso podría ser en Nueva York—.

Asentí. Me habían concedido el divorcio por mutuo acuerdo ya que la vida de Jericho era un desastre ahora. No había posibilidad de que

obtuviera la custodia compartida, incluso si se enderezaba pronto, gracias a lo que capturamos en esas grabaciones de la agresión. Por primera vez en mi vida, me sentía libre. Finalmente. —¿Pero qué pasará después de eso?

Una sonrisa desgarradora agració sus labios. —¿Estás pensando así de a futuro sobre nosotros?

Sentí que mis mejillas se enrojecían. El mesero se acercó para tomar nuestra orden, pero sin dudarlo un momento, Troy negó con la cabeza, levantando un dedo. —Denos cinco minutos. El camarero desapareció sin decir palabra y yo me incliné hacia adelante.

—Troy. Estaba lista para pedir.

Él también se inclinó. —Necesito escuchar lo que tienes que decir. Ordenar puede esperar. Pero lo llamaré de vuelta si quieres.

Me reí, dándole un golpecito en el brazo. —¿Por qué es tan sexy verte priorizar?

—Sé qué es lo que excita a las maestras.

Me cubrí la boca para ocultar la risa. Troy se veía sumamente complacido consigo mismo.

—Está bien. Así que sí, estoy pensando así de a futuro sobre nosotros. Solo... necesito saber cómo va a funcionar esto —mis verdaderos temores empezaron a salir a borbotones—. Me encantaron las videollamadas. Hicimos que funcionara. Fue perfecto. Pero yo... necesito algo más concreto que eso. Tu horario tiene el potencial de cambiar cada mes. Supongo que todo esto ha surgido porque...

Troy entrecerró los ojos. —¿Por qué?

—He estado viendo condominios en Louisville —me mordí el labio inferior, encontrando su mirada con vacilación—. Creo que es hora de dejar la casa de mis padres. Estoy lista para mi propio espacio, tengo listo el pago inicial. Hemos estado allí por mucho tiempo. Pero... no lo sé...—

—¿Qué me estás preguntando, Maddie?—. Su voz salió con un rasposo tono sexy.

—No lo sé —siseé—, ¿no es obvio?. Me cubrí la cara con las manos.

Troy buscó mi mano y yo se la entregué. Rozó su pulgar de un lado a otro sobre mis nudillos. —He sido un nómada toda mi vida. Sabía que habría una transición involucrada al ponerme serio contigo...

Tragué saliva con dificultad, asintiendo.

—Pero hay una cosa de la que estoy seguro, y es que no puedo seguir adelante sin ustedes dos en mi vida —sus ojos marrones eran tan profundos que casi no podía respirar—. Necesito a mis chicas. Eso no es negociable. Sé que encontraremos la manera.

Las lágrimas asomaron a mis ojos. Y nuestro mesero regresaba de nuevo. Cuando apareció con una sonrisa esperanzadora, Troy lo despachó.

—Necesitan letreros de "No molestar" para las mesas —murmuró Troy. Mis hombros se sacudieron de risa. Sorbí con fuerza, secándome los ojos.

—Sé que piensas que encontraremos la manera —dije lentamente —. Pero *¿cuál* es esa manera?—

La mirada intensa de Troy casi me paraliza. Él no tenía la respuesta más que yo. Yo solo tenía un deseo a medio formar que me daba demasiado miedo seguir.

—Hay algo que no estás diciendo —dijo él.

—Quiero ir a Nueva York contigo —solté de repente. Mis mejillas se calentaron de inmediato. Era consciente de cómo sonaba—. De visita. Me refiero a que... las vacaciones de primavera empiezan la próxima semana...—

Sus cejas se dispararon hacia arriba. —Hecho. Vamos, nena—.

Me reí contra mi palma. —No quería imponer mi presencia en tus planes...—

—No estás imponiendo nada. Yo también quiero esto. Y cuando vengas de visita, podremos ver cómo te sientes acerca de quedarte más tiempo que solo las vacaciones —me guiñó un ojo antes de depositar un beso en mis nudillos, luego finalmente se echó hacia atrás y llamó al mesero—. Ahora es el momento de ordenar—.

Dos días después, me encontraba en medio de Tribeca.

En el departamento de Seven. Es decir, el hogar actual de Troy.

Mirando a mi alrededor el ladrillo visto, el tubo de stripper y los sofás de cuero, sintiéndome como si estuviera de vuelta en aquella fiesta de Navidad de hace tres meses.

La vida ciertamente había cambiado desde entonces, y solo para mejor. Hace tres meses, le tenía pavor a Jericho. Me preguntaba si alguna vez encontraría mi camino. Ahora, estaba disfrutando de la vida de una manera que nunca creí posible. Incluso en medio de la rutina y las responsabilidades, sentía una libertad que nunca antes había tenido.

Tal vez siempre estuvo ahí, aunque hubiera estado restringida por mi relación con Jericho. Pero Troy ciertamente me ayudó a conectarme con ella.

Troy me rodeó con un brazo, presionando sus labios en mi sien. Grace estaba en sus brazos, jugueteando con su barba.

—¿Cómo se siente estar de vuelta?—

Acabábamos de llegar a la ciudad después de dividir el largo viaje en auto en dos días con una parada en Pensilvania. Yo estaba desbordante de emoción. Todo en la ciudad de Nueva York se sentía vivo y fresco. Sin mencionar que mi mejor amiga y ex cuñada, Mercedes, estaba aquí. Nuestro plan era simplemente instalarnos esta primera noche. Ni siquiera le había enviado un mensaje a Mercedes todavía.

—Tan increíble —solté una risa incrédula y me acerqué a las grandes ventanas que daban a la calle. Me quedé mirando los autos y la actividad abajo. Mi corazón palpitaba en mi pecho mientras imaginaba todas las cosas que me gustaría hacer durante el viaje—. Ni siquiera sé por dónde empezar con mi lista de pendientes. ¿Solo tenemos una semana aquí?—

—A menos que decidas que sea más tiempo —Troy me guiñó un ojo. Ranger maulló, molesto, desde el otro extremo del departamento. Ya le habíamos dado de comer, pero todavía parecía mirarnos a Grace y a mí con sospecha—. Ranger, ¿cuál es tu problema?—

—Creo que no le gusta que estemos aquí —bromeé. Hice el ya probado *ps-ps-ps* y extendí mis dedos, pero Ranger no se movió. De hecho, parecía fulminarme con la mirada mientras se acercaba sigilosamente a Troy. Ni siquiera sabía que los gatos podían fulminar con la mirada—. Creo que está celoso—.

—Ranger, basta. Sabes que eres mi gato callejero número uno —Troy caminó hacia el tubo de stripper y Ranger lo siguió—. Vas a tener que acostumbrarte a que Maddie esté aquí, viejo. Se quedará después de las vacaciones, ¿verdad?—

—Si pudiera viajar para trabajar. Aunque el trayecto me mataría —murmuré mientras pasaba el dedo por el marco de madera de la ventana—. Sin mencionar que es una imposibilidad física—.

—Por eso te olvidas del trayecto y simplemente te quedas —Troy y Grace se habían trasladado al tubo, donde habían inventado un juego en el que ella trataba de agarrar el tubo y él la alejaba justo antes de que lo lograra. Ella gritaba de risa después de varios intentos fallidos de agarrarse.

—¿Cómo se llama este juego? —pregunté por encima de las risas.

—Stripper Traviesa —bromeó Troy.

—¡Tipper Traviesa! —repitió Grace.

Él y yo compartimos una mirada de asombro y luego ambos estallamos en carcajadas. —Me aseguraré de contarle a Jordan sobre el nuevo juego nombrado en su honor —me hundí en el sofá, soltando un suspiro de felicidad. Teníamos poco menos de una semana por delante. Tenía ganas de explorar la ciudad con Grace y pasar tiempo con Mercedes y su familia mientras Troy trabajaba. Y luego... de vuelta a la vida real.

Esa era la parte que no me entusiasmaba.

Quería que la vida real fuera lo que me hiciera ilusión. Todo mi matrimonio con Jericho se había sentido como una larga espiral de

pavor. Siempre temía su regreso a casa. Temía nuestras vacaciones. Temía hacerlo enojar.

Ese no sería el caso con Troy. Pero necesitábamos un día a día que nos entusiasmara. No solo los márgenes de nuestras existencias separadas.

Un golpe en la puerta principal interrumpió mis pensamientos. Me giré para mirar hacia la puerta, luego hacia Troy, que tenía a Grace en el aire de camino al tubo.

—¿Esperas a alguien? —pregunté antes de ponerme de pie de un salto.

—No, pero conociendo al grupo de los Fairchild, podría ser cualquiera de ellos detrás de esa puerta. O todos ellos.

Me reí, revisando mi teléfono mientras caminaba. Nada de Mercedes. Al acercarme a la puerta, escuché el susurro de voces. Tal vez eran Mercedes y Trace. Pero esos tonos graves y vibrantes no sonaban como ella... Miré por la mirilla y vi las espaldas de unos hombres de hombros anchos. Fruncí el ceño, mirando a Troy, quien notó mi preocupación.

—Ya voy —cargó a Grace en sus brazos en posición de avión. Ella gritaba de risa, extendiendo los brazos mientras "volaba" con él. Él también miró primero por la mirilla y luego abrió la puerta—. Pero qué demonios...—

La diversión en su voz me tranquilizó. La puerta se abrió de par en par, revelando algunas caras familiares. Trace, con Willow en sus brazos, y Seven estaban frente a nosotros; Mercedes asomó la cabeza por detrás de Trace después. Junto a Seven había una cara desconocida, pero sus ojos azul gélido me recordaron a alguien que había visto una o dos veces en videollamadas.

—¡Dios mío! —chillé.

—¡Estás *aquíiii*! —Mercedes se lanzó hacia adelante y me envolvió en un abrazo, riendo con locura. Su panza de embarazo estaba mucho más grande que la última vez que la vi, y podía sentirla presionando contra mi vientre. Intercambiamos saludos estruendosos entre todos, y Grace inmediatamente chilló de emoción al ver que su mejor amiga Willow estaba allí. Después de intercambiar abrazos y estrechar formalmente la mano de Nash

Nightingale, los ocho nos adentramos en el departamento. El calor inundó la habitación, llenándome de satisfacción de pies a cabeza.

—¡Esto es una sorpresa increíble! Vi cómo Seven descargaba unas bolsas grandes en la isla de la cocina.

—Tienen que agradecerle a Trojan por eso —dijo Seven con una sonrisa tímida. Miró a su mejor amigo—. Me envió a una búsqueda desenfrenada para conseguir esta tabla de quesos específica—.

Las lágrimas pincharon mis ojos mientras miraba a Troy. Me observaba con tanto amor que era difícil apartar la vista, o incluso recordar que había otras personas en la habitación.

—Tengo que conseguir queso raro para mi chica —dijo Troy simplemente—. Y no hay queso más raro que en Nueva York—.

—Sí, es el tipo de cosas que quizás quieras tener más regularmente —dijo Mercedes alegremente, metiéndose un cubo de queso a la boca mientras Seven envolvía la tabla. Ella tuvo el primer turno, por ser la que actualmente estaba gestando a un humano. Pero yo era la siguiente. Tomé un cubo y me lo metí en la boca. Algo ahumado y mantecoso se derritió en mi boca y solté un gemido de felicidad.

No puede ser. Así era como se sentía tener una comunidad. Una red real y sólida. Jericho me había privado de eso durante mucho tiempo. Apenas tenía amigos en Kentucky debido a sus esfuerzos por distanciarme de mis amigos de la preparatoria y la universidad.

—Cielos, esto está buenísimo. Nash, por favor, sirve de algo—.

—No quiero interrumpir su divertida noche familiar, chicos —dijo Nash, con su barítono ronco, el tipo de voz que las mujeres pagarían por escuchar—. Solo estoy aquí para entregar las llaves —mostró un juego de llaves, sonriéndole a Troy, quien le devolvió la mirada.

Entrecerré los ojos. Troy me estaba ocultando algo.

—¿Para qué son las llaves? —pregunté.

Nash me miró con culpabilidad. —Creo que eso le corresponde explicarlo a él. Pero solo ten por seguro que este tipo te ama muchísimo. Y estoy feliz de apoyar a mi guardaespaldas y hombre de familia—.

—Ves, por eso quería estar aquí —dijo Seven, alcanzando un cubo de queso.

Mercedes apretó los labios, pareciendo que trataba de evitar estallar.

Nash apretó el hombro de Troy y nos saludó a los demás con la mano, dirigiéndose a la puerta. —Disfruten su noche, amigos — todos nos despedimos y cuando la puerta se cerró, miré a todos a mi alrededor.

—Chicos... —comencé.

Troy dejó las llaves en la isla de la cocina y luego tomó mis manos entre las suyas. —Maddie, no es ningún secreto que estoy loco por ti. Las quiero a Grace y a ti en mi vida para siempre. Soy tuyo, y ustedes dos son mías. No hay ninguna duda al respecto. Así que cuando Nash y yo negociamos nuestro contrato, me aseguré de incluir algunas cláusulas para... el futuro—.

La emoción se hinchó en mi pecho. Casi no podía creer lo que oía. —¿Ah, sí?—

—Ahora tengo un auto de la empresa que está mejor equipado para una familia. Mi Jeep se irá a una bodega. Y estas llaves son para el condominio que estoy rentando—.

Mercedes soltó un pequeño chillido, pero yo no podía apartar mis ojos de Troy.

—Lo siento —susurró ella—. Las hormonas hacen imposible contener mi emoción—.

—¿Qué condominio estás rentando?—

—Depende de ti... pero pensé que te sentirías más cómoda viviendo un poco más cerca de la familia —la sonrisa matadora de Troy apareció mientras frotaba su pulgar de un lado a otro sobre mis nudillos. Luego miró a Mercedes—. ¿Quieres decírselo?—

—¡Maddie, rentó el condominio justo debajo de donde vivimos nosotros! —sus palabras salieron atropelladas y fuertes, y me di cuenta de que era un gran alivio para ella finalmente soltarlo. Me cubrí la boca con una mano, y las lágrimas ya nublaban mi visión—. Está encima de una *librería* —añadió.

—Dios mío —fue todo lo que pude articular.

—Sé que apenas estamos empezando —continuó él—. Pero voy en serio con todo. Y en el momento en que decidas venir a vivir aquí a tiempo completo, solo ten por seguro que estoy listo—.

Me zumbaban los oídos por el choque de la emoción y la incredulidad. ¿Era esto la vida real?

—Esto es increíble —dije, y entonces las lágrimas finalmente rompieron el dique y corrieron por mis mejillas. Troy me levantó en sus brazos y lloré contra su pecho. La ternura de sus decisiones —incluyéndome en sus planes, dejando espacio para que me uniera, o no, bajo mis propios términos— era de alguna manera lo más sexy que alguien había hecho jamás por mí.

Cuando levanté la vista, encontré lágrimas en sus ojos también. Me puse de puntitas, presionando mis labios contra los suyos en un beso largo y dulce.

—Te amo, Troy —enlacé mis brazos alrededor de su cuello y me perdí en sus cálidos ojos marrones. Nunca quería estar en ningún otro lugar que no fuera aquí. En sus brazos.

—Y yo te amo más, Maddie. Te amo más de lo que creía posible—.

Me besó de nuevo, y el resto de nuestros amigos y familia vitorearon y gritaron.

Estaba lista para casarme con este hombre. Tener sus hijos. Tomar su apellido.

Pero primero, comenzaría por la tabla de quesos raros y unas vacaciones de primavera en Nueva York.

Teníamos el resto de nuestras vidas por delante.

EPÍLOGO

TROY

SEIS MESES DESPUÉS

—¡Pequeña! ¡Mira este tobogán! —me puse las manos en bocina alrededor de la boca para llamar la atención de Grace desde el otro lado del parque. Habíamos hecho un pequeño desvío en nuestra caminata por Tribeca esa mañana. Era mi día libre, y aprovechábamos al máximo nuestros días libres juntos. No solo porque era un hermoso día de verano de agosto en la ciudad de Nueva York, sino porque la vida estaba a punto de volverse una locura.

Las clases empezaban la semana que viene, y Maddie era la nueva maestra de primer grado en una escuela privada a solo dos cuadras de nuestro condominio. Su certificación docente había sido aprobada condicionalmente por el estado de Nueva York hacía tres semanas, y el camión de mudanza con lo último de sus cosas había llegado solo unos días después, conducido por sus padres, que habían estado de visita las últimas dos semanas.

Capté la mirada de Maddie desde el otro lado del parque. Estaba sentada en un banco con su mamá y su papá, sumida en una conversación con ellos. Lo último que había escuchado era que estaban considerando conseguir un lugar aquí arriba también, algo que pudieran subarrendar según fuera necesario pero que también sirviera de base para cuando vinieran de visita. Sus padres también

se estaban enamorando de la ciudad, lo cual era simplemente perfecto.

Porque mi pequeña también necesitaba a sus abuelos.

Todo se estaba alineando de forma tan perfecta que apenas podía creerlo. Nunca di un paso más natural que el de traer a Maddie y a Grace a mi vida. Su transición a vivir a tiempo completo en Nueva York ocurrió tan pronto como terminó el año escolar en Kentucky, que fue también cuando renunció a su trabajo. Y desde que los tres compartíamos felizmente el condominio de Tribeca, no podía recordar un momento en el que no hubiéramos estado viviendo juntos.

Simplemente se sentía bien. Se sentía de maravilla. Aunque una parte de mí todavía estaba horrorizada por haber echado raíces de esta manera... solo quería más.

Mi pasado no tenía por qué dictar mi futuro. Y aquí estaba, pasando un tiempo jodidamente fantástico como hombre de familia. El pensamiento me hizo sonreír mientras subía a Grace al borde del tobogán.

—¡Toy! ¡Vamos rápido!

La empujé por el tobogán y ella lanzó las manos al aire, chillando de alegría. Demonios, me estaba divirtiendo tanto como hombre de familia que pensaba en tener otra pequeña monita con Maddie algún día. Pero eso vendría una vez que ella se estableciera en la ciudad y en su nuevo trabajo. Ahora que llevaba seis meses en mi puesto con Nash Nightingale, estaba seguro de que este trabajo se prolongaría... principalmente porque había firmado un contrato de cinco años con los hermanos.

Mi teléfono sonó justo cuando Grace salía disparada por la parte inferior del tobogán y corría para dar otra vuelta. Era Nash. Atendí la llamada, mientras mi mirada volvía a Maddie. —¿Qué pasa, Nash?

—Trojan. No interrumpo nada, ¿verdad? —Su voz ronca tenía un tono que no pude identificar de inmediato.

—No, no. Solo salí a caminar con Maddie y la familia. ¿Qué sucede?

Una pausa inusual llenó el aire entre nosotros. Nash era un hombre que sabía lo que quería decir y cómo dirigir la conversación.

Así que esta vacilación se sintió como una advertencia.

—Puede que necesite robarte unas horas hoy —dijo finalmente.

—Mierda. ¿Está todo bien?

Exhaló un suspiro. —Recibí una noticia importante y yo... honestamente no estoy seguro de lo que significa todo esto todavía. Pero Archer y yo nos enteramos hoy de que recibiremos una herencia bastante importante... de un abuelo que nunca supimos que existía.

Mis entrañas se tensaron. —Vaya. Eso es enorme. —Grace gritó de alegría mientras bajaba zumbando por el tobogán junto a mí. Afortunadamente, ella misma había descubierto la conexión de ir del tobogán al grito. —Espera, ¿qué abuelo?

—Sí, tuvimos la misma pregunta —se rió Nash—. Alguien de la familia de mi padre biológico.

—¿El padre que nunca conociste ni del que supiste nada? —pregunté.

—Sí. Ese mismo. Archer y yo aparecemos como los beneficiarios de este dinero y parece que va a ser mucho.

—¿Cuánto?

—Miles de millones —tosió—. Pero hay una trampa.

—¿Quiero saber cuál es?

—Según el abogado que se puso en contacto, Archer y yo necesitamos estar legalmente casados si queremos heredar el dinero.

Parpadeé un par de veces, procesando la extraña estipulación. Mi mirada pasó de Grace, que estaba dando otra vuelta en el tobogán, a Maddie y sus padres, que se reían de algo juntos. —Así que lo harán... ¿verdad?

Su risa sonora llenó mi oído. —Claro que sí. ¿Conoces a alguien que quiera estar casada el tiempo suficiente para que yo herede este efectivo?

—La única mujer soltera que conozco es la mía, y yo no comparto —le dije. Como si fuera una señal, Maddie miró hacia mi dirección y me lanzó una sonrisa tímida. Le envié un beso, que ella fingió atraparlo y presionarlo contra su mejilla. —Estoy seguro de que podrás encontrar a alguien...

—Sí. Estoy trabajando en ello. De todos modos, no queremos que esto se filtre. Todo ha sido una locura últimamente con los tabloides, así que, si pudieras dedicarnos una tarde, me gustaría que vinieras a esta reunión con el abogado. Me preocupa que se ponga raro. Ni siquiera sé quién es nuestra familia.

—Cuenta conmigo. No fue una pregunta. Nash me había integrado a su familia y estaba financiando la vida de nuestros sueños en Nueva York. Sabía que Maddie también querría que estuviera allí. Y ella se enteraría de todo muy pronto.

Cuando Nash y yo colgamos, ayudé a Grace a dar unas cuantas vueltas más en el tobogán, hasta que se aburrió y nos dirigimos hacia los columpios.

Pero no sin antes hacer una parada rápida para darle un beso a mami, de mi parte y de parte de Grace.

—Te quiero, mami —dijo Grace con una dulce sonrisa. Y luego levantó la mirada hacia mí y sonrió. —Y también te quiero a ti, Toy.

Salió dando saltitos hacia los columpios y casi me puse a llorar, maldita sea.

Nunca me cansaría de escuchar eso.

Nunca me cansaría de ser el hombre que mis chicas necesitaban.

Me incliné para mi propio beso de Maddie, y luego seguí detrás de Grace.

Estaba viviendo el sueño... el sueño que nunca supe que realmente podría ser mío.

FIN

Prepárate para los Nightingale y los matrimonios por contrato a los que están a punto de entrar en BOSSY BILLIONAIRE

(http://books2read.com/bossy-billionaire).

Si no has leído a los Fairchild en sus libros, puedes ponerte al día con sus romances angustiantes y apasionados en THE PRICE OF A PROMISE (libro #1) (http://books2read.com/price-of-promise).

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin el apoyo incondicional de mi esposo e hijos. ¡Logré que un tercer libro sorpresa viera la luz este año solo gracias a ese apoyo!
Gracias a Elisabeth Nelson y Lainey Davis por su ayuda con el esquema y la lectura beta.
Infinitas gracias a mis lectores; ¡sin sus voces, puede que no hubiera escrito este libro! Su apoyo y ánimo significan el mundo para mí, ¡y me encanta compartir esta loca aventura de escritora con todos ustedes!

¡MANTENGÁMONOS CONECTADOS!

Mantente en contacto conmigo a través de mi boletín informativo, donde comparto adelantos, ofertas y otras noticias emocionantes. O únete a mi grupo de lectores, EMBER'S BLOSSOMS, ¡para pasar el rato de forma más cercana y personal! Vistazos anticipados a las nuevas portadas, acceso exclusivo a inscripciones para ARCs y mucho más.

FACEBOOK
INSTAGRAM
GOODREADS
BOOKBUB
TIKTOK

Sitio web para información general sobre los libros:
http://www.emberleighromance.com/
Tienda para todos los descuentos, paquetes y promociones:
http://www.emberleighstore.com



Y antes de que te vayas...

¡Por favor, considera dejar una reseña honesta sobre este libro! Incluso unas pocas palabras o una línea significan muchísimo para nosotros los autores.

OTRAS OBRAS DE EMBER LEIGH

THE NIGHTINGALES OF WALL STREET

Broken Bodyguard

Bossy Billionaire

THE BAD BOYS OF WALL STREET

The Price of Revenge

The Price of Passion

The Price of Infamy

The Price of Forever

WINTER HARBOR

(escrito con Whitley Cox)

The Bastard Heir

The Asshole Heir

The Rebel Heir

The Matchmaking Heirs

SERIE BREAKING

Breaking the Rules

Changing the Game

Breaking the Sinner

Breaking the Habit

Breaking the Fall

SERIE BAYSHORE (Los Keegan)

A Perfect Match

SERIE BAYSHORE (Hermanos Daly)

Make Me Lose

Make Me Fall

Make Me Yours

Make Me Choose

Make Me Hot

Make Me Smile
